





# Culpa de los muertos

---

Alejandro Maciel



Ediciones  
Rubeo

© Alejandro Maciel, 2008

© De esta edición:

Ediciones Rubeo S. L.

© Ilustración de portada: Emilio Penccieri

ISBN: 978-84-935681-7-7

Depósito Legal:

Impreso en España

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

Cuando te pregunten ¿quién es el responsable de toda esta matanza?, díles muy quedo pero muy firme: "culpa de los muertos". Ellos en su paz ya no se pueden defender y a ti te dejarán en paz con ellos. Ese es el catecismo del cementerio, hijo. No hay más preguntas.



## Prefacio

Culpa de los muertos se inscribe en la larga tradición de la escritura de la violencia en América Latina. Desde los cantares tristes de los poetas nahuas postcortesianos, los cuicapicque, recopilados en la Visión de los vencidos por el antropólogo e historiador Miguel León Portilla, que se interrogan "¿Adónde vamos?, ¡oh amigos!..." y constatan abatidos lo acontecido en la conquista: "Y todo esto pasó con nosotros. / Nosotros lo vimos, / nosotros lo admiramos. Con esta lamentosa y triste suerte / nos vimos angustiados", hasta la novela de la dictadura y del exilio, o las diversas escrituras confesionales, la palabra procura representar y así preservar en la memoria cultural el desgarramiento individual y generacional de la violencia política del continente. La literatura de la violencia tiene la tarea de "ponerle palabras hasta lo innumerable," según nos dice el "Personaje" de Culpa de los muertos, mientras se recuerda "con dolor", para parafrasear a Alejandro, el narrador autor, es decir, mientras se hace el trabajo del duelo.

El relato de Alejandro Maciel envuelve al lector en un torbellino de voces que lo incitan a reconstruir un mundo narrativo que oscila entre la evocación de los setenta y la Argentina postcrisis del nuevo milenio. El principio dialógico que rige la novela lleva al lector a cotejar las conversaciones intergeneracionales entre Alex, el narrador, y un joven argentino recién vuelto al país y entre el narrador y su sobrina. Conversaciones que, a su vez, enmarcan otras como la de los amigos desaparecidos en la represión de Corrientes, el pensamiento de un torturador y sus conversaciones con un cura involucrado con

el aparato represor, así como las pláticas del personaje y el autor que cuestionan la misma razón de ser de la escritura. De esta manera, Culpa de los muertos no escribe solamente sobre la violencia sino que cuestiona tanto la función de la escritura como la propia escritura de la violencia, es decir, las posibilidades de toda representación del terror. En las charlas tituladas "Sabotajes del personaje al autor," el "Personaje" se rebela e irreverentemente denuncia el mundo caótico que construye la escritura; el autor lo rechaza explicando que con sus intervenciones "Cada vez que aparece, desaparece para el lector" y así hace hincapié en el papel asignado a una lectura comprometida en la novela.

La gran vía de acceso a Culpa de los muertos es un poderoso estilo cuya garra y finura atrapan al lector en "Todos los excesos" de su escritura. Los retruécanos, las citas de versos y canciones, los juegos con la sintaxis y la puntuación, el ritmo exaltado que capta la aguda percepción del entorno de los personajes, el lenguaje de la literatura infantil de la fábula que el narrador le destina a su sobrina por las noches son, entre otros, algunos de los elementos que seducen y sumen al lector en la configuración imaginaria del mundo de la novela .

Culpa de los muertos es también una vía de acceso descentrada a los setenta. La provincia de Corrientes es el centro de un relato que frecuentemente se narra desde el centro cultural y político de las naciones latinoamericanas, del lugar desde donde se irradia el poder de los aparatos del estado. Desde esta perspectiva de los márgenes, los grandes temas de la amistad, la historia, la memoria, la política y la violencia cobran una dimensión inusitada en una escritura consciente del lugar de su confesión y evidente en un implícito doble

duelo por un tiempo y un espacio perdidos evocados desde el recuerdo en la ensimismada ciudad de Buenos Aires. No obstante, la evocación del pasado rebasa, como en la mejor tradición literaria, su inscripción magistral en la biblioteca sombría de la representación de la violencia y apela al poder desmitificador del humor y la risa. Culpa de los muertos encierra de esta manera las llaves del placer de la lectura.

Jorge Carlos Guerrero

Professor of Latin American Studies

Dept. of Modern Languages and Literatures

University of Ottawa



# ANATOMÍA DEL PODER



Cuando llegué estaba todo revuelto. Los libros tenían las hojas arrancadas, una lámina de anatomía del cuello estaba hecha pedazos en el piso, los armarios con los cajones abiertos, las camas sin las sábanas, todo estaba deshecho y destrozado. Yo no sabía nada; puedo jurar aunque te causaría risa, ¿quién puede creer en el juramento de un ateo?, son palabras vacías. Ya sabemos que el mejor modo de librarnos de pensar consiste en creer todo o dudar de todo. Me senté en el colchón de Ingrid, me tomé la cabeza con fuerza y me puse a babear llorisqueando. No entendía nada. Se había consumado lo que se hablaba, aquí y allá.

Yo nada sabía en Argentina. Tú nada sabías porque eras no-nato. Nosotros nada sabíamos del poder y las ideas. ¿Vosotros sabíais?

Ellos sabían todo acerca del "arte de la guerra".

¿Yo? Nada. Nada sabíamos de lo que pasaba en este país que hicimos amontonando oro sobre mugre desde los tiempos de Cornelio Saavedra. Militares militantes, muchacho. Los milicos de porquería. Qué maldigo: milicos y no milicos entre la polvareda de la pólvora, siglo veinte cambalache el que no llora no mama y el que llora termina en la ESMA: Escuela Superior de Mecánica de la Armada, ¿qué tenían que hacer los pendejos y las chicas amontonados como ratas en una Escuela de Mecánica de la Armada? Cantar. El cantar de los cantares de los hombres y otros nombres para ir sumando a la cadena de ortivas forzados a los que arrancaban pensamientos con picanas usadas por honorables médicos al servicio de la cruzada militar. Se olía la presencia de la porquería pero no se podía ver nada, estábamos en la niebla del

Riachuelo, ciegos como don Edipo; todos sentíamos los signos de lo que pasaba afuera pero nadie quería ver, preferíamos hacernos los cegatos, total, que en esta provincia retrasada no pasaba nada; ¿quién pensaba en Corrientes, con gente tan católica y conservadora? Lo de afuera eran... habladurías, lo de Tucumán eran pendejadas de los zurdos que vinieron con el viejo demenciado y después terminaron a balazos en Ezeiza. Perón ya no era Perón cuando vino de España, era Juan Domingo demencia senil: un pobre anciano manipulado por su debilidad, idolatrado por la izquierda y la derecha, arrinconado por la mafia de la masa, pobre espejo de nuestra sociedad dividida por odios.

¿Por qué tenía tanta fuerza?

Los mitos se alimentan de distancia y ausencias como el amor; la imagen de ese hombre se hizo tan poderosa que se lo creyó omnipotente. El buen dios Perón hizo mucho por gente que estaba abandonada, se opuso a los poderosos con el poder de su persuasión sobre los pobres de la tierra rica. Pero allá en España encerrado tras la Puerta de Hierro con un cadáver reverenciado, el brujo y la bataclana, perdió la brújula. Se fue al mazo y no se dio cuenta de nada en la nebulosa en la que veía al país detrás de la bruma del tiempo. Seguía mirando la Argentina de los 40 en la entrada de los 70. Si es peligroso saber todo, es más peligroso ignorar todo.

Ustedes nada sabían ¿Cómo es posible?

Se sabían cosas sueltas porque la información estaba controlada. Los doctores Mariano y Bernardo, teólogos de la causa perdida, se ponían circunspectos para hablar de verdaderos dramones que sacudían al país: una familia que perdió un hijo, los hermanos parricidas, el Mundial de Fútbol que

organizaron las FFAA y las autopistas que se construían. Todo se llenó de slogans. "Los argentinos somos derechos y humanos".

Lo demás eran cosas que convendría no haber sabido porque no dejaban vivir en paz a nuestra sociedad. La realidad que es tan sólida, se sostiene en ilusiones que son humo. Esta vez era humo de pólvora. Volaban cuarteles, automóviles, cadáveres y yo sigo vivo y no puedo. ¿Por qué yo? ¿Has visto que la naturaleza se equivoca, que debería haberme liquidado?

¿No quiere vivir más?

Hace falta vivir menos, ya estoy muerto de pies a cabeza. La injusticia en un rincón amenaza la justicia del palacio y siento que mi cobardía ametralló el resto de vida que me dejaron. Quería matarme por imbécil. El compadre Darwin ya nos dijo: "los que no sirven, al fondo a la derecha, a llorar a la cruz mayor" porque la madre naturaleza necesita gente lúcida y fuerte para sobrevivir. Qué le importan a la hija de puta los debilitados congénitos como yo, ella quiere gimnastas con mentes financieras que construyan paraísos fiscales, genios de la Fundación Mediterráneo que destruyan en dos años un país hecho con las manos de nuestros viejos en dos siglos. Liquidación total de saldos y la gentecita que desaparezca, ¡no sirven para mierda! La mamá naturaleza le da la teta a los bichos más aptos y a los demás una patadita en el orto y a morirse de hambre o lo que sea: sida, tuberculosis, garrapatas, cualquier cosa; con tal de sacárselos de encima. Ya estoy llorando de nuevo el tango. Los argentinos estamos condenados a llorar un tango interminable: *"Lastima, bandoneón, / mi corazón, / tu ronca maldición maleva, / tu lágrima de ron me lleva hacia el hondo bajo fondo / donde el barro se subleva; / la vida es una herida*

*absurda, / yo sé que te lastimo / llorando mi sermón de vino". ¿Qué es la conciencia, muchacho obstinado? Un pozo hondo donde van a parar los desperdicios que dejó la historia, la papelera de reciclaje del pasado. ¿Te acordás de esas pelotudeces? "La Historia es la ciencia de recuperar el pasado".*

No. La historia es el instrumento que usan los politicastro para justificar sus errores.

A veces, me olvido que estás ahí y con vos los signos de la vida a la que me siento unido como si fuese mi placenta.

Éramos ingenuos jugando con fuego pero, ¿qué mal se puede hacer pensando? Creímos que el pensamiento estaba libre de obligaciones; Ingrid venía del Chaco, Loisa de Formosa, el César, de no sé qué pueblo de Santa Fe, Juanca de Oberá, Misiones.

Pero en Buenos Aires se sabía que un Ford Falcon verde....

Ése es el problema del país: en Buenos Aires saben todo y no hacen nada, en el interior no sabemos nada y hacemos todo lo que podemos. Pero no se puede hacer mucho sin saber nada. La vida se lee hacia atrás pero se escribe hacia adelante.

¿Quién empezó ese... juego?

¿Juego? Una persona verdaderamente libre tiene la obligación de obedecer las leyes justas y desacatar las injustas. No sé si las monjas me explicaron bien, pero siempre entendí eso. A mí me criaron monjas levantiscas que me enseñaron un catecismo al revés en el que gobernaba más el azar que Dios a quien la Superiora llamaba "El Fantasma". Creo que todo empezó con Loisa, cuando trajo un libro de Proudhon sobre la propiedad privada. Leíamos un tema del programa de

Anatomía Topográfica y Funcional, invariablemente aburrido, árido; todo para memorizar y éramos amnésicos de alma: "músculos del antebrazo", ¿te imaginás? Doscientos treinta y seis músculos que van de tal hueso a tal epífisis, se insertan en la cara externa de la apófisis cubital, se cruzan con esa arteria, con la otra vena, con el nervio radial. Juanca leía estos asuntos de la propiedad privada y los señores feudales. Nunca nadie nos había hablado de estas cosas; hasta entonces creíamos que Jehová había parcelado la tierra "para el señor Romero Feris de aquí hasta allá; para el señor Meabe de allá hasta acá; para el doctor Leconte, desde San Cosme hasta Loreto". Y los señores Leconte y Romeros Feris, cenando con el gobernador militar que pusieron en la provincia, que para colmo era dipsómano; pero los señores podían hacer la vista gorda, total que bajo la mesa seguían moviendo el títere y en Corrientes "cada chancho con su teta (1) ".

En toda Latinoamérica los terratenientes manejaron la guillotina para cortar la cabeza de los que se levantaban más allá de lo permitido. Es el sistema.

Entonces estamos fritos, mi querido niño bien. A nosotros nos cagó un pobretón; Perón viene de una familia del sur cagada de hambre y de frío; Perón no era terrateniente. Este quilombo de violencia empezó cuando el viejo nos dejó a la frenasténica y el rosacruz en el gobierno. La Escuela Basilio de los médiums, ¿te podés imaginar algo más cutre que

---

(1) "Cada chancho con su teta / es la forma de mamar" (Martín Fierro, de José Hernández).

una presidenta y un ministro espiritistas? Ella firmó el decreto ordenando a los carniceros afilar los cuchillos, Agop. ¿Qué no iba a firmar semejante descerebrada? Pero esos decretos fueron refrendados por Rucauf hoy insigne demócrata, el doctor Cafiero, Luder y López Rega que cargó todo el resentimiento de haber sido un desclasado de la Policía Federal en la tinta del odio colectivo.

Antes estuvo Frondizi y lo echaron a patadas del gobierno para entregarle el poder a Onganía que enseñó a los bastonazos la verdadera disciplina militar, desmanteló la universidad y se libró de la molestia intelectual que había carcomido el gobierno de Frondizi. Dicen que el reflejo primitivo enseña a los animales a evitar el peligro, Onganía lo aprendió. Nosotros no aprendimos. Nuestros iluminados librepensadores tampoco aprendieron, siguieron machacando a cuanto gobierno civil llegaba al gobierno.

Leíamos a Fourier, después algunas ideas de los economistas liberales; queríamos entender esa realidad sólida parada sobre nubes de ideas. De vuelta a la histología del hígado, con las células rodeando un conducto para formar el lobulillo. De tarde, a la morgue a ver cadáveres y preparados histológicos en el microscopio. Era prodigioso ver los órganos y materias de las que estamos hechos en cada sesión de anatomía y después bajo el microscopio ese universo del cuerpo parte a parte.

Al caminar las treinta cuadras desde el centro de la *ciudad doliente* de Corrientes hasta la morgue hicimos la famosa división de trabajo; en el camino Ingrid nos contaba lo que había leído de Marx, yo agregaba algunas comparaciones para desarmar el mapa de Jehová y Loisa nos hablaba de la repartija

en Formosa, los caudillos dueños-de-todo y los padrinos de hoy Gildo y Floro a la cabeza y a los diez, quiniela completa.

Lo de Camila también empezó como un juego. Mi única hermana viva que se olvidaba de todo menos de parir un hijo cada año me dejaba a Camila los sábados, a mamá le dejaba Rodrigo, a doña Helena le encomendaba Matías y a la pobre solterona de tía Deseo le dejaba Lucía, que era la más complicada porque si no se estaba asfixiando de asma, le salían salpullidos, erupciones, lo que sea. La nena sacaba el rencor en la piel para repeler todo lo que se chupaba de un padre tan obsesivo.

Mi hermana repartía hijos los sábados para no suicidarse los domingos y a mí invariablemente me tocaba Camila. Con Camila la cosa era calma, convivíamos como esas parejas que llevan años cada cual mirando con paciencia las manías del otro. Me pedía historias y yo tenía que exhumar unos papeles andrajosos en los que había escrito delirios de una época en la que estuve internado unos meses con alguna forma de encefalitis que no me mató pero me dejó tal cual: un orate que ni siquiera sabía dónde tenía el pene para orinar. Me daban de comer, no comprendía dónde estaba ni reconocía a nadie, pero escribía cosas extrañas; los médicos le decían a tía Genoveva y a mi madre que no entendían cómo era posible. Yo tenía -me lo juraba tía Genoveva que como es católica militante nunca miente- todo el aspecto que confiere la idiocia a sus elegidos, era un estúpido amanuense que no sabía pedir un orinal pero escribía textos extravagantes que nadie descifraba.

A medida que Camila me pedía historias antes de dormirse trataba de recomponer esas pesadillas llenas de personajes

insólitos intentando darle coherencia para no terminar confundiendo a mi sobrina de nueve años; la misma que se dormía escuchando cómo mi corazón seguía latiendo normalmente a pesar de haber terminado de leer el trayecto de la arteria carótida ascendente y todas las ramas que va dejando en el trayecto como mi hermana reparte hijos: tiroidea, lingual, faríngea ascendente, occipital, parotídea. Todavía me acuerdo de la ristra aunque jamás me haya servido para un carajo.

¿Leerle pesadillas a esa edad?

Vivimos una pesadilla que nos enseñaron a ver como sueño querido Agop; en vez de logaritmos deberían enseñarnos algunas cosas que hacían estos espectros de la encefalitis y no funciones aritméticas que nunca en la vida me sirvieron de nada... ¿alguna vez aplicaste la raíz cuadrada, Agop? ¡Y nos lleva meses aprender todas esas operaciones facinerosas! Pero la vida y la muerte entran en nuestras vidas nos guste o nos disguste; si los echás por la puerta, vuelven por la ventana. Podríamos vivir felices sin saber resolver ecuaciones con una incógnita pero pagué con la vida de mis amigos ignorar la incógnita de una revolución, Agop. Por eso digo que soy culpable.

-¿Cómo te metiste en esto, tío?

-¿Qué lío, Camila?

-Mamá me dijo que te corría la policía, que eras medio idiota y te metías en líos y después ella tenía que salvarte.

-¿Eso dijo tu mamá?

-Todos dicen lo mismo. Tío Ernesto, tía Ángela, tío José.

-Entonces debe ser verdad, Camilita. La opinión de la mayoría es la verdad en la democracia.

-¿Entonces, te metiste en líos?

-Mi vida siempre fue un lío, queridita. Cuando nací no me entregaron el manual de instrucciones y la gente no hizo más que embrollarme explicándome disciplinas, ejercicios, criterios y pautas.

En el fondo, creo que me contaba a mí mismo el disparate que significa otorgar poder y lo de Camila era un pretexto. El poder; si lo sabés te acorrala, si no lo sabés, te aplasta el día menos pensado. Se fue el humo de la revolución y al disiparse comprobamos que únicamente se cambiaron los empleados administrativos, mi tierno muchacho. Quedó una cáscara de Estado con democracia formal y ¿qué más? ¿Adónde está el pueblo que gobierna a través de sus representantes? ¿A quiénes representan esos representantes? ¿Dónde está la república? ¿En la cáscara del himno y en la escarapela del 25 de Mayo? Adentro está el poder que asesinó gente y después se lavó las manos en la jofaina de don Poncio. *Hic est enim cálix sanguinis mei qui pro nobis et pro multis effendetur in remissionem peccatorum* (2).

Estrené mis 20 años llorando en capillas ardientes que sólo estaban en mi conciencia: los cadáveres de mis amigos jamás aparecieron. Si voy a morir tengo el deber de mejorar lo que me dieron en herencia. La conciencia es el único testamento que nos queda después que Moisés rompió las Tablas de Dios.

Estás haciendo espiritismo, Agop. Hablar con los muertos

---

(2) "Este es el cálix de mi sangre que por nosotros y por todos ha sido ofrendado para la remisión de los pecados" (de la Misa Tridentina).

está prohibido por el señor Jehová; si no, mirá lo que pasó con el rey Saúl por transar con la bruja de En-dor. ¿Querés seguir escuchando?

Empiezo a ser su amigo y más que su amigo, doctor.

No se puede ser más que un amigo. Yo querría evitarte todo esto, en realidad ya no me importa nada porque las celulitas con forma de panal me están tragando vivo. Esa anarquía se llama cáncer pero es un detalle al lado del remordimiento que se enrosca como una serpiente vuelta a vuelta desde esas noches malditas. Escuchá a Goyneche: "*Y hoy que no vale mi vida ni este pucho del cigarro, recién sé que son de barro el desprecio y el rencor*". Y vivir asfixiándose como Lucía es triste. Ella al menos podrá culpar a su papaíto tanta opresión y un día lo mandará al carajo. Yo no puedo gritar a mis padres la represión. Mis tres padres supremos de esa Junta de Comandantes no dan la cara. Videla se pasó aplastando el culo en los reclinatorios de la Catedral Metropolitana. Massera es el más siniestro, desde esa mirada entre cuévanos bajo las matosas cejas ya nos dice lo que piensa de la violencia. Del otro ni me acuerdo, habrá sido el peor "Y perdónanos nuestras dudas".

*Et dímite nobis debitóribus nostris...*

**PARTE I**  
**El jardín de los dioses de piedra**

## I

### EL DOCTOR, LA NIÑA Y EL MUCHACHO QUE VINO DE EUROPA

**E**l doctor se había convencido: el dolor quedó encerrado y preso para siempre fosco y hostil a un costado de la vida. Bastaba decir "vayamos aquí o allá" para que el viejo dolor se pusiese en camino llevándose al doctor, al hombre y a cualquier ilusión. Era un dolor muy viejo, sepia, de luz gastada y sucia como la de una alcuza que lagrimaba lentamente su amarillo sobre todo cuanto la rodeaba.

Pero el doctor no se iba a dar fácilmente por vencido; estaba dispuesto a presentar batalla, ya se lo decía de niño la monja cocinera entre vapores en los que se aspiraba la albahaca y el laurel dorando carnes sazonadas: "el único triunfo, la única victoria es la que ganamos en la guerra contra nosotros mismos". Él era todavía un niño, ya era solitario y esquivo, ya aventuraba que la vida se puede encerrar en lo hondo de uno mismo cuando afuera todo parece desolado; todavía no comprendía del todo las confesiones de la hermana Milagros pero algo le decía que esa mujer regordeta que caminaba balanceándose delante de la estela de aromas a hierbas de cocina no mentía. "Habrá que romperse el alma contra el cuerpo llamando una y otra vez hasta que abran, con paciencia la naturaleza hizo el mundo" pretextaba la monja. "Ya estoy vieja, ya tengo un ojo cerrado en la muerte pero te quiero enseñar a aferrarte bien fuerte de los hilos de la vida antes de irme; yo no sirvo, nunca serví más que para estofar los guisos porque la miseria no da lectura pero veo en el fondo de tu

estarte tan callado, veo mucho por decir, muchas palabras atropelladas", El niño, el doctor que alguna vez dejó un niño detenido en aquel tiempo paralizado de la memoria no levantaba los ojos de algún libro ilustrado con demonios cornudos de alas membranosas y oscuras atormentando mujeres y hombres escaldados pero por sobre todo, afligidos. La hermana Milagros cortaba rodajas de cebolla con la suavidad y firmeza de su arte, "Nunca dejes que te silencien, hijo, sos el único dueño de tus palabras; con palabras Dios hizo el mundo dicen; yo no sé eso, pero sé que con palabras se puede deshacer un mundo lleno de cosas feroces donde estamos encerrados".

No podía mentir alguien que se decía las más crueles verdades delante del niño ensimismado. En lo alto, la luz descendía como una bendición abriéndose paso entre los vapores.

-¿Por qué la hermana Azucena me dice que si miento me llevará el diablo?, preguntaba el niño con los ojos fijos en aquellas láminas donde sufrían los penitentes del infierno.

-Porque cree más en Satanás que en Dios; no escuches esas amenazas hijito, en la cabeza de la hermana Azucena solamente quedan cosas de viejas. Todavía no entendió que no son los malos los peligrosos, sino los que permiten la maldad como hace ella, creyéndose buena. Es una vieja arpía jubilada, pobrecita.

Alrededor, volátiles, los bálsamos de apio y el ácido aspirar del limón subían como el incienso en las misas de maitines. Afuera el ventanal abría a la luz infinita, y más allá el azul donde el niño imaginaba a Dios muerto, colgado de los brazos, con los clavos abiertos en los ojos de carne sangrienta y en medio de la paz que consiguió muriendo, indiferente a las

alabanzas, las misas y los terrores de la hermana Azucena y sus pesadillas.

Cuando terminaba de guisar la hermana Milagros lo ponía en el regazo amplio y le susurraba viejísimas canciones en las que siempre retozaban lavanderas, sacristanes, oficiales y gendarmes. Y un puente, en Aviñón. Allí, en ese regazo tibio el niño imaginaba a Dios, su bondad infinita y la eternidad sin demonios ni castigados.

El doctor buscaba en Leticia su salvación recordando que siendo niño una mujer canosa y avejentada lo había rescatado de la nada en la que vivía confesándole sus errores, aquellos que ni siquiera revelaba frente a su Señor; los pecados que ocultaba a Dios los denunciaba ante el gran ventanal donde la luz crecía en las mañanas hasta abarcar la plenitud que se llenaba de la sustancia de pan horneado, café y el punzante ácido de las mermeladas de naranja.

Otras veces se mortificaba pensando que podría arrastrar a la pobre niña por las laderas secas que la llevarían al precipicio como ya sucediera con viejas voces del pasado. Como los umbrosos árboles al borde del barranco.

El muchacho, Agop, recién llegado de otro mundo, ajeno a los perjuicios de una tierra convulsionada por los odios colectivos venía con un cartapacio en el que dibujaba constantemente los gestos y la sombra del doctor. También lentamente como suceden los misterios se fue enamorando de ese hombre lleno de furia silenciosa; ¿se enamoró al dibujar un perfil de la sombra? ¿Era amor o admiración por la entereza moral que evitaba que se derrumbase de una vez aquel ser que había perdido los puntales? El muchacho desconocía la imagen brutal de los árboles aferrándose al canto de tierra para

evitar caer en los precipicios pero esas cosas se presienten; de haberlo sabido, en vez de dibujar el rostro de aquel hombre habría cincelado las ramas, los troncos mellados y las raíces retorcidas horadando la grava para hundirse bien profundo hasta la piedra. ¿Qué es el amor, frente a las ruinas humanas? ¿Esto era el incendio feroz del alma que tanto había esperado, que tanto había visto en el sufrimiento y la felicidad de tanta gente? ¿Esta indiferencia de uno y desesperación de otro? El muchacho que creció en Europa se lo preguntaba. Revolvía las carbonillas una y otra vez rasgando el papel áspero de las cuartillas de dibujo donde iban surgiendo contornos espantosos y entonces cerraba bruscamente las tapas de esas pesadillas porque le asustaba la atracción que ejercía aquel hombre desolado que parecía mantener el aliento aspirando odios.

Aquel hombre que ni siquiera lo miraba.

¿Se enamoró o buscaba salvarlo del encierro? ¿Se enamoró o encontró lo que tanto había esperado en la soledad de su niñez con otros árboles amarillentos que anunciaban el frío desprendiéndose de la hojarasca?

El muchacho recordaba el parque de una villa en las afueras de Roma: grandes y pálidas estatuas carcomidas por la caries de lluvias; dioses sin ojos y doncellas que en su desnudez ocultaban entre los pliegues de las túnicas el verdín de los años. A sus pies roídos de carcoma iban a morir las hojas mustias sin que aquellos dioses impíos se dignasen verlas ajar hasta desaparecer hechas polvo entre la hierba húmeda.

¿Acaso él también no sufriría ante la indiferencia de aquel hombre? La naturaleza no ha hecho sino reproducir seres egoístas, incapaces de comprender el dolor ajeno y el arte le

ha seguido los pasos con aquellas estatuas suspendidas en un tiempo que no existía, reflejos de un pasado que se perdió para siempre. Sólo quedaron los dioses mudos y las doncellas ciegas. "Todo se fue, quedó la indolencia para nosotros", escribió el muchacho en el cartapacio con letra ínfima, al costado de un contorno brumoso.

-¿El arte debe seguir a la naturaleza, profesor?, preguntaba en el liceo.

-El arte debe corregir lo que la naturaleza hizo con defecto.

El doctor podía permanecer en silencio largas horas en las que su mirada perdida iba en busca de ese pasado y los ojos se humedecían hasta adquirir una iridiscencia molesta. La niña, Leticia, sabía cuándo callar y recostarse suavemente contra el pecho cansado. El muchacho no lo sabía, o lo sabía pero se rebelaba y no quería aceptar que alguien antes que él se hubiere adueñado de los pensamientos del doctor; abría de nuevo el cartapacio y trazaba con violencia las líneas furiosas que pretendían borrar esos recuerdos volviéndolos legibles a través de croquis y líneas que no podían disimular la indignación que sentía. Ignoraba que el doctor se hundía en un más allá poblado de fantasmas y nombres huecos que bastaba invocar para que resonaran sus ecos en las capillas ardientes.

Cuando llovía, allá en la campiña romana se escuchaba el repicar de las gotas contra el resguardo de su ventana y el viento colándose en silbidos por algún resquicio y entonces el muchacho se apoyaba contra el cristal a observar el parque de los dioses de piedra bajo la tenue lámina del agua. No recordaba a su padre, vagas noticias de viajes lo fueron reemplazando de su pasado imperfecto; estaba un hombre siempre

sonriente pero firme, siempre vestido como si fuera a una fiesta o un funeral y hasta esa sonrisa que le quedó impresa parecía algo postizo, un agregado adherido a la imagen con la fuerza de lo simulado. ¿Por qué esa alegría vestida de falso? ¿Para quién sonreía el padre siempre ausente, en otro sitio, yendo y viniendo en sus misiones de trabajo?

La madre era otro enigma en el muchacho, en el niño apoyado en el vidrio biselado viendo cómo el agua resbalaba por los contornos de mármol de las doncellas ciegas y los dioses de piedra. Bajaba el agua pulverizada brillando con los resplandores del cielo, humedeciendo la curvada inclinación de un rostro o los brazos extendidos en gestos destinados a nadie. A la oscuridad. Así se veía el niño a sí mismo: buscando una caricia imposible porque la noche sólo devuelve sombras y silencios; y si se insiste, si los ruegos al cielo cada vez son más acuciantes, entonces cae la lluvia para arrastrar las costras de los árboles y llenar de resplandores aquellos dioses quietos y perplejos ante la nada.

Tampoco recordaba mucho a su madre, sólo la esbelta mujer distante e impaciente que siempre se encontraba trabajando en un gabinete o absorta en quién sabe qué cuestiones en las que no entraban niños parsimoniosos; y el muchacho seguía junto a la señora Epstein que lo cuidaba mientras hacía los quehaceres. A veces, cuando nadie más estaba en la casa, la señora Epstein buscaba en la alacena una botella de brandy y bebía lentamente cada sorbo, sentada en la vienesa, meciéndose lentamente, mirando un viejo recorte de periódico ajado por los años y la incuria del bolsillo del delantal con el que limpiaba la casa, con lágrimas anegándole los ojos. Desde entonces el muchacho buscaba los ojos de la gente. Sabía que

allí encontraría las claves de la amargura, el desprecio, la ira, la alegría siempre fugitiva.

¿Aquello era la vida? ¿Presenciar las vidas incompletas de la gente? ¿Qué estaría haciendo su padre al terminar el día de trabajo, lejos? ¿Besaría a otro niño entregándole lo que le debía a él?, ¿se reiría con otra gente, completaría la monotonía de esos pocos días opacos en los que se sentaba en su escritorio a revisar interminables legajos? ¿Adónde iría su madre todas las noches? ¿Acaso la felicidad de los demás estaba afuera y a él lo habían condenado al encierro de la casa de piedra? ¿Por qué?, ¿para qué? ¿Será que buscaban enseñarle que la felicidad se conquista sitiándola si fuere necesario? En viejos grabados de la biblioteca se podían ver imágenes de castillos asediados por ejércitos; siempre le había resultado curiosa esa preferencia de su padre por los sitios, asaltos y saqueos de ciudades antiguas con torres, lábaros, almenas y tropas de combate acosando frente a las murallas. En un cuadro, un hombre con cota de malla herido en lo alto de una escalera le advertía que se podía perder todo buscando nada. El muchacho ya sabía lo que se ocultaba dentro de los muros de piedra de su casa: nada. El tedio de un viejo reloj de péndulo meciéndose como si la transparencia de las horas necesitasen ese testigo de bronce.

Entonces, sin resignarse, miraba transcurrir amaneceres y siestas lánguidas a través de una ventana que daba al parque imaginando que una niña se le acercaba sonriendo y le enseñaba un mazo de barajas en las que no había sotas ni caballos sino reyes con indumentaria cobriza cubierta de corazones.

En la lejanía el paisaje se combaba como si la tierra soportase un inmenso peso caído del cielo grisáceo, lleno de pre-

moniciones de lo que sería el olvido para la mente del niño: una hoja tostada por la muerte que se deja arrastrar por su peso hasta llegar a los pies de aquellos dioses que nunca responderían a sus ruegos, ni la harían resucitar jamás a las tibiezas del sol de agosto.

No.

Aquella muerte era definitiva como una lápida. El pasado no devuelve nada. Eso presagiaban los ojos infantiles mientras maduraban en soledad descorriendo las persianas del ventanal que daba a un prado donde se quedaría la mirada para siempre esperando el cielo junto a una niña imaginaria que le repartía barajas con unicornios, dragones, princesas blancas como el hielo y reinas complacientes.



## II EL PASADO DE LA VERDE PENDIENTE...

**E**l doctor había cerrado las maletas años antes; había asegurado cada valija con las grandes cajas de la mudanza y había abandonado el sitio donde nació y vivió creyendo sepultar el pasado ominoso que dejaba atrás pero el pasado se le adelantó; lo estaba aguardando en el nuevo destino; en la vieja casona del barrio de Montserrat en Buenos Aires donde se instaló y encontró todo menos la paz que creyó buscar. Nunca la encontró porque nunca hallará paz un hombre en guerra consigo mismo. Nunca vencerá ni será vencido. La guerra, lo decía aquella monja de apasionadas palabras y gestos tercos, "empieza con fuego y termina con humo". ¿Qué paz se puede hallar en la quemazón? La paz del terror.

Hay seres destinados a la guerra o a la lucha sorda contra huestes instaladas desde antaño entre las grietas del alma; es gente condenada a tener sólo tenues percepciones de serenidad y reposo porque el remanso de sus aguas se alimenta de los ríos infernales cuyas correntadas de lava, grumos y fuego nunca cesan de martirizar la greda por la que sus cauces corroen la vida. El doctor dejó que el tiempo saldara sus cuentas; tenía rencores que a veces subían a opacar el brillo de las siestas eternas de la llanura correntina. Esos viejos enconos revivían toda vez que se encontraba frente a frente con quienes consideraba traidores o delatores, tal vez equivocadamente. Él se aferró a sus muertos contándoles la historia de quienes los vendieron por treinta monedas en aquellos tiempos turbulentos pero aún haciendo sus cálculos, midiendo la

distancia entre las fechas del pasado violento y el presente vertiginoso, no conseguía indultar a quienes consideraba cómplices de la violencia desatada y ahora caminaban por los pasillos de las oficinas vestidos de traje y corbata como si nada hubiese sucedido. Fueron los verdugos, se decía el doctor. Tal vez sólo era gente con miedo porque las estampidas de la conciencia fuerzan más que las de los cuerpos corriendo, empujando, apretándose por huir de un peligro desconocido y anónimo.

El doctor era un hombre delgado con el pelo entrecano pegado al cráneo, grandes ojos inquietos y oscuros y la barbilla partida en dos bajo los labios biselados por pequeños surcos verticales. Labios que siempre estaban sujetos a un rictus apretado, firme, de esos que delatan una vigilancia extrema que nunca renuncia ni descansa. En su delgadez había sin embargo vigor, una actitud de tensión constante que se revelaba en cada movimiento y aún estando quieto. En la frente inclinada tres o cuatro surcos se ondulaban denunciando que esa pared resguardaba pensamientos aciagos. Las manos le hablaban a cualquiera que estuviese dispuesto a oírlas; eran oleadas de confesiones que se entrometían en medio de diálogos banales confundiendo a quien conversaba con él. Manos impetuosas, ágiles, tercas con la reserva de vida que estaba entregada a su custodia.

El día de su partida vino ya hecha mujer, la sobrina por quien sentía devoción a entregarle otro misterio:

-Lo único que tengo para darte es mi cariño. Nunca estarás solo, con madoña Clara va una sobrinita. Es una nena huérfana, te necesita tanto a vos como vos a ella.

Como siempre, como nunca, el doctor nada dijo. Se limi-

tó a observar a Leticia que se mantenía sujeta a las manos oscuras de madoña Clara, fijos los ojos en él cubriéndose la boca con las manos como si reír o llorar fuesen una imprudencia que no se podía permitir. El doctor se le acercó, se arrodilló a su lado y la besó en la frente con extrema suavidad. Leticia puso una mano en el hombro del hombre y se desprendió del miedo dejando a madoña Clara seguir con sus preparativos.

Nadie nunca lo había amado como Camila y en aquel momento volvió a demostrárselo. Ya hablé con madoña Clara, ella se encargará de todo, ¿hay un sitio para Leticia en tu casa? Se va con vos, ya hablé con el padre, todos estamos de acuerdo.

El doctor había planeado vivir en silencio en la vieja casona de Montserrat cumpliendo los ritos cotidianos del trabajo y el fugaz encuentro con sus amistades, la música y la profundización de sus lecturas. El silencio que se le había hecho imposible reclamaba desde adentro entre recuerdos confusos pero su familia seguía en alerta pensando que un hombre tan distraído de la vida no podía permanecer solo. Cuando creyó haber saldado las cuentas con sus afectos la historia le devolvía el principio y al principio era una niña llenando todos los vacíos de esas noches en las que el mundo parecía dejar de tener sentido y la angustia era la herida, el puñal y la mano que asestaba el golpe.

¿Te acordás, tío, de la Comadreja Rosilla?

*Un aire cálido parecía invitar al descanso. Madame estaba realmente fastidiada por cierto magullón en el talón izquierdo causado por su finísimo zapato de taco aguja que*

*tenía el mal gusto de clavarse en el césped ocasionándole un esfuerzo tremendo al caminar en algunos tramos.*

*-Es que me escuece el calcañar, querida -comentó a la Comadreja haciéndole detener un poco la marcha.*

*-Siempre dije que Caperucita era una necia -respondió la Comadreja Rosilla que quién sabe qué habrá escuchado.*

*-¿Por qué? -quiso saber Madame.*

*-¿A quién se le ocurriría andar sola por un bosque peligroso a medianoche?*

*-Bueno -hizo notar Madame- nosotras dos estamos caminando por un bosque y es casi medianoche...*

*-Aquí no hay lobos -aseguró la Comadreja.*

*-Pero no se olvide que en el cartel decía que los ingavones y los usípetos acechan a los viajeros...*

*-¿Y quién los conoce? -dijo malhumorada la Comadreja-. No se puede tener un miedo decente a algo que no se conoce. Quién sabe si no son duendes, o plantas medicinales. O instrumentos musicales del África.*

La Comadreja Rosilla era muy curiosa Camilita, todo quería saberlo, pero en vez de formular preguntas como haría todo el mundo se ponía a inventar respuestas equivocadas. ¿Qué nos enseña esto mi vida?

Que para saber de verdad, primero se debe preguntar.

Cuando las manos se ponían vehementes, cuando querían alcanzar alguna certeza la niña las apretaba para hacer silencio y trenzaba sus pequeños dedos entre los del doctor. Amarradas, esas manos seguían batiéndose a duelo con las sombras, el doctor se hamacaba en la mecedora para adormecer a la niña y susurraba alguna canción con ecos de infancias

y fragancias a espliego junto a un río brumoso. Aguas muy antiguas seguían caminando entre piedras y riscos, rozando la vieja arena con el cabrilleo del sol ondulando en el remanso. En otros campos más áridos los ríos de fuego cortaban la tierra en dos pero eso no podía verlo ni escucharlo la niña, ni aún apoyándose contra el corazón tibio de aquel hombre a quien adoraba sin saber por qué, como suceden las cosas misteriosas entre las personas.

Aquella lejana noche de la fuga el doctor encerrado en su silencio quiso verificar el paisaje entreabriendo los postigos de la ventanilla pero una voz muy segura que provenía del pasado le advirtió que desistiera, que nada hay en un camino para alguien que huye en el desierto de la noche. Toda la seguridad que necesitaba el prófugo estaba adentro, resguardándose en el aire cálido que los vidrios del vehículo transportaba de un sitio a otro, llevándose hasta lo invisible. ¿Será por haberse privado de aquella visión de la despedida que nunca se había ido? Seguía fijo oteando la distancia con la misma actitud que los perros de la vieja casona sepultada en el pasado.

El doctor siempre había sido un errabundo, sentía que el mundo no era lo suficientemente grato para alojarlo, que huyendo se podría llevar el mundo a otra parte. Al morir sus padres, la criada, madoña Clara se negó obstinadamente a abandonarlo "no sabe limpiarse una camisa" murmuraba, rezaba, repetía sin terminar de arreglar las valijas y envoltorios que iba acomodando junto a la puerta. El doctor le ofreció seguir a su lado, errando de un sitio a otro. "No soy gitana", le respondió la dueña permaneciendo quieta bajo el dintel de la puerta. Con los brazos cruzados esperaba oír algo más

coherente. "Está bien madoña, usted se queda en Montserrat yo voy y vengo".

¿Sabe planchar un pantalón? ¿Sabe cocinar las pastas? Engrudo comería de quedarse solo, cada vez más flaco y seco. Mire esos huesos del brazo. Mírese. No se queda solo. Me voy con usted.

Cada vez que recorría las habitaciones altas con techos de yeso de la casona de Montserrat, volvía sus pasos obstinadamente a la casa del pueblo donde había crecido perdido entre las barrancas, allá, lejos, en la distancia del tiempo con el río brumoso amansando las tardes. Recorría los pasillos de pino-tea pero lo que resonaban eran los pasos de niño en el césped del patio. También un patio con árboles inmensos en el borde del acantilado, recostados contra la nada, en el límite del abismo donde vivían aferrándose sin advertirlo, como él, siempre a punto de ser empujado más allá y sobreviviendo sin saber por qué. Los altos árboles también continuaban asidos a la vida limítrofe del precipicio, ululando en el viento por las noches, dejando caer las hojas maduras y amarillas que se arrastraban por el patio con un gruñido apagado como la luz del crepúsculo. Siempre que volvía a la infancia era en el ocaso con ese vacío en el aire caldeado de verano y el olor de la hierba pisoteada, apenas visible en las penumbras del atardecer de la memoria. Madoña Clara se acostumbró antes que él a las rutinas de la casa de Montserrat estableciendo ritmos solares y nocturnos sin esperar el paso de las estaciones; el sonido de los trastos que fregaba fue llenando de una vida nueva a la casona donde resonaba el ritmo de la calle. En el fondo, en la última sala donde el doctor escuchaba música, todo llegaba tamizado y aturdido. Allí el doctor volvió a ins-

calar su silencio.

Leticia se acomodó sin hacer preguntas, al principio se aferraba a las faldas de madoña Clara pero al ver que aquel hombre estaba rodeado de vacío se fue acercando, ganándole el regazo mientras escuchaba música, poniéndole las manos sobre el hombro del hombre creyendo en su fantasía que allí estaba el padre, la madre y todos los espíritus que necesitase.

La niña era la única que no buscaba nada, no quería salvarse ni salvar, no sabía que la vida se extendía hacia delante pero también en lo hondo. Todavía no advertía las señales del peligro porque su tiempo estaba fijado en horas que podían durar un instante o meses; todo lo que alcanzaba a ver del pasado le parecía cercano, bastaba alargar la mano para tenerlo de nuevo y cambiarlo o rechazarlo a gusto. No comprendía los pasos del doctor en la vieja azotea, ni el ensimismamiento, ni esa costumbre de encerrarse en libros jugueteando con hebras de pelo que iba desgajando lentamente siguiendo un ritmo secreto ajeno al sonido del tango o la *bosa nova* que sonaba en el fondo, respetando sus propios movimientos en órbita alrededor de algo inasible; la niña lo sabía, el doctor jamás podría recuperar esa maraña de malas memorias aunque estirase los brazos para espantarlas. La niña lo quería ahí, con ella, presente de cuerpo entero por eso se asía al hombro del hombre, le revoloteaba en el regazo, lo fastidiaba con pequeños zarpazos como había visto hacer a ciertos animales primitivos en la T.V. Hasta que llegó el muchacho la niña estaba sola luchando contra algo que desconocía con la misma fuerza que detestaba; algo que la apartaba del cariño del doctor taciturno.

Cuando llegó el muchacho todo cambió, tomó un nuevo rumbo inesperado y aunque las viejas rutinas instaladas en la

casa seguían machacando para adormecer la vida, la risa del muchacho las desesperaba, rechinaban los mecanismos atascados de ruedas moliendo el tiempo, se hastiaba la siesta en vano en los ventanales de la vieja casona. Al fin había tenido que dejar de imaginar niñas maliciosas que transformaban el mundo monótono de la casa de Roma en un campo lleno de seres inquietantes.

La dueña, madoña Clara, atendía sus menesteres sonriendo y al fregar la loza de un plato con árboles azules, canturreaba alguna música nueva que vibraba con emoción abriéndose paso entre las frases de *Yuyo verde*. Con el atrevimiento de su juventud el muchacho y la niña fueron resquebrajando la paz oblicua de la vieja casona: la asomaron a los balcones donde la brisa saludaba por las mañanas. También entraban a veces hojas amarillentas y muertas pero el muchacho sabía que este dios de piedra estaba vivo; los ojos lo delataban, ese brillo cobrizo en el fondo de la mirada advertía que algún rescoldo quedó ardiendo y esta vez las hojas no irían a morir frente a la indiferencia del mármol carcomido. El doctor seguía absorto en su silencio respondiendo con frases cortas y tajantes las preguntas que hacía el muchacho como si quisiese desprenderse rápidamente de una situación molesta. Hacía gestos furtivos, esquivos, y volvía a la lectura que era su forma de protección. El muchacho había instalado el asedio a la fortaleza desde adentro. No estaba dispuesto a capitular y la niña era su aliada.

La dueña observaba todo aquello con la condescendencia que da toda una vida de no esperar nada dejando que las cosas se fueran presentando, convencida de que "todo pasa, lo bueno y lo malo" y de que su único deber en este mundo y el

otro era cuidar del doctor "un hombre desvalido que ni siquiera sabe planchar una camisa antes de salir a la calle". El doctor la recompensaba pero ella ya no quería posesiones en su vida; el destino le había negado casi todo cuando su hombre se fue y la hijita cayó en fiebres que a pesar de los desvelos del doctor, terminó con esa vida frágil después de días de agonía en el sanatorio. Lo que el doctor le pagaba, la dueña lo gastaba en la pobreza de sus familiares, gentes del campo que únicamente rogaban, siempre propensos a recibir dádivas, siempre quietos girando en el mismo sitio durante años, con siestas refulgentes en las que el sol omnipotente paralizaba la tierra blanca, llena de osamentas y pastizales reseca allí en las lomas, más allá los potreros y el horizonte ondulando de calor. Era todo lo que recordaba de su niñez: el hambre, las necesidades, la sed en las noches, la llanura a punto de incendiarse y a veces, las quemazones, el miedo, las madrugadas interminables con la vieja voz de su madre tratando de mitigar tanta necesidad.

La niña llenó ese vacío de la ausencia casi sin darse cuenta porque cada vez que sonreía con la mirada o se agitaba correteando, la dueña sentía aquella presencia perdida para siempre de su hijita temblando entre fiebres. También un tiempo había cuidado a la enferma, a la hermana del doctor que agonizaba en una habitación llena de azulejos pero después de la muerte de su pequeña el doctor la eximió de ese deber. "Bastante con tanta enfermedad alrededor, de Lía me ocupo yo", le dijo; todavía era un muchacho, todavía estudiaba, todavía su risa llenaba los pasillos como ahora lo hacía la niña. Todavía no había llegado el tiempo de las sombras.

El muchacho se fue acercando lentamente; cuando vio

que el doctor tomaba mates por las mañanas se ofreció a acompañarlo, al principio en silencio dibujando sus croquis en el cartapacio o recorriendo viejos mapas portulanos que había en la biblioteca; las carracas con las velas aventadas amenazadas por monstruos acuáticos le recordaban la fragilidad de su condición atándose a un tablón a la deriva que podía llevarlo lejos, en medio de la "*Mar Océana*" a merced de vientos furiosos y tempestades fantasmales. En esos momentos de nuevo sentía la fragilidad de la vida: hojas secas goteando en el parque amarillo a los pies de dioses impassibles y doncellas apáticas. ¿A quién recurrir? ¿Quién llena ese hueco que deja la soledad? ¿La madre, en su trabajo, haciendo un gesto de fastidio como quien espanta insectos invisibles cuando se la interrumpía? ¿El padre, siempre "en misiones", siempre de viaje, siempre más atento a sus pares que a su único hijo? Las hojas mustias, allá en el parque, seguían muriendo en silencio como el doctor absorto en las páginas que nunca terminaban, en líneas escritas por extraños que había hecho suyas a fuerza de repetirlas con la mirada.

Cuando la niña llegaba del colegio todo era algarabía y regocijo como si el viejo corazón del doctor cobrara nuevos bríos dispuesto a latir al ritmo de la infancia. Por la puerta de esa alegría fue entrando el muchacho de la mano de la niña.

Entre los libros del doctor había un ajado manuscrito cosido a mano con tapas de cuero; en la portada figuraba una extraña inscripción: "Culpa de los muertos" y en él se sumergía durante horas el doctor releyéndolo y masticando cada frase en susurros como aquellos creyentes que musitan las palabras del Libro frente al Muro de los Lamentos. También, a veces, escribía, escoliaba, agregaba letras apretadas en los

márgenes del cuaderno. El muchacho empezó a sospechar que entre aquellas páginas se ocultaban las claves de la desgracia del hombre taciturno y, si quería salvarlo, era necesario destruir la maldad a toda costa. Buscó la complicidad de la niña.



**PARTE II**  
**Las capillas ardientes**



Una noche puede ser tan larga como una vida, Agop Niemeyer mi querido muchacho. ¿Estás allí? A veces uno entra en sus pantanos y se olvida que afuera el mundo sigue rodando.

Doctor son las once. Sabe por qué estoy aquí. Sabe lo que siento.

¿Amarme a mí? ¡Mal negocio el tuyo, Agop!  
Será.

Sí, ya. El amor nace de la nada y muere de todo. Cortemos con estas declaraciones que ya parece un culebrón venezolano de la siesta. El cáncer me está comiendo vivo, las celulitas rosaditas del páncreas juegan concurso a ver quién se multiplica más rápido para invadir todo lo que está alrededor: ya habrán colonizado el hígado, los huesos, el pulmón, los riñones. *Y hoy que mi vida no vale ni este pucho del cigarro...* Me estoy convirtiendo en un gran páncreas, Agop. El cirujano me jura que resecó todo el tumor pero yo soy patólogo y sé bien que siempre queda una celulita maldita para reproducir el cáncer e invadir terreno mandando colonias al hígado, los pulmones, los riñones, todos llenos de metástasis. El cáncer es el imperialismo del organismo: una sola célula maligna vuelve maldito el cuerpo entero. Es así.

El tumor está terminado, las radiaciones y la quimioterapia lo dejaron consumido. Acá tengo el informe del oncólogo.

Crear que un enemigo debilitado no puede vencer es como olvidarse que una chispa puede iniciar un incendio, Agop. Y yo sé lo que es esa chispa: son unas células con gran-

des núcleos azules deformes como amebas. Son los ojos de un dios que existe para castigar.

Volvamos a la confesión que te debía: mi otra hermana estaba muriéndose hace quince años, descerebrada. Tuvo una crisis de presión arterial y reventó el polígono de Willis, esa corona de espinas que Dios nos puso en la cabeza devolviéndonos la gentileza que tuvimos con su Hijo hace dos mil años; una coronita hecha de arterias que alimentan el cerebro. Reventó el polígono de Lía estimado Agop. El cuerpo se le fue achicando como si cada año la piel se le encogiera. No hablaba, no se movía, miraba el mundo sin ver pero a veces creo que escuchaba. O yo escuchaba mi conciencia. Cada tanto se infectaba con la orina, con la mierda si no la limpiaban a tiempo, con cualquier cosa. Rogábamos que terminara pero Dios escucha al revés; si imploramos por la vida de un pibe que fue atropellado por un automovilista borracho, el pendejo se muere al día siguiente. Si rogamos que se llevara a esta pobre cáscara que vivió cuarenta años solamente para sufrir, la mantiene en capilla esperando el turno para el gran examen final. ¿Qué hago, hablo en pasado?

Todo es parte de la eternidad.

Esas frases rimbombantes en la cama de un agonizante desentonan, francamente. ¿En la vieja Europa no te enseñaron modales? Te voy a explicar algo muy simple: la eternidad es la simultaneidad de todo, ¿no es verdad? Pero el tiempo tiene un antes, un ahora y un después; ergo, tiempo y eternidad no son la misma cosa. Eternidad es lo que se aprende cuidando una muerte a largo plazo.

Al principio todo el familiaje se desvivía por atender a Lía; pero fueron quince años de aguantar Agop. Y se fueron can-

sando. Dos enfermeras se turnaban en el cuidado y verlas trabajar era quitarse el poco aliento de vida que restaba; eran como autómatas fregando las nalgas secas, duras, planas y pálidas; carnes muertas hace quince años. Se alimentaba por medio de un tubo que iba a la nariz. El suero gotea clic, clic, clic... Y ella con los ojos fijos, ni las pupilas se movían. Le hablaba tratando de convencerla: mi chiquita, mi hermanita, ¿por qué no te morís de una vez por todas?, ¿por qué dejás a medio hacer este asunto? Le tomaba las manos, apretaba los dedos pero todo era inútil, no servía de nada. Así eran las manos de papá cuando ya levaba diez horas de estar bien muerto, con certificado de defunción y todo.

Mi otra hermana se desquitó: desovaba cada año con la puntualidad de un salmón. Coleccionaba hijos mientras el marido seguía alardeando de ser el dueño de casa arrastrando los ojos como un faro centinela, cuidando que cada cosa estuviera en su sitio, ni un milímetro más ni uno menos. No sé si por casualidad o por las leyes estadísticas, gracias a la salmóna paridora tuve a Camila. Y cada sábado descansaba recostada en mi pecho cansado. Estoy harto de la vida, Agop. Sueño con ellos: Ingrid, Juanca, Loisa, y César. ¿Por qué sigo vivo?, me preguntan. Lo mismo que yo le preguntaba a Lía pero las preguntas sobre la vida y la muerte no son verdaderas ni falsas: son impropias, decía Hume.

¿Hume también?

Una cosa lleva a la otra mi ingenuo ingeniero Agop. Leer a Proudhon, leer a Marx, leer a Hegel, leer a Kant y no se pueden quedar atrás Locke, el obispo Berkeley y Hume por el camino.

Camino a la facultad cada uno leía un filósofo y compará-

bamos. Apenas nos quedaban grabadas las relaciones del hígado con los órganos del vecindario pero las ideas de estos fulanos entraban como flechas y siempre daban en el blanco.

Estábamos perdidos, tendríamos que haber seguido sociología o algo así, pero la anatomía humana topográfica y funcional ejercía sobre nosotros la dialéctica del amo y del esclavo, como decía Juanca. Yo tenía mi horario para cuidar a Lía y casi siempre alguno de los cuatro me acompañaba en mi turno del velatorio de quince años. Leíamos embriología junto al feto muerto que no se decidía si estaba en el cielo o la tierra. Era irónico leer cómo se iban formando los tejidos y los órganos en un embrión mientras al lado mi hermana se deshacía con la lentitud de una pluma que cae desde la cima de una montaña. Leyendo el desarrollo del ectodermo Ingrid me dio un beso en la boca una noche. Cuando me disponía a explicarle por qué las glándulas endocrinas no son todas endodérmicas, Juanca me dio otro, también en la boca. "Queríamos saber si te gustan los hombres o las mujeres", me dijo Loisa después en el pasillo de la cátedra de Histología. No me gusta nada, creo que soy andrógino, frígido, eunuco o algo así. Un híbrido asexuado y sin alma. ¿Cómo podía seguir creyendo en el espíritu si mi hermana por un puto émbolo o un aneurisma, que da igual, se quedó en "off" para siempre? ¿Adónde se fue el espíritu? ¿Se fue con el coágulo de mierda? Otra vez haciendo preguntas impropias, perdón querido Hume, aunque su peluca me disguste, sus ideas me interesan.

Nunca estamos demasiado cerca de la verdad, Agop; nunca estamos demasiado lejos tampoco. Somos lo que hacemos y yo no amo en ningún tiempo verbal; tampoco odio, casi todo me resulta indiferente desde que me enfrenté a la

muerte. Quise verla cara a cara pero ella se puso la máscara de la justicia que es fácil de confundir porque nadie conoce de verdad lo que es justo y me engañó esa vez. El error es más nocivo cuanto más dosis de verdad contiene y allí estaban los caballeros del orden queriendo arrancar ideas subversivas de las mentes juveniles. Mal es lo que nos priva de algo pero a mí, privarme me hace bien.

No me gusta nada, Agop, ni siquiera yo. Desde esa noche estoy purgando todas mis faltas, todo lo que dejé de hacer. He pecado por omisión. Estoy asándome en cuatro capillas ardientes. Cinco, con la de Lía que seguía muriendo y no se decidía pero yo ya la consideraba difunta y hasta le llevaba flores los viernes.

Menos mal que cada sábado Camila me devolvía a la vida.  
¿Y ella también lo quería así?

Me querría tanto como decir que era su principio, Agop Niemeyer. Ella buscará su propio fin porque el mío ya llegó. Pero antes de irme para siempre vivo esta agonía de ideas. Y se la dono a quien más quiero en este mundo mudo e inmundo. Yo voy a desaparecer en cualquier momento, pero de una vez por todas, no como Lía que vivía en el agonidero.

## SABOTAJE DEL PERSONAJE AL AUTOR (1)

*Personaje: Dígame don autor, ¿por qué no me deja en paz?*

*Alejandro: Uy, a mal puerto fue por leña querido. Acá hay de todo menos paz. Cámbiese de mundo si quiere tener paz.*

*Personaje: Decime la verdad. ¿Por qué escribís?*

*Alejandro: Calcule usted; no bailo, no fumo, no me drogo, no me interesa ningún deporte, torneo ni competencia; los juegos de azar me dan bostezos, cada vez bebo menos, no sé cocinar ni hacer manualidades. ¿Qué me queda por hacer?*

*Personaje: Podrías leer y enseñar, el ejercicio docente es decente. ¿Por qué escribir perturbando la paz de los demás?*

*Alejandro: Escribo para convencerme de estar vivo. Y aún así, créame que me cuesta.*

*Personaje: ¡Es el viejo miedo a la muerte lo que te mueve! Igual te vas a morir y ese rodete de gusanos se va a comer tu cuerpo, tu alma, tus escritos, mi historia y la Historia. Habrá una devoración final porque el hambre de la nada es total.*

*Alejandro: Totalitario. Ya ve que en algo coincidimos. Los dos creemos que nuestro destino es la nada. Pero volvemos al principio. ¿Por qué hay algo en vez de no haber nada? Esa misma tensión que creó lo que hay nos empuja a inspirar hondo contra la asfixia. ¿Por qué acumula dinero un banquero? ¿Por qué una mujer colecciona amantes? ¿Por qué un investigador empuja cada vez más los límites de la ignorancia, arrancándole confesiones forzadas a las leyes de la naturaleza? ¿Por qué todos queremos hacer algo en vez de nada? Seguramente somos necios. Tratamos de colocar el mar en un pozo que cavamos con nuestras manos*  
(3).

---

La imagen pertenece al obispo de Hipona llamado Agustín, quien creía que la sabiduría de Dios excedía por su desmesura el tamaño de la mente humana flaca y limitada. Dios era tan inmenso que nunca podría ser comprendida por la conciencia humana tan limitada.

*Queremos que la pequeñez contenga a la inmensidad. Amamos imposibles, somos una minúscula parte de una máquina que no tiene principio ni fin, pero como no podemos imaginar esto, queremos ser los motores para controlar sus movimientos. La máquina ya sentenció el día de nuestra trituración. Si se mantiene atento, en algún momento escuchará unos golpes de hacha que se repiten sin detener. Están cortando el árbol; de esa madera será su ataúd.*

*Personaje: esto se pone pesado, loco. Yo me voy.*

**E**mpecé a sospechar lo que se venía cuando encontraron los cadáveres en el río, Agop Niemeyer.

Amaneció, el muchacho no está y un fulgor rosado entra por el visillo de la ventana atravesando rejas y vidrios. La vida se obstina, nos instiga, no abandona a sus cadáveres.

No entiendo. ¿Qué cadáveres, qué río?

Dos cadáveres meciéndose al compás de la barcarola en el río Paraná, mi cálido muchacho, Agop. ¿Tenemos acaso otro río en la *ciudad doliente* de Corrientes? Todo empezó como un rumor, que un pescador había visto una canoa a la deriva en dirección a Punta Tacuara y al acercarse descubrió dos muchachos desnudos y muertos, uno con el pene cortado, ensangrentado y el otro totalmente azulado como los que mueren asfixiados. Eso decía el rumor. Hizo la denuncia y la policía difundió un comunicado que en realidad era otro rumor con forma de propaganda: aparentemente eran homosexuales y uno de ellos, epiléptico. Que se estarían haciendo mutuamente el sexo oral cuando le sobrevino una crisis al enfermo, mordió el pene que tenía en la boca ya que los epilépticos tienen estas reacciones, y lo emasculó provocándole una tremenda hemorragia que llevó a morir desangrado a su compañero sexual; y él mismo murió asfixiado por el trozo de glande que aspiró y vino a enclavarse en la laringe. Por eso uno estaba desangrado y el otro azul. Una muerte sexual de pervertidos, la mugre social, los siete pecados capitales y esos comentarios que prodiga la Liga de Madres de Familia mientras sus hijas, más prácticas, se internan en cuanto motel

encuentran por la ruta como si fueran a un spa. Todo era un cruce de versiones y contrasentidos. En la facultad se hablaba en voz baja por los pasillos, yo me crucé con las mellizas Taruddi de las que Enrique decía que eran idénticas "como dos gotitas de semen" y casi a coro me contaron los detalles, que los cadáveres habían sido trasladados a la morgue judicial para las pericias y el forense confirmó el diagnóstico y extrajo tres balas.

¿Qué balas? ¿No era una epilepsia?

Uy, mi querido muchacho, esas preguntas no se hacían en aquellos tiempos de la cruzada milicial. Después la cosa se complicó, los pendejos eran dirigentes estudiantiles de la Facultad de Derecho. Dirigentes-balas-canoa. Algo sobra o faltaba en esa ecuación, Agop. No hay que ser Einstein para darse cuenta que estaban cargando dos muertos en la cuenta del otario. *Qué desencuentro, si hasta Dios está lejano, sangrás por dentro, todo es cuento, todo es vil. En un corso a contramano un grupí trampeó a Jesús, no te fíes ni de tu hermano: se te cuelgan de la cruz.* Cátulo Castillo ya escribió todo. ¡Ay patria mía!, canta Aída junto al Nilo, deberíamos haber cantado nuestras desgracias a orillas del Paraná.

Empezamos a ver policías en la facultad. Casi siempre de civil, serían los famosos oligofrénicos del "Servicio de Inteligencia del Estado" que si te pillaban con un libro sobre Groucho Marx creían que eras marxista, te detenían en la calle y anda a llorarle al hábeas corpus. Total, ya sabrás todo lo que vino con la represión, el clima de sospecha que se había instalado, los fachos reunidos en la sede de la Acción Católica donde anidaban los Tacuara con los muchachos del florista R.Q. y otros movimientos del Catecismo de Trento, familia,

tradición y propiedad privada que es lo mismo que defender el loteamiento que hizo Jehová para los Romeros viejos, los Romeros Feris y sus romerías. Siendo secretario del Movimiento Juvenil de la Acción Católica yo vi. armas en ese edificio, Agop. Le comenté al arzobispo monseñor López que con voz aflautada de soprano ligera me tranquilizó: "también para defender a Dios necesitamos fusiles, hijo". Y me salió con la perorata de la Virgen María -con quien parecía estar fuertemente identificado- y San José huyendo por tierras foráneas de la persecución del inicuo Herodes. No sé, en un minuto estuvieron en nuestra conversación los Reyes Magos, el burro, San Juan degollado después de una joda, y una buena ristra de mártires, mártiras y mentiras aquí y allá.

¿Y el arzobispo?

Un señorón que se pasaba cenando con las damas de la sociedad correntina querido muchacho; un cenador vitalicio. Juanca se quemaba las pupilas leyendo a los economistas, desde el papá Adam Smith, los fisiócratas, los mercantilistas hasta Keynes. Loisa decía que en Latinoamérica no sólo habían matado al Che en los '60, también fusilaron todas las ideas.

¿El Che?

Un mito equivocado, tal vez. César decía que no estuvo en el lugar indicado, Ingrid que le falló el almanaque, que veinte años menos y hubiese sido un Mao sin llegar a sádico como el chino. Pero un mito no muere y las ideas sí. En los '70 el camino estaba limpio y empezaron los cantos de sirenas liberales. ¿Quién no está enamorado de la libertad cuando se tiene 20 años, Agop?

¿No está idealizando a sus amigos?

Puede ser, peor sería idealizar a su verdugos, pero Loisa

también tenía sus cosas, pequeñas miserias que me hacían sentir incómodo; la avaricia siempre me produjo miedo, es un espanto enorme porque me advierte cosas ominosas acerca del futuro, la persona mezquina de algún modo nos está diciendo "cuidado, mañana puede que ya no quede ni siquiera esto" y se guarda un resto de galletitas, un jugo, algo que podrías llevarte a la boca y compartir con generosidad pero el avaro se priva de todo, como decía san Francisco de Sales "avaricia es vivir en la miseria por miedo a la pobreza". Esa pobreza que se nos avenía me causaba estupor y después espanto. Las mezquindades de Loisa me alarmaban. Una vez, por no convidarle un resto de chocolate a Juanca se sentó sobre la tableta. Conmigo no tenía problemas porque yo nunca aceptaba lo que me convidaba, sabía que eso la hacía sufrir y el hambre nunca fue mi debilidad. Ingrid siempre me decía "si uno llega a ser tan rata, no se puede quejar cuando alguien la aplaste" pero eran regaños de hermana mayor; aunque tenían la misma edad, Ingrid siempre se ponía en el rol de tutora aunque al final obedecía las directivas de Loisa. Ingrid también tenía sus fallas, era impetuosa y cuando alguna cuestión la enojaba podía decirte mil maldiciones en un segundo y tenía un repertorio que ni en un prostíbulo se aprendería con tantos matices. Cuando se calmaba, era capaz de pedirte perdón de rodillas. Siempre pensé que era una criatura llena de carencias; creció en la pobreza, quitando acá lo que faltaba allá; estudiar era un lujo para ella. ¿Te das cuenta, Agop cuál es el punto de partida de nuestro liberalismo? Vos estudiando en un college de Edimburgo, con los genios de la Economía mundial codo a codo. Ingrid vino a Corrientes para alojarse en una pensión de extramuros; pagar el alquiler y sus gastos

significaba pedir dinero a un hermano, a una tía, a los padres que mandaban lo que podían pero, ¿qué pueden mantener una maestra jubilada y un empleado de un aserradero? Todo era precario, ella no sabía si mañana llegaría o no el dinero que necesitaba y la carrera de medicina no permite un minuto de respiro, ni en sueños se podía trabajar porque vivíamos en la facultad.

Yo no tengo la culpa.

No te culpo, bastante con la carga de culpas que llevo yo; solamente pregunto: ¿partimos todos de la igualdad de oportunidades que cacarea el liberalismo?

Yo no hice los pobres ni la pobreza.

Es verdad, Agop. Yo no te acuso. Pienso en lo que dijo mi profesor de Medicina Sanitaria: "si un sistema no puede salvar a la mayoría de pobres, tampoco podrá salvar a la minoría de ricos".

¿Y cómo se sale de la trampa? La voz que clamaba en el desierto nos decía que la premisa del liberalismo era la libertad del individuo. Pero ¿a qué llamamos libertad de uno y otro lado? Juanca nos decía "cuidado" y nos habló de su teoría del estanque. Leía mis notas de noche, Camila ronroneando recostada en mi pecho y pensaba en los estanques, los peces, los pesos y los presos.

## TEORÍA DEL ESTANQUE

Supongamos que tenemos una alberca, una albufera, o una laguna marítima cerrada y decidimos cultivar peces. Ponemos miles de merluzas, lubinas, arenques, sardinas y diez tiburones. Al mes, sólo quedarán en el estanque los diez tibu-

rones; ¿de esto deberíamos deducir que los tiburones son mejores, más excelentes, más útiles?

El estanque demuestra en forma clara que la fe en el mercado es la misma vieja creencia en una aristocracia de los más fuertes sobre los más débiles, o sea el trasimaquismo. ¿No era eso lo que pretendió abolir de una vez por todas la Revolución Francesa? ¿De qué libertad gozan las lubinas y los arenques en la represa? La única libertad de la que disfrutan es la de ser devoradas por los tiburones que aunque son minorías, las sobrepasan diez veces en tamaño y voracidad.

Al mes, tendremos una cisterna con diez tiburones que empezarán a luchar entre sí para sobrevivir cueste lo que cueste. Y a los tres meses, sólo quedará el tiburón más agresivo y poderoso.

Un mes más y todo será un cementerio marino. El poder absoluto de la fuerza destruye la fuerza del poder.

El mercado es el estanque pero el utilitarismo nos dice que la veracidad de una teoría se mide por su utilidad pública; ¿queremos una sociedad de tiburones? ¿No hicimos la Revolución Francesa para terminar con los privilegios de genes, clanes y clases? Porque, ¿qué es un tiburón fuerte? Un legado genético, una aptitud de la que el mismo tiburón no es responsable ni merecedor. Una capacidad que proviene de la potencia de su materia y un poco de suerte para sobrevivir. Azar y más azar para conseguir una criatura que tiene la capacidad de adaptar el ambiente a sus necesidades. ¿No invita el capitalismo a resucitar la horda primitiva de un modo más oculto y sofisticado? Entre los primitivos también el más fuerte dominaba a los más débiles: el gran tiburón terminaba

devorándose a las merluzas y lubinas y todo el feudalismo no fue más que el gobierno de los tiburones durante más de 1000 años. Para que hubiere un mercado realmente libre deberíamos tener un estanque lleno de lubinas o lleno de tiburones; la mezcla de ambos se devora la libertad y sólo tenemos mercado en el estanque y libertad en los himnos. Pero la vida depende del estanque, no de los himnos.

¿Qué hacemos con los tiburones, los dinamitamos y así tenemos un mundo más dulce?

No se trata de convertir el mundo en un paraíso perdido lleno de serafines; se trata de respetarnos los unos a los otros y las otras. Los tiburones no son responsables de su pravedad, pero nosotros tenemos la razón que ellos no tienen y la conciencia que ellos desconocen. En nuestro estanque se escriben leyes para llegar a un acuerdo entre lo bueno y lo malo, muchacho. El trasimaquismo es volver de nuevo al estanque con tiburones y lubinas, imponiendo la ley para beneficiar a los más fuertes y astutos y castigar a los indefensos.

En aquella Argentina vivimos un abismo abierto entre el mundo de las ideas que pregonaban una mayor igualdad económica en la sociedad aunque hiciera falta la fuerza para arrebatarse el poder a la vieja aristocracia, y el mundo de la realidad donde el poder económico se sostenía con el arsenal de las gloriosas Fuerzas Armadas de la Nación. Así empezó a resquebrajarse la unidad social.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 2 )

*Personaje: ¿Sabés que me sorprendí, che? Leído soy muy interesante. Pero vivir aquí adentro conmigo es el opio total. Por supuesto en tu relato hay más silencios que palabras. Se me ve moviéndome con pasos sigilosos, concentrado en la lectura.*

*Alejandro: Usted lee mucho.*

*Personaje: Sí, para llenar esos huecos que en tu cuento me hacen misterioso. El silencio me asfixia.*

*Alejandro: Cuento lo que veo.*

*Personaje: Entonces, te quedás en el camino, don fatuo autor, fautor. ¿Cómo te explico lo que son las ideas que se me cruzan sin dar tregua? Mi mente está demente. No se detiene un segundo yo creo que me odia. Desde que me dijiste que están serruchando el árbol para fabricar mi ataúd, casi no duermo. ¿Por qué se apresuran tanto?*

*Alejandro: Era una broma. Una forma de decir otras cosas.*

*Personaje: ¿Una forma de contestarme por qué escribís? ¿Querés llegar antes que el carpintero? Me parece que te agarré: la muerte te asusta. Sos un perfecto necrofóbico. Seguramente, no pisás un cementerio ni por error.*

*Alejandro: Es uno de los primeros sitios que visito cuando voy a una ciudad que no conozco. El cementerio enseña mucho sobre la gente y los habitantes que siguen vivos, sobre los sueños que tienen acerca de la eternidad y la vida perdurable. Es una cátedra de fastos y miserias.*

*Personaje: ¿Ya te tomaron las medidas para el féretro?*

¿Agop? ¿Estás ahí? Uno vive entre sombras y la turbidez vuelve irreal este paraíso hecho de fe que nos legaron los padres Adán y Eva. Habría que correr más las cortinas para desvanecer las penumbras que desde adentro sabotean nuestra capacidad de pensar. Más luz, pedía Goethe en su lecho de muerte. Cada vez que llegaba al agonidero de mi hermanita Lía abría las persianas de par en par. "No sea la falta de luz lo que te quite el valor para morir de una vez", susurraba en su oído y mi propia voz retumba ahora en forma de pregunta: ¿y a mí, me falta luz también?

Todos tenemos miedo a morir; pasan los siglos y las Parcas no cejan en el hábito del óbito y ésa es la incógnita más vieja que cualquier ecuación de tercer grado. Fundó cuanto rito y religión circula por esta Tierra, querido Agop. Cuando el tabú del sexo se desmoronó el lúcido Occidente descubrió que le quedaba un tabú mucho más intrigante y doloroso, la muerte es una montaña comparada con el sexo. No sólo no nos enseñan a vivir, tampoco nos enseñan a morir cherí. Hasta los suicidas entran en el juego, la muerte se les hace tan insoportable que la buscan. Si no me mato es por miedo, porque la tortura de seguir viviendo con el remordimiento de ser sobreviviente me sigue dando fuerzas; el mal, Agop, está retratado en la Divina Comedia. Dante también tendría sus remordimientos pero se salvó de ellos creando un antro de terror para encerrarlos con otros nombres.

No leí la Divina Comedia.

Qué lástima, Agop. Es uno de los manuales de instrucciones para la vida que tendrían que entregarnos en la materni-

dad el día en que abrimos los ojos al maravilloso mundo. Ahí está todo: el deseo, la culpa y el castigo. Es un mapa de las pasiones y sentimientos de todos los hombres y todas las mujeres del planeta. Es una de mis obsesiones, no dejo de leer ese catecismo del pecado. Nunca salí del "Infierno", a mi poca alma no le alcanza el dinero para seguir viaje más allá de mi condena. Ni siquiera llegué al Purgatorio.

"El sitio donde nunca hubo guerras", decía el diácono en los oficios del college.

Ausencia de guerra no significa paz, Agop. ¿Sabés lo que dice a la entrada de la ciudad maldita de Dite?

No, ya le dije que no leí la Comedia.

Bueno, en el *alcázar perverso* hay una piedra donde está labrada una frase lapidaria: "*Abandonad toda esperanza los que aquí entráis*". Es lo que me dijo el carcinoma Agop. Abandonad toda esperanza, ya estoy en el antro del mal y no hay fuerza capaz de salvarme.

¿Y yo?

Ay, hombre, si supieras lo débil que es cualquier amor frente a la muerte, es una hoja seca en poder de una tempestad. Ni todo el amor que decís tenerme ni todo el cariño de Leticia, ni el fuego del odio que me mantuvo vivo me podrán sostener frente al cáncer de páncreas: "*Por mí se va a la ciudad doliente, por mí se va al eterno dolor, por mí se va tras la perdida gente, abandonad toda esperanza los que entráis*". Dante dixit y calló Dios.

Juanca también tenía sus defectos; mirá quién habla, como si yo fuese perfecto teniendo el adorno de la cobardía. Juanca decía a todo que sí pero después se mandaba lo que le venía en ganas y además tenía la compulsión de espiar intimidades, no sé, era algo más fuerte que él. Una vez lo sorprendí con

un ojo en la cerradura de la puerta del baño cuando Ingrid se cambiaba para salir.

¿Mate, Agop? A veces pienso que mi felicidad es muy simple bastan unos mates por las mañanas para hacerme sentir que puedo todo contra nada. Es increíble la pasión que pone la mañana al resplandecer en la ventana y sin embargo toda esa luz, desperdiciada, no alcanza para alumbrar las sombras de mis amigos que me preguntan por qué sigo viviendo para convertirme en el nombre y apellido de una traición.

No delató a nadie.

Sobrevivir es delatar. Es haber perdido la esperanza al entrar en la ciudad de Dite y hacer de cuenta que la vida sigue, ¿adónde sigue? Sobrevivir es una ruindad de mi parte, una gracia que me tocó en suertes y se volvió desgracia porque cada vez que veo algún signo del pasado leo mi cobardía.

¿Le hace bien seguir con la historia?

Siento como una absolución, no de tu parte, sino de la Corte Suprema del Juicio Final que está deliberando desde el día en que Caín mató a su hermano. Si ése día don Jahveh hubiese descubierto que se había equivocado al hacer al hombre a su imagen y semejanza, si hubiese comprendido lo monstruoso que era, al verse retratado en el espejo humano no hubiese sido necesario un diluvio, ni los Mandamientos ni la Cruz. Me hace bien sacarme esta hiel aunque de mi boca sólo escuches amarguras en la edad en la que deberías estar escuchando buena música.

Si le hace bien, lo escucho.

Sí. La confesión de los pecados me hace un poco menos vil, Agop. La comunión de los santos y la vida perdurable. Cuando tenía cuatro años mis padres me internaron con unas

monjas que me despertaban a las 5:30 a.m. para ir a misa y rezar en latín todas las mañanas; el oficiante era un cura italiano corpulento y con el genio de un boxeador, alzaba la voz casi interpellando a Jehová:

*Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dóminus Deus Sábaoth.  
Pleni sunt coeli, et terra gloria tua. Hosanna in excelsis:  
Benedíctus qui venit in nómine Dómini. Hosanna in excélsis. (4)*

Yo era el monaguillo y al terminar la misa, mientras él se quitaba la indumentaria sagrada me hacía rezar las letanías lauretanas: Mater Divinae gratiae, ora pro nobis. Al salir siempre me hacía una caricia en la cabeza y esa ternura de parte del gigantón que puteaba al mismísimo Creador con el tono de voz, aunque usando las fórmulas litúrgicas, me daba ánimos para seguir el resto del día. Lástima que ya no estaba el padre Umberto Gemienelli en los '80 porque tal vez habría ayudado a monseñor Santana a evitar el suicidio.

¿Cómo?

El rector de la Catedral se suicidó en noviembre del '83 de un tiro en la boca, en la sacristía. Lo llevaron de urgencia al Hospital Escuela de la universidad pero no hubo caso, ya estaba muerto cuando llegó. El director del hospital corría de un lado a otro recibiendo llamadas y tratando de esquivar a los periodistas que llegaban como hormigas pero al final no pudo evitar dar un comunicado y ¿sabés con qué salió? Que mon-

---

(4) "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de su gloria, Hosanna en las alturas, bendito el que viene en nombre de Dios. Hosanna en las alturas".

señor se accidentó limpiando un revólver. Un disparate de pies a cabeza. Es más difícil explicar qué hacía un cura con un revólver en la sacristía de la Catedral que decir simplemente "se suicidó, es un hombre como cualquier otro y la depresión no distingue sotanas de pantalones". Pero no, el tipo era uno de esos abnegados jesucristianos que se creen en la obligación de mantener limpia la cara de la Iglesia contra viento y marea. ¿Te imaginás? Monseñor con una calibre 45 limpiando el cañón, pero como decía el arzobispo López con voz aflautada "para defender a Dios también hacen falta las armas". Y yo pensaba mientras tanto: "es más fácil morir por Dios que vivir por Dios". Pero ya estaba a la vista que el arzobispo y yo pensábamos distinto.

¿Por qué se mataría un cura? ¿Está seguro?

Monseñor Santana era un hombre enigmático, lleno de contradicciones. Alto, delgado, con el pelo entrecano cortado a lo militar, ojillos apenas abiertos, oblicuos; siempre vestía el hábito aunque por entonces los curas ya preferían salir a la calle con pantalones y camisas, pero Monseñor, jamás. Hablé con él varias veces, tenía un modo esquivo de mirar sin ver, siempre parecía estar atento a algo más allá de las palabras. Se movía con la lentitud de quienes miden cada paso. Nunca empezaba un diálogo, se limitaba a responder frases cortas, concisas.

¿Seguro que se mató?

Lo único seguro en esos tiempos era la "Doctrina de la Seguridad Nacional" que inventaron los milicos de la Junta para maquillar la cara del gobierno de facto. Hacíamos las prácticas en el Hospital Escuela, era inevitable enterarse que el cura entró suicidado. Y nadie entendía nada; ¿no era rene-

gar de su fe y de su vida al mismo tiempo? Pero en Corrientes pasan esas cosas, los curas se vuelan los sesos, delatan a los fieles que les confiaron secretos en la confesión de los pecados para la confección de las listas de la muerte. Después las Furias hacen su trabajo, la conciencia muere y remuerde. El pobre monseñor Santana habrá creído que los milicos les pedían los datos de los apátridas para darles una pequeña sesión de cilicio y no un fusilamiento anónimo. Cuando comprendió que era cómplice de esos crímenes empezaron a latigar las Furias, las perras que escarmientan los pecados de atentar contra la propia sangre, Tisífona se ensaña contra los fraticidas y ¿qué era Monseñor a fin de cuentas? Un fraticida ingenuo y aunque se diga que la mitología es la fantasía de los griegos allí tenés el cadáver del sacerdote, podés llevarle velas en el cementerio.

Yo sé bien lo que es dejar una muerte inconclusa, ¡si me lo habrá enseñado mi hermana~feto~cadáver!, a quien no me cansaba de arengarla: "tratá de fallecer mi amorcito, duele verte así, te quiero demasiado para soportar tu humillación en ese cuerpo desalmado" Y ella que no. Qué digo ella, si no sabía lo que hacía porque no era más que un títere de ese Dios al que levantamos catedrales.

Eran tiempos de tiburones en el estanque argentino, Agop. Las aguas enrojadas del río de sangre hirviente del séptimo círculo del Canto XII de la Comedia: el castigo a la violencia contra el prójimo. Ríos de odios como en los tiempos de Rosas cuando el disenso era traición y el pobre Genaro Berón de Astrada terminó degollado por las hordas federales del monstruo de Palermo. Todas las mañanas en mis oraciones le agradezco a Dios que no exista, Agop. Decían que el

padre Santana traficaba datos, que había delatado a varios integrantes de sindicatos y gremios que después desaparecieron misteriosamente. En esos años la gente desaparecía en la Argentina. Vos viniste en..... 1992. Ya era otro país, la resaca de aquel dolor de cabeza. Pero en esos tiempos dejabas a una amiga en una esquina, ibas a buscarla de nuevo y había desaparecido. En la casa no estaba, en la facultad tampoco, en... ningún sitio. Esa subversiva, delincuente y marxista-leninista tuvo que ser borrada del mapa. Años antes volaban los milicos como esquirlas porque el Ejército Revolucionario del Pueblo puso una bomba bajo la cama del general fulano. Unitarios y Federales dividiéndose la carroña de un cuerpo gangrenado de país dejado en manos de adolescentes. ¿Cómo llegaron a eso?

Te explico si puedo; en tiempos del feudalismo la cosa estaba clara aquí en Latinoamérica: los señores latifundistas tenían los títulos de propiedad y los demás jugaban a sobrevivir.

¿Feudalismo?, que eso fue en la Edad Media.

Para ustedes, Agop. España nos mandó la Edad Media de Felipe II° con su melancolía católica y su Santo Oficio. Pero vamos más adelante, hasta 1930 en Paraguay y parte de Argentina existía esclavitud en los yerbales, en la Patagonia y los quebrachales del norte. En Corrientes tuvimos un príncipe elector que se llamó Juan Ramón Vidal y gobernó hasta cansarse, fue legislador nacional y digitaba los sucesores en el gobierno de la provincia, se murió con el dedo parado señalando a un delfín politiquero como él. Esos caudilletes enfermaron la paz pública, Agop. Ya te dije que "paz" no es sólo ausencia de guerra. ¡Y ahora tienen monumentos en las pla-

zas! La democracia es un cartón para desfiles, el feudalismo seguía manteniendo la tierra hasta que nació la burguesía con la inmigración. Te imaginás que los europeos y los turcos por brutos que fueran los que inmigraban, no iban a recular diez siglos. Todo esto me explicó Juanca y no sé de dónde sacó tantos datos pero todo encajaba más claro que las doctrinas del catecismo. Los gringos empezaron la compraventa y las primeras industrias; acumulaban las ganancias los hijos de perra porque al no ser patricios les importaba tres carajos las apariencias y en vez de comprarse mansiones juntaban metálico. ¿Y cuál es el principal de los tres pilares de la riqueza de las naciones según el pope Adam Smith? El ahorro, que va formando el capital. El otro es el trabajo, y a los gringos no les asustaban las azadas ni los tractores. Le daban de sol a sol. Faltaba el tercer pilar que es la propiedad, pero te imaginarás que los señores feudales necesitaban mantener la imagen y el trabajo no era su fuerte. Terminaron vendiendo las tierras que había parcelado Jehová a los advenedizos que se fueron apropiando de los títulos y con las cuentas en los bancos, ¿quién no podía comprarse un cargo en el Senado que nunca estuvo sanado para proteger la hacienda? Mientras crecía la producción aumentaban los obreros pero ahora el panal tenía nuevos dueños. Cada vez se abría más el abismo entre los amos y los esclavos hasta que vino Irigoyen que terminó caduco para cederle el liderazgo a Perón. Estamos enfermos de caudillismo porque nunca entendimos que primero deben gobernar las leyes y después los hombres, Agop. El gran reconciliador Juan Domingo Perón empezó bien, se ganó a las clases necesitadas y quiso usarlas como fuerza de choque para instalar un autoritarismo criollo con mezcla de nazismo, toques de asis-

tencialismo a los más necesitados, repartija de prebendas y algunas leyes de tono socialista, o sea, la Biblia y el calefón. Terminó con todo el circo de la persecución, el exilio, Puerta de Hierro, la bataclana y el brujo postergado. Desde España el líder exiliado llamaba a los de centro, a los de izquierda, a los de derecha, a los de arriba y los de abajo; todos en la misma bolsa. Uno se pregunta ¿qué quería Juan Domingo rejunando tantas fuerzas? Creo que desde don Juan Manuel nadie concentró tanto poder con tan pocas ideas. La política es el arte de organizar los odios entre clanes y para eso estaba La Santísima Trinidad de Juan, Estela y José aterrizando en Ezeiza para salvar al país en 1973. De allí en más, como el tango "cuesta abajo en la rodada" no paramos de caer, siempre parece que tocamos fondo pero no, descubrimos que se puede llegar más bajo, y más, después de todo el espacio es infinito. En el '76 los caballeros de las botas y las espadas le dieron el último empujón a la Presidenta-sirvienta y se instaló el Terror de Robespierre. Dos bandos se masacraban unos a otros, los del ERP y los milicos con la mayoría de la gente en el medio como rehén de la violencia descontrolada.

La guerra es la ciencia de la destrucción.

### SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR (3)

*Personaje: ¡Están cavando la fosa! Sigán excavando, más hondo, más y más van a llegar hasta el cimiento del autor.*

*Alejandro: ¿Cómo dijo?*

*Personaje: En lo hondo está el ego y sobre ese yo tan frágil, tan insignificante construimos pirámides para burlar a la muerte. El miedo a la muerte total fundó todas las religiones de la tierra ya lo dijiste, y los mausoleos y las catedrales. Nos aferramos desesperadamente al hilo de vida y por alguna confusión nefasta creemos que en el yo está la clave de la existencia, en el yo nos adoramos, nos veneramos y escribimos porque en el fondo pensamos que dejando un testimonio seguiremos estando más allá de la muerte física. Pero nadie muere más ni menos, vencer a la muerte por medio del egoísmo es un espejismo don autor. Queremos obedecer a la Serpiente erictus sicut dei: "seréis como Dios" y creemos que por medio del arte vamos a reconstruir el Paraíso. El ego es un pequeño déspota que se cree dios.*

*Alejandro: ¿Usted me asegura que yo sólo quiero salvarme a través de la escritura?*

*Personaje: "Salva tu alma", claro que sabés el destino de tu cuerpo, pero no te resignás a desaparecer del todo y la memoria de los demás te sirve de puente. El miserable dios de tu ego está reclamando víctimas como ya lo hiciera el temible Yahvé.*

*Alejandro: ¿De qué culpa a Dios?*

*Personaje: De crear un mundo tan caótico como tus escritos, de extorsionarnos con esa leyenda pueril de haber sacrificado a su Hijo co-dios para limpiar nuestras afrentas.*

*Alejandro: Nos guste o no, es la historia más conocida y reconocida de la civilización occidental.*

*Personaje: No es más que un embuste.*

*Alejandro: ¿Cómo pudo haberse impuesto veinte siglos sobre otras patrañas? Alguna verdad habrá detrás, ¿no le parece?*

*Personaje: La única verdad es una disputa de poderes; igual que tu Junta de Comandantes del Proceso de Reorganización Nacional: la cuestión es mantener el dominio sobre los demás a cualquier precio, hasta el de la sangre de los otros. Los razonamientos del poder son absurdos siempre; detrás hay un sinsentido digno de Lewis Carroll. Que un Dios supremo mande morir a su Hijo en un patíbulo ignominioso para borrar la historia universal de la infamia humana es... grotesco. ¿Acaso el Hijo no era Dios? ¿Cómo pudo morir entonces, si Dios es eterno? ¿No es todo un gran embuste, una farsa sagrada puesta en escena para ganarse la servidumbre humana? ¿Por qué Pedro y Pablo viajaron a Roma que era la capital del mundo? ¿Por qué no siguieron predicando en Judea y Galilea? Simple. ¡Porque perseguían el corazón del poder! Todos han sido impostores.*

*Alejandro: Me deja sin palabras.*

*Personaje: No seas otro farsante, esta mies la sembraste haciéndote el distraído cherí.*

*Alejandro: Amén.*

## LOISA

Juanca: ayer me enseñaste que los obreros no tienen otro recurso que la unión para defender sus intereses pero la burguesía que invierte su capital en una empresa como primera medida trata de dividir esa fuerza. Además creo que Smith había dicho que el deseo (finalmente todo se reduce a deseos en la gente) de lucro es natural y yo me pregunto, ¿el deseo de unirse para defender sus intereses será tan natural como el de lucrar? ¿Y entonces, por qué cuesta tanto juntar a los empleados en un sindicato? ¿Por qué se pervierte con tanta facilidad la dirigencia sindical, traicionando los intereses del grupo para beneficios personales y mezquinos? Pero dejemos de juzgar y tratemos de comprender, Juanca. Hice esta carta para entenderme un poco más y de paso entregarte el paquete de dudas. Si el instinto de lucro es más fuerte que el instinto social, queda explicado aunque no solucionado. ¿Cómo resolvemos el problema? Esto significa que la humanidad no tiene salvación y sin embargo ahí está el tamaño de la civilización desmintiéndolo a medias. Me acuerdo del lema que nos enseñaste *'laissez faire laissez passer'*: "dejad hacer libremente a las empresas privadas, dejad pasar las mercaderías libres de aduanas" para evitar que el Estado entorpezca las leyes del mercado que según los patriarcas liberales sigue las mismas leyes que la naturaleza que con su mano invisible acomoda los tantos en el juego de la realidad. Pero entonces, ¿para qué firmamos el contrato de Rousseau, para qué sirve el Estado? ¿No era para atemperar entre todos los excesos de la

iniciativa privada de lucro a cualquier precio? El precio del hombre es la cuestión. Y de la mujer. Papá se apagó después del asunto de la cooperativa, Juanca. No volvió a ser el mismo, del hombre optimista y siempre haciéndole zancadillas a la vida quedó un despojo que se arrastraba como un autómatas. Siempre hacía un gesto con la mano, como si espantara fantasmas invisibles cuando le traían algún problema pero después que lo estafaron los bichos le paralizaron la mano, tuvo un derrame cerebral, esa mano de piel rugosa que me acariciaba con la suavidad de la seda quedó agarrotada y seca. Papá tenía confianza en los demás y aunque mamá le prevenía contra esto o aquello, él decía que no se podía vivir sin dar crédito a la gente; cuando llegaba caminaba en puntas de pie para no hacer ruido y tomarnos de sorpresa de la cintura, desde atrás. "Soy tu sombra que se cansó de seguirte, ovejita", me decía y ese gringo curtido por el sol, ese gigante con las espaldas de boxeador me besaba suavemente en la oreja como si un viento me rozase al pasar. Era divino, papá era divino, Juanca. Confió en la comisión directiva de la cooperativa, apoyó al doctor Merelles y al Vasco. Todo lo que ganaba iba a la cuenta de la cooperativa porque él decía que siendo de la comisión tenía que dar el ejemplo de confianza; no pudo cambiar las cosechadoras y trilladoras porque todo su capital estaba en la cooperativa. Pero el sano "espíritu de lucro" del que habla don Smith pudo más que toda la confianza del mundo y la "mano invisible" acomodó los tantos en cuentas quién sabe dónde y los fulanos, "si te he visto no me acuerdo". Desaparecieron después de la estafa; dicen que uno está viviendo en el Paraguay, presidiendo otra cooperativa. Pero a mi papá nadie me pudo devolver. Se apagó la luz que

me daba tanta esperanza y si no hubiese sido por mamá y mis hermanos que tomaron las riendas, todo se hubiese ido al diablo.

El cura dice que hay diez pecados, yo creo que hay uno y es la ambición. Por la codicia nuestra raza fue expulsada del Paraíso, por nuestra ambición no se nos permitirá regresar.

Papá sigue sentado en su mecedora mirando la lejanía, tratando de encontrar la confianza perdida en el cielo y las estrellas.

Te quiero mucho, perdón por esta intromisión entre la Fisiología respiratoria y el Ciclo de Krebs. Con Bioquímica y Fisiología nos llevan al muere este fin de año, Juanca. Los docentes de Bioquímica son unos cosos que hablan de fórmulas y estequiometrías y aterroriza escuchar esos prácticos en el sótano. ¿No te pasa lo mismo? ¿No parece un salón de torturas con pipetas y reactivos? Suerte y cuidáte, hay muchos policías en los pasillos de la facultad. Recordá lo que dice el slogan del Proceso: "Los argentinos somos derechos y humanos".

Quemá este papel.

Loisa.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR (4)

*Personaje: No termino de entender de quién es la historia que contás.*

*Alejandro: Suya, de usted.*

*Personaje: Va de acá para allá, yo también me voy de tu imaginería autor fatuo. No sé dónde estoy, ni quién soy. ¿Quién es el "Personaje" de esto? ¿El doctor? ¿El muchacho?, ¿la Argentina?*

*Alejandro: Ya le dije, váyase. Cada vez que aparece, desaparece para el lector. Parta, siendo real es demasiado vulgar, discúlpeme la sinceridad. Ya dijo que viéndose desde afuera se encuentra interesante usted mismo. Yo sé lo que le digo: adentro no hay nada. Hay un vacío en el que no terminamos de caer como cuando pensamos en el origen del mundo, cuando no había tiempo, cuando no había otra cosa que nada. ¿Pensó en la nada? ¿No? Vaya y piense un rato en lo que es: nada.*

Ingrid se apareció una tarde con un fulano de remera y kepis como si nada; todos lo miramos con desconfianza porque el galpón del fondo de casa donde estudiábamos era nuestro búnker privado y algo nos hacía ariscos a ese infractor que llegó y se sentó como si fuese uno de nosotros. Juanca se arrinconó a leer un tema de Parasitología que debíamos exponer en equipo. Yo no sé para qué cuernos ponen biólogos a dar las clases de bichología, qué de qué tamaño son las larvas del *Trichura trichuris*, qué forma tienen, qué color, cuántos huevos pone en cada desove...

En eso mi hermana los aventaja: uno seguro cada año y no falla nunca. Tiene más puntualidad que el cometa Halley, pero gracias a la salmona tengo a Camila. Amo al azar aunque poco favor me haya hecho escogiéndome a mí entre 300 mil putos espermatozoos para nacer. ¿Por qué coños, como diría Begoña, no eligió al de al lado?

Eran tiempos de suspicacias, Agop Niemeyer. No creas que se podía hablar así nomás de lo que quisieras y nuestros temas eran peligrosos. Aunque no éramos expertos politólogos sabíamos perfectamente que cuestionar la propiedad privada era más sacrílego que discutir la Biblia en pleno Proceso de Reconstrucción Nacional. Y ese fulano extraño sentado allí tratando de hacerse el simpático con la boluda de Ingrid al lado sonriendo cuando el tipo decía cualquier pelotudez podía ser una granada castrense.

-¿No estarían celosos?

Sí, también estábamos un poco celosos pero no entendíamos por qué periódicamente los estrógenos de Ingrid subían

unos nanogramos y se le llenaba de pajaritos la cabeza. Mirá que era una mina inteligente y rápida "cuando estaba fría" como decía Loisa. Creo que entre Ingrid y Loisa había una cierta rivalidad. Ingrid era alta, rubia, caminaba con la gracia de una gata y de repente, la que parecía una máquina come-hombres te salía con gestos infantiles y hoyuelos en las mejillas. Esa mezcla de leona y perrito faldero dejaba desconcertado al que más. Loisa era un poquito más baja de estatura, muy delgada, muy suave y con el rostro de la Venus de Botticelli enmarcado en cabellos negros, lacios, que le caían hasta los hombros y dos ojazos verdes que tenían toda la ternura del mundo y si hoy me volvieran a mirar no resistiría un segundo más la vida, Agop. Pero la rivalidad entre ellas no pasaba de esas frases hormonales, sé todo lo que se querían y la lealtad que se tenían porque después se demostró, cuando llovió fuego.

Ingrid decía que ella no tenía la culpa de la frigidéz de Loisa.

Ese jueves me tocaba cuidar a la agonizante.

Loisa y César me acompañaron y ni siquiera sabíamos qué cuidábamos porque mi hermanastra, como te dije, estaba en plan de morirse desde hacía quince años; no daba señal alguna de tener ningún apuro. No daba señal de nada. Yo insistía hablándole en el oído: "mi amorcito, no te puedo ver así, quiero que descanses de una vez" y ella nada, los ojos fijos abiertos con las pupilas como de muñeca, inmóviles. Miraba en el fondo y encontraba mi egoísmo tratando de librarme de una carga que me pesaba a mí porque ella, ni enterada. Las asis-tentes autómatas entraban y salían con chatas, bolsas de orines, suero dextrosado, antibióticos, inyectables para no sé

qué. La habitación había sido acondicionada con azulejos blancos como si fuese un quirófano; tía Valentina inspeccionaba semanalmente el agonidero pasando los dedos sobre cuanta superficie pudiese posar una ameba proteus. No conforme con la constatación visual, reforzaba con la digital rastreando cualquier molécula de polvo que estuviese adherida a una loza o un vidrio. La cama de la difunta indecisa estaba junto a la ventana, el aire resplandecía detrás de mi pobre hermanastra y parecía el Cristo de la transfiguración así, envuelta en las blancuras increíbles de las siestas. Antes de cada examen pasábamos a tocarle la frente para que nos diera suerte. La superstición, Agop, es la religión de los ateos.

No sé. Yo sigo creyendo que Alguien más inteligente que el azar creó este mundo que después nosotros nos encargamos de destruir.

Yo también creía Agop. Creía en el "Reino del Espíritu" pero después la materia me impuso sus leyes: el hambre, la destrucción de los demás, el alma que se evapora detrás de un coágulo en la cabeza de Lía. ¿Adónde se fue esa ilusión que me amparaba con su cariño? ¿Al Reino del Hades? Te aconsejo que cuides tus carótidas si quieres conservar el pasaporte y la ciudadanía del "Reino del Espíritu". Un simple trombo rodando por el polígono de Willis y adiós ciudadanía, pasás al Reino de las Ánimas con un cuerpo que sigue mintiéndote que estás vivo.

Alguien más inteligente creó todo.

¿Olvidás que nosotros también somos obra de ese ser inteligente, criatura caucásica y europeizada?

Tal vez sí, tal vez no, tal vez eso sólo sea una parte.

Cuando lo veas, avisále que se olvidó otra cáscara vivien-

te. No soy más que una cáscara vacía, y con Lía toda la familia ya pagó el impuesto a la vida eterna, nuestra familia no está en deudas. Está en dudas.

¿Cómo es el Reino del Espíritu, tío?

Camilita, nunca estuve allí pero nuestra amiga la Comadreja Rosilla nunca pudo salir de ahí.

¿Y qué vio?

*-¡Qué extraño! -la Comadreja Rosilla no dejaba de mascar al decirlo-, nunca estuve aquí y sin embargo esto me parece conocido...*

*-Parece...una central nuclear -conjeturó tímidamente Madame.*

*El aire chispeó sobre sus cabezas desde un largo tubo que salía por un poro del domo. Un sacudón hizo temblar el cimiento. Madame y la Comadreja Rosilla quedaron paralizadas un momento.*

*-¿Estamos en guerra? -aventuró la vocecilla de la Comadreja.*

*Los goznes de alguna pesada puerta crujieron y un haz de luz vivísima dibujó el espacio de un umbral en el que estaba parado alguien que invitó:*

*-Pasen, no se queden ahí tías que podría llover. O nevar. O venirse algún alud de esos que andan sueltos. O el maremoto.*

*-Creímos que había una guerra...*

*-¡Oh, nada de eso! -contestó el Anfitrión-. Las calamidades sociales irán pasando y sólo quedarán las catástrofes naturales. Yo no tendría miedo a ninguna guerra. Pasen a tomar un té.*

*-¿Por qué no tener horror a las guerras habiendo tantas ahora?, dijo la Comadreja Rosilla pero el desconocido se limitó a invitarlas.*

*Terminaron de subir los últimos peldaños y pudieron acercarse al anfitrión que no era otro que el Equidna, menudo y cubierto de lancetas duras como espolones pardos y con las puntas de las púas de color negrozco.*

*-¡Bienvenidas! -fue su saludo-. Hace tiempo que por aquí no pasan damas. Este oficio es muy masculino.*

*-¿Qué oficio? -se interesó la Comadreja Rosilla un poco desconcertada.*

*-Me dedico a la fabricación de armas militares... misiles y radares de última generación.*

*-¡Fábrica de guerras! -tosió Madame cubriéndose la boca con las manos y con el ceño fruncido.*

*-Todo lo contrario -el Equidna pausó la voz para aclarar-: soy pacifista. Miren estas maravillas -invitó al señalar cuatro embudos de acero que apuntaban directo al cielo- ¿no son la mejor garantía de la paz?*

*La Comadreja estornudó algo que masticaba para preguntar:*

*-¿Construyendo armas piensa asegurar la paz?*

*-¡Es el modo más directo! Piense que la guerra se declara cuando una nación cree tener más poderío militar que otra. Cuando todas tengan armamentos peligrosos, ninguna querrá dar el primer paso para un gran desastre. La carrera armamentista es el único refugio que le queda a la paz.*

*-¡Está acribillando el cielo! -reprochó la Comadreja en respuesta.*

*El Equidna se movió un poco turbado y las espinetas*

*de su cuerpo chocaron entre sí produciendo un ruido bélico. Ofreció butacones a sus visitantes que no dejaban de observar el inmenso salón donde estaba expuesto el arsenal de muestra.*

*-Pero ésta, -dijo el Equidna- es mi mejor arma.*

*Apretó un botón y del suelo surgió un telescopio que se alzó hasta la cúpula abriéndose paso. Madame abrió desmesuradamente los ojos, un poco aterrorizada creyendo que se trataba de algún misil nuclear.*

*-Hace diez años me dedico a vigilar el cielo. Estoy rastrellando con la mirada cada centímetro....*

*-¿Es astrónomo acaso? -Madame ya estaba escéptica respecto a las actividades del anfitrión.*

*-¡Miren esta enana blanca! -fue todo lo que contestó entusiasmado el Equidna, llamándolas a ver el prodigio.*

*La Comadreja Rosilla acercó el ojo al objetivo del telescopio y quedó perpleja sin decir nada.*

*-¿Sabe lo que es el cielo? -preguntó el Astrónomo a Madame que seguía esperando que la Comadreja le dejara ver la enana.*

*-¡Por supuesto! Todo lo que está arriba, sobre nuestras cabezas. El firmamento y las estrellas.*

*-Más que eso -corrigió el Equidna-. El cielo está arriba, abajo, a los costados. Todo el espacio es cielo. Yo lo enunciaría así: cielo es todo lo que no es tierra. No hay palabras para definir positivamente lo que es, sólo podemos decir lo que no es.*

*-Muchos teólogos dicen lo mismo de Dios -La voz de la Comadreja sonaba extraña, como si viniera de lejos; desde la distancia marcada por la enana que terminaba de obser-*

*var.*

*-A veces pienso que son la misma cosa -decía el Astrónomo mientras ayudaba a Madame a enfocar el prodigio celeste.*

Pero la Comadreja Rosilla tenía razón, tío. No se puede tener paz con tantas armas.

Ay, vida mía, si a esta edad empezás con reclamos de esta calaña pronto vas a tener a toda la policía detrás haciendo averiguaciones mi tesoro. Ya te dije que el mundo es muy simple en mi regazo pero allá afuera hay honorables señores muy respetables, que son socios honorarios de clubes y beneficencias, van a misa sin falta cada domingo pero cuando abren la puerta de sus empresas, cierran la de sus capillas y desde sus despachos comandan una trama de negociados que si no son delitos, se le parecen mucho. Y esos mismos señorones tan respetados consiguen bancas de diputados o senadores para manejar los hilos de la vida de los demás, vos, la Comadreja y yo no podemos comprender cómo este señor trafica armas y busca la paz.

No puede ser. Además mira las estrellas.

Claro que no puede ser, ¿te acordás lo que le decía la Comadreja a Madame?

Uy, tantas cosas...

Cuando se encontraron con el Mosquito...

¿Qué mosquito?

El que era psiquiatra.

Me vas a tener que contar de nuevo.

Le decía que todo es cuestión de interpretar y después, creer. Es lo que hace la gente cuando la conciencia la acusa,

busca una explicación que la tranquilice y después se pone a observar las estrellas. ¿Qué es la conciencia, tío?

Lo que me mantiene vivo mi vida.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 5 )

*Alejandro: ¿Qué lo ofendió esta vez? ¿Usted sabe que me está empezando a poner nervioso? ¡Me siento vigilado! Usted sigue dándose demasiada importancia. Convénzase de una buena vez; no estoy contando su historia. Trato de contar su leyenda. Pero si no me deja en paz, largo todo y empiezo una obrita que tengo en mente sobre Copérnico.*

*Personaje: ¡Pobre polaco! Déjalo en paz ya que vivió en paz, pobre hombre.*

*Alejandro: ¿Lo conoce?*

*Personaje: Bueno, no somos amigos, pero sé que tuvo una vida solitaria en Torun, un pueblo prusiano. Escribió un solo librito sobre los cielos que sacudió los cimientos de la Tierra. Y ahora vos con tu grafomanía estás amenazando sacudirle la tierra de su cimiento fúnebre. Mejor, te dejo en paz. Seguí demoliendo fantasmas.*

*Alejandro: Es peligroso sacudir cimientos.*

*Personaje: También es peligroso construir sobre arena, y más aún si hay sangre en la arena. Por eso es bueno preguntarse, ¿qué te propusiste con estas escrituras, autor?*

*Alejandro: Sacudir mis cimientos.*

*Personaje: Cada cual con su locura.*

*Alejandro: Sigue sin decirme qué lo ofendió.*

*Personaje: Después te digo, autor. Y no te sigo.*

José Alfredo Martínez de Hoz, un economista con pro-sapia de forajido asumió como Ministro de Economía con las tablas de las leyes liberales bajo el brazo. Hablaba por T.V. el extraterrestre, verdadero enano orejudo<sup>(5)</sup> de las finanzas argentinas persuadiendo al pueblo todo de las bondades de la modernización, la competencia, el libre cambio, la devaluación de la moneda, el dólar convertido en la hostia de los sacristanes de la Bolsa, del mercado blanco, del mercado negro, de las compras compulsivas en Miami, los viajes a Disney para ver al Pato Donald en persona cuando los hijitos porteñitos cumplían 4, 5, 6 y 7 años. Después se terminó la plata fácil y los hijitos de papito y mamita tuvieron que conformarse con cumpleaños en el Mc Donald's del barrio con sus hamburguesas esterilizadas que gozan de las mismas propiedades que tiene el agua según nos enseñaba la señorita Leonor en la primaria: incolora, inodora, insípida. Las tres "i" de las comidas Mc Donald's y su payaso pelirrojo.

Sabe muy bien lo que siento hacia usted.

Amor, amor.... ¿qué pueden saber del amor ustedes, hijitos de papá y mamá con mucha plata? Nacidos en pesebre de lujo, criados en el exterior, educados en colegios de primer nivel están encerrados, Agop. Presos en sus oros y sus tules como decía Darío, rey de reyes de la poesía. ¿Leíste a Darío?

---

(5) Santos Godiño de la Bolsa, asesino serial de deudas públicas.

"Está presa en sus oros, / está presa en sus tules / en la jaula de mármol del palacio real / La princesa no ríe, la princesa no siente / La princesa persigue bajo el cielo de oriente..."  
¿Cómo se puede amar este cadáver que avanza? Amar un ideal nos hace irreales, yo no puedo amar; el remordimiento es el cadáver de un recuerdo.

Se está negando todo.

No, Agop, quiero no olvidar. Sigo celebrando cada instante de la vida y la felicidad que nos debemos seriamente todos y todas. Camilita crecía con nosotros, escuchaba lecciones de digestiones enzimáticas, bacilos Gram negativos, reacciones encadenadas de la glucólisis anaerobia. Debe haberse formado un idioma extraño en la mente con datos que nunca aparecían en la realidad. Uno quisiera escuchar normalmente hablar de perros, árboles, furia, río para salir a la calle y ver esas cosas, pero Camila se pasaba como un aprendiz entre teólogos escuchando hablar de fenómenos y cosas que jamás podía ver sino a través de láminas. Es tan malo aprender poco como ignorar mucho. Pero así empezó mi vida que se acaba...

Está equivocado; el médico dijo que resecoó todo el tumor y no hay metástasis.

¡Al carajo! Ya te aprendiste la nomenclatura del quirófano y todo. Soy patólogo, cherí. Sé lo que es un adenocarcinoma de páncreas, sé la fidelidad que le tiene a la muerte. Esas inicuas células con núcleos azules que estallan de gestación: un nido de vida que se lleva la vida. Contradictorio el cáncer, ¿no?

Está obsesionado con la muerte. Ya no hay peligro. Va a vivir aunque no quiera, con su pedantería y su odio a las cla-

ses que viven con dignidad. Mis padres no son ricos. Papá hizo la carrera diplomática para llegar adonde llegó, mamá se quemó los ojos leyendo para tener un título. Nadie les regaló nada.

Te voy a contar la otra parte, Agop Niemeyer. Hay gente que asciende mientras otra descende. Yo tenía una compañera de estudios en Corrientes, una muchacha pálida y triste que nunca iniciaba una conversación y sin embargo era de una inteligencia contundente. Nadie sabía nada de ella, desconocíamos dónde vivía, con quién, nunca se reunía con nadie ni hablaba en los pasillos. Cursando tercer año un día me pidió prestados los apuntes que hice de las clases teóricas de Fisiopatología; después desapareció. Se acercaba el examen y Juanca a coro con Ingrid me exigían los apuntes porque habíamos acordado dividirnos las tareas; con seis materias nos repartimos el registro de los apuntes y a mí me tocó en suerte Fisiopatología. Nadie tenía el teléfono de esta compañera que se llamaba Elva Ruíz Díaz. Nadie sabía la dirección y ella estaba desaparecida, las mellizas Taruddi decían que la habían "chupado" los azules; o sea la policía. Ya te dije que en esa época la gente sencillamente "desaparecía" y nunca más un santo y seña, pregunte en la otra esquina....

Yo andaba desesperado porque sin los apuntes de las clases teóricas faltaba información clave para rendir el final y en bedelía ya habían colgado las fechas de los exámenes; faltarían diez o quince días. Preguntaba a todo el mundo sobre Elva hasta que otra compañera me encontró, hurgó en su bolso y me dio un papelito con la dirección de Elva Ruíz Díaz. Vivía en el bajo sobre una calle de tierra que lindaba con el río en una casa casi derruida, con pisos de ladrillos. Ella estaba en el

patio cuando llegué, tenía las piernas hinchadas; se disculpó y me enseñó los tobillos abombados que los había envuelto en paños húmedos. Bajo un árbol estaba sentada una mujer gacha y descalza que ni siquiera saludó; la suciedad le trepaba por los las piernas reseca hasta las rodillas en las que descansaban las manos huesudas como pájaros muertos; tenía moscas en la boca que zumbaban, daban unos trompos en el aire y volvían a las comisuras como si saciasen la sed de la tarde caliente en las orillas de saliva que asomaban por esa grieta de labios arrugados. "Es mi mamá", dijo Elva como disculpándose al devolverme las hojas con los apuntes y al ver mi pregunta seguramente impresa en la cara sólo atinó a decir "vuelven, si las espantamos siempre vuelven porque hay miles, ya nos acostumbramos", y me señaló una cuna que antes no había visto con un bebé oscurito y con moscas caminándole en la cabeza. De vez en cuando manoteaba y las moscas roncaban en el aire, después volvían. Elva había tenido un hijo, estaba enferma y ni siquiera se podía defender de las moscas. Estaba entregada. La miseria había vencido, Agop. Cuatro o cinco gallinas raquílicas arañaban la tierra entre unas matas de abrojos, buscando entre el polvo fumoso las apariencias del hambre y la dejadez en que vivían todos. ¿Vos estudiabas en un patio así, allá en Edimburgo? ¿Había moscas en el claustro del college? Para no ir demasiado lejos, César fue a sorteo.

¿Qué significa sorteo?

Como eran siete hermanos en una familia pobre, sortearon a los dos que continuarían los estudios universitarios; salieron Sara y César. Pero como César eligió la carrera de Medicina y son siete años, Sara tuvo que esperar a que César se graduara y empezara a trabajar para financiar la carrera de

Sara. Sara nunca pudo empezar a estudiar, Agop. César nunca pudo terminar, lo asesinaron los milicos. Él tenía devoción por la Virgen y se confesaba en la Catedral antes de cada examen. A veces, tener mucha fe también es peligroso.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 6 )

*Personaje: No sé cómo pero algunas veces, te sale la verdad de casualidad.*

*Ese encuentro me hizo cambiar más que muchos años en mi vida. Hay un instante minúsculo, pequeño, insignificante en la dimensión de nuestras vidas y sin embargo, puede invertir los fundamentos de nuestro universo como hizo tu Copérnico a ritmo planetario. Supongo que a mí me sacudió el miedo al encontrarme con la contundencia de la miseria cara a cara. ¿De qué sirve la inteligencia? Elva estaba entregada, las necesidades físicas fueron carcomiendo la voluntad como esas moscas que siempre volvían. Volvían a la madre y al hijo como volvían sobre ella. Sentí que estaba ante un abismo.*

*Alejandro: ¿El abismo entre la vida y la muerte?*

*Personaje: No. Algo más complicado. Pensar en esos términos me parece una simplificación. Lo que yo pensaba era distinto. La naturaleza nos usa para su tarea de procrear; y eso que llamamos instinto en nosotros funciona como un mecanismo ciego que nos obliga a aparearnos como ganado, para tener cría. Crear crías, créase o no.*

*Alejandro: Hasta ahí lo sigo, ¿y después?*

*Personaje: No sé por qué, esa noche descubrí que uno de nuestros destinos es atrapar la trampa de la madre natura.*

*Alejandro: ¿Cómo es eso?*

*Personaje: Usar su truco para jugarle con naipes marcados. Si ella, la muy turra usa el placer para mantener sus estadísticas, nosotros podemos tomar ese mismo placer en nuestras manos y estafarle las cifras. No para reproducirnos, sino para reducirnos a ser piezas de un mecanismo sin fin movido por la pasión, por el deseo, por la 'felicidad' o la fiesta.*

*Alejandro: Usted dice, escatimarle nacimientos.*

*Personaje: Si querés llamarlo así, pero te la hago fácil: yo digo gozar*

*el sexo como si fuera el sexto sentido tan temido. Evitar toda ocasión próxima a la responsabilidad paternal. No abandonando hijos, sino haciendo uso del sexo fuera del fin ganancial.*

*Alejandro: Sexo precario, no sexo pecuario.*

*Personaje: ¡Exactamente!*

*Alejandro: ¿Y qué pasaría con la demografía entonces?*

*Personaje: Bueno, el mundo está superpoblado, seis mil millones de personas (sustancias indivisas y pensantes, según Boecio), loco. Además, los que pensamos así, siempre seremos minoría. Siempre quedará una mayoría copulante para el cociente estadístico.*

*Alejandro: ¿Y Dios? ¿Qué hacemos con Él?*

*Personaje: Nietzsche ya le dio el golpe de gracia, para su desgracia. Lo mató ¿no te enteraste, autor?*

*Alejandro: Déjese de monerías. Usted sabe que es más fácil creer en Dios que en Nietzsche.*

*Personaje: ¿Del Dios judeocristiano me estás hablando?*

*Alejandro: No conozco otro.*

*Personaje: ¿Vos pensaste alguna vez en el plan de Dios según el Pentateuco y los profetas, autor?*

*Alejandro: Sí.*

*Personaje: Entonces te habrás dado cuenta que Dios hizo al hombre para que el día de mañana, toda una eternidad se pasara arrodillado delante de Él diciéndole "Santo, santo, santo". Si vas al cielo, estás condenado, loco. Prepará la garganta.*

*Alejandro: Ahora es usted el que simplifica.*

*Personaje: ¡Busca la adulación perpetua, como los malos gobernantes! Un dios que impone la lisonja es bastante dudoso, por no decir miserable.*

Tío, ¿por qué nunca me contestás nada cuando te pregunto por eso de morirse y el cielo? ¿Qué hay en el cielo? ¿Tía Lía ya está en el cielo?

No sé nada, Camila. Todavía estoy vivo.

Pero los grandes saben más.... algo sabés y no me querés decir. Yo escuché que estabas hablándole a tía Lía la vez pasada. Le preguntaste por qué no se iba de una vez. ¿Adónde está ella?

No sé.

**D**e nuevo el Dante, Agop Niemeyer. En el Canto VIII del Infierno el poeta dice:

*"Quienes son reyes respetados allá arriba,  
Aquí yacen como cerdos en el cieno".*

Pero eso sucede en la poesía, Agop, la realidad es diferente; una gran incógnita. ¿Cómo estaría el cejudo de Massera enterrado y encerrado? ¿Y Rafael Videla con cara de viuda valetudinaria diciendo a todos los condenados: "yo no hice nada malo, iba a misa todos los días" como Augusto Pinochet Ugarte que declaró sin hálito de dudas que era un ángel bueno? ¿Qué habrá en la conciencia de ese gran trepador de Pinochet al que se le dio la oportunidad de tomar el poder por la fuerza sin control de nada ni nadie? ¡Perón, Perón, qué grande sos! Únicamente el gran pueblo argentino salud podía esperar que un militar lo salvase; ni Caperucita Roja es tan ingenua, Agop. Era la esperanza de unir todos los extremos. Al extremo llegamos a todos los extremos. Loisa me explicaba cómo hacían Floro y Gildo su caudillaje en Formosa reclutando gente del hampa a los que sacaba de las penas para convertirlos en dirigentes peronistas, o sindicalistas, o agitadores. Todos bajo su voz de mando y con algún sueldito de empleado público para cuestiones privadas. La bandera de Evita sirve para dar sombra a todos, total que la pobre ya murió de cáncer hace medio siglo pero dejó el mito vivo y los mitos, como las palabras, son más peligrosos cuando más descono-

cidos y lejanos en el tiempo, ¿qué sabemos de Evita? ¿Las fotos con los vestidos de princesa de Mónaco? ¿La película de Madonna? ¿Las interminables obras teatrales que la ven de perfil, de frente, de arriba, desde el eclipse de su agonía mediática? ¿"La razón de mi vida", que parece un folletín de los Dumas escrito como doctrina politiquera? ¿Qué no sabemos de Evita, Agop? Eso es lo más grave: todo lo que no sabemos, porque la sombra del mito deja en penumbras a todos por igual.

El peronismo es un movimiento. Es visceral.

Ajá, dale, léeme el capítulo dos de "La razón de mi vida" a ver si encuentro una razón para seguir viviendo. Allá desde lejos en Europa tu mirada no se contaminó, Agop. Lástima que hayas venido a Buenos Aires a recoger la basura de la última cena. Eso es la Argentina del Tercer Milenio, Agop. Se terminó la cena y quedó la basura. Ya no sé a quién estoy contando el cuento de Madame y la Comadreja Rosilla. ¿A Camilita? ¿A Leticia ahora? ¿A vos? ¿A nadie? ¿A todo "el que quiera oír que oiga"? ¿A quién, entonces? ¿Hay alguien más ahí, alguien que se interpone con su conciencia? No hay derecho Agop si lo único que puedo darles es una historia inventada bien pobre es mi legado. ¿Aceptarían el regalo de un moribundo?

¿Por qué no deja de dar lástima? Parece que le hace bien ese rollo de tísico romántico muriéndose porque se desplomaron sus ideales. Yo estoy a su lado. Burgués, oligarca, niño bien o capitán de la plutarquía, estoy a su lado para bien o para mal.

¿Qué mierda dirá monseñor Santana en su juicio oral y público ante Jehová? "Mire Señor don Dios, fue sin querer;

como el arzobispo me decía que había que defenderlo a Usted con armas yo apronté mi 45 y como no soy un experto, me salió el tiro por la culata". ¿No queda bien, no? A mí no me convence, no sé qué dirá don Jehová.

¿Ingrid? O lalá, Agop Niemeyer. Sumá: hija de un militar retirado que llegó al grado de teniente y renunció cargando en su taquito militar la frustración de haber sido corrido del glorioso Ejército Argentino por un coronel que le tenía inquina y le hizo la vida imposible. Eso, en lenguaje de soldado significa ser blandengue, maricón, cobarde, inútil. Salió del cuartel arrastrando odios. El tipo juntaba bronca de lunes a jueves y el viernes le daba a la cantimplora y estallaba haciendo temblar la casa. La madre de Ingrid tuvo que ser internada en el hospital varias veces después de las palizas que le daba el teniente que no tenía valor. Ella y los hermanos se escondían bajo la cama cuando venía papá borracho tirando patadas a todo cuanto encontraba a su paso: muebles, perros, macetas, platos. Una vez acuchilló a la heladera abriéndole un tajo que después la madre tuvo que cerrar con Poxi Pol. Pero quedó la cicatriz de la furia de papito impresa en el refrigerador herido. Cuando arreciaban los golpes y las trompadas, cuando la nariz de mamá sangraba a borbotones ellos pedían auxilio y los vecinos, bien gracias, cómo les va. Nadie se metía, Agop. Crecieron en medio del terror y con la sensación de estar solos en el mundo por eso Ingrid me adoraba; sentía que yo la protegía y siempre fui un poco padrastrón como buen bastardo tratando de llenar conmigo el vacío que tenía adentro. A veces se hacía difícil creerle porque mentía mucho, innecesariamente. Tenía una especie de compulsión que yo comprendía.

Siempre haciéndose el bueno. Comprendiendo, aceptando, justificando.

Será porque no me crié en Edimburgo, cherí. Acá por estos pagos muy temprano ya descubrimos que la gente no es como uno quiere, muchas veces ni siquiera como ellos quieren. La humanidad es una limitación para Dios mientras que la divinidad es una perfección para la gente. Yo no quiero dioses a mi lado. Ingrid tendría sus defectos pero, ¿quién no los tiene? Ella me besaba en el cuello con ternura, me besaba con suavidad y jugaba con mis orejas. Si yo le compraba un alfajor saltaba de alegría, ¿te imaginás? El borracho jamás le dio una muestra de cariño y la seguridad de sentirse alguien para los demás. Esa era Ingrid, dos veces víctima del glorioso Ejército Argentino. ¿Cómo no se iba a pegotear cuando alguien se le acercaba con una limosna de ternura? Agustín fue todo para ella con sus seductores modos de caballero, la galantería impostada, la amabilidad fácil, sus preguntas y sus respuestas. La pobre no sabía que el tipo sólo venía de verdad con preguntas. La máscara de la personalidad cubre lo que somos, lo que somos cubre lo que creemos ser. Todo en el fondo son espejismos.

## Ingrid

**Y**o me dispuse a dormir pero antes me gusta hacer crucigramas. Y buscaba una palabra de siete letras terminada en "a" que tenía esta consigna: anchura / regocijo / bienestar, confort. Y como no la encontraba me dio igual dormir. A veces en sueños aparece el significado, la palabra es invisible hasta cuando dormimos. Soñé que alguien decía que todas las cosas están enlazadas, pero "enlazada" no puede ser porque tiene ocho letras y además nadie, por regocijado que esté, se enlaza a nada. Hay personas dispuestas a 'enlazarse' cuando adquieren anchura, eso sí, pero eso no les trae bienestar y confort, de manera que tampoco está relacionada con ese truco. ¿Por qué César insiste diciendo que todas las cosas están enlazadas entre sí? Agustín es tierno, amable, jamás dice cosas que pongan incómoda a la gente, es muy educado y trabajador. ¿Qué más querrá la yegua de Loisa? Sigo creyendo que Ale les metió miedo al rollo, ya me lo imagino alertando sobre espías infiltrados entre los estudiantes, la gente de Inteligencia, la vigilancia ciudadana y toda esa monserga. Sin embargo, a mí Agustín me da seguridad. Ale es un paranoico. De todos los tipos que pasaron por mi vida hasta ahora me quedo con Agustín por lejos. Es increíble lo que sabe de matemáticas, física, química, historia, lo que una le pregunte; y claro, como Ale se las da de intelectualoide le debe fastidiar que alguien sepa más que él. Agustín me contó ese asunto de las Cruzadas y la cara de Ale se contrajo, claro, ¡si fue presidente de la Acción Católica y no sabía ni mierda de

las condenaciones de Saladino! Agustín lo dejó en evidencia y como es rencoroso, le cayó como el orto. Entonces empezó con su campaña de desprestigio contra Agustín. ¿Y qué hago yo metida en una discusión teológica si soy atea confesa? ¿Qué es ser atea?

Te digo que ese Alejandro es un tarado, Loisa.

Sí, está bien, es un tarado pero es nuestro, no como ese Agustín que nos trajiste sin decirnos de donde salió, qué mierda hace y por qué tanta visita a nuestro búnker, Ingrid. Aparte de tus altibajos endocrinos, ¿hay algo más que nos podés contar para dejarnos tranquilos?

Evidentemente Ale les lavó el cerebro.

¿No estás diciendo que es tarado?, ¿cómo nos va a lavar el seso un orate? Ale no dijo nada, Juanca mutis, César no sabe/no contesta, yo soy la única que insiste: no me gusta tu fulano.

¡Faltaría más, que te gustara mi monta! Estás celosa porque como sos frígida no soportás que yo tenga un orgasmo de cuando en cuando, ¿no?, eso es ser putita, Loisa. Putita frustrada.

Te podés meter a tu Agustín en el culo, con el kepis, los borceguíes y toda la historia; pero te voy a pedir un favor Ingrid: mantenélo lejos del grupo. No estamos jugando al bingo mamita, y hay gente de los servicios de inteligencia metidos hasta bajo las camas de la gente decente. A Juanca ya le allanaron la pensión dos veces, a Ale lo "demoraron" en la comisaría preguntándole qué hacíamos en el galpón todas las noches. No se tragaron el asunto del Ciclo de Krebs; decían que ese cartel con el círculo tenía todo el aspecto de ser la clave de un operativo "de esos que hacen los guachitos zur-

dos que quieren sumir a la patria en la anarquía comunista". Se lo escupieron en la cara en una junta de comandantes de la comisaría. Ale le explicaba que la Acetil Coenzima A no tenía nada que ver con el troyl pero los tipos ni mu. Y claro, si son todos débiles mentales pero con armas, Ingrid. Con metrallitas que de un taratata nos van a dejar con más agujeros que la entrada del Abasto. Tin, tan, campana de recreo y se acabó la hora de jugar querida. No envidio nada, no cojo porque no quiero, y si voy a copular me tomaré la molestia de peregrinar a un motel sin poner en riesgo la seguridad de mis amigos.

Pero Agu es inocente, Loisa.

Ningún ser humano es inocente, Ingrid. A esta edad ya deberías haber aprendido eso. ¿Qué hace, a qué se dedica, en qué trabaja, estudia algo? ¿Ves? No sabemos nada de tu adorado Agustín y él ya sabe casi todo de nosotros. ¿No te parece extraño? ¿O vos creés que un hombre se conoce por el largo del pene? No envidio nada: desconfío, Ingrid. La otra noche, cuando vos fuiste al baño quedamos solos un momento y ¿sabés lo que me preguntó tu amorcito? Quería saber si yo era pariente de Julio Zabala. Ese nombre no debe decirte nada a vos pero a mí sí me dice mucho; Zabala era el dirigente comunista de Formosa que desapareció hace dos años. ¿Cómo sabía tu tesorito el nombre de la dirigencia de izquierda en mi provincia? Misterio. Yo le pregunté si él era pariente de Massera y terminó nuestra conversación, porque vos regresaste en ese momento.

¿Y entonces, qué le dijo la Comadreja Rosilla, tío?

Camilita, ¿por qué no te dormís como todas las nenas del mundo a las nueve de la noche? Esos ojazos brillantes como los de la Comadreja Rosilla, parecés un icono bizantino mi vidita, tenés más ojos que rostro.

¿Qué decía la Comadreja Rosilla? ¿Existe eso?

Las comadreas existen y se alimentan de huevos de gallina, ¿no sabías que son las plagas para tía Esther?

¿La que vive en el campo?

Sí.

*Pero esta Comadreja Rosilla siguió caminando con Madame esa noche por el bosque extraño hasta que escucharon las estridencias de un altoparlante reproduciendo una grabación en el extraño escritorio del Mosquito Anópheles iluminado con dos lámparas de estilo art-decò que destacaban el mobiliario de roble con detalles de bronce. Sobre la tabla de trabajo se amotinaba el desorden de floreros, carpetas, libros, biblioratos, lápices, papeles puestos en un revoltijo. El mismo Mosquito se veía algo desprolijo con su rostro pálido, barba mal afeitada y el gran pico oscuro que le servía para montaje de sus gafas redonditas. Parecía tiritar de frío a pesar de la bufanda verde limón que se había enredado al cuello sobre su saco oscuro. Escribía en una máquina eléctrica con las manos huesudas que se sacudían rítmicamente al compás del tumulto político de fondo. Era una especie de arenga que un sindicalista ofrecía a una masa que se limitaba a emitir gritos formados por vocales, especialmente la "A".*

*Madame codeó a la Comadreja para indicarle un*

*pequeño marco de bronce donde un rótulo anunciaba el nombre del insecto:*

MANUEL MACIEL

*-Ah, de manera que son ustedes -saludó el Mosquito M. Maciel apenas levantando la vista de su máquina.*

*-Sí -aseveró la Comadreja-. Nosotras somos nosotras.*

*-¿Qué está escuchando? -dijo Madame.*

*-El oído es un órgano muy complejo -respondió el Mosquito M. Maciel- ¿sabe que tiene tres huesecillos diminutos con nombres de ferretería?*

*-Tenemos algún apuro -reclamó la Comadreja- ¿Por dónde nos convendría tomar para llegar antes?*

*-No se puede llegar antes ni después. Se llega cuando se llega. Y eso me recuerda que.... ¿qué hora es? -terminó preguntando el Mosquito M. Maciel.*

*-Serán..las veinte y... treinta...o cuarenta -calculó Madame.*

*-Ah... eso, dijo el Mosquito, usted se refiere al megáfono. Necesito escuchar algo cuando trabajo.*

*-¿No sería mejor un poco de buena música? -sugirió Madame.*

*-¡Jamás! -el Mosquito levantó un dedo admonitorio-, tengo mucho respeto por la música, nunca la usaría como accesorio. En cambio los discursos políticos son casi siempre vacíos, una forma más del ruido civilizado.*

*-Son exactamente -intervino la Comadreja- las veinte y cincuenta.*

*-¿Tan tarde? -dijo alarmado el Mosquito-.¿Por qué tardaron tanto?*

*-No sabíamos que usted nos esperaba -se disculpó la*

*Comadreja.*

*-Y que además, tenía prisa -completó Madame.*

*-Es mi hora de consultorio -dijo el Mosquito M. Maciel mientras, dándoles la espalda, se vestía un delantal blanco que hacía más anémica la palidez de su cara- verán... soy psiquiatra y hay demasiados problemas en las mentes ajenas.*

*Pueden servirse un refresco, si gustan. Pueden leer algo mientras me esperan. Pueden escuchar música. Pueden hacer lo que quieran.*

*-No podemos esperarlo -se apuró a explicar la Comadreja.*

*-¿Cómo que no pueden? -se indignó el Mosquito M. Maciel-. Yo las estoy esperando hace exactamente 420 meses, 12.775 días que equivalen a 306.600 horas para no hablar de minutos y segundos ¿y ustedes no tendrán la amabilidad de aguardarme una sola hora?*

*-No sabíamos que teníamos una cita desde hace... -la Comadreja sacó una libretita de su bolsillo y empezó a cruzar números- ¿treinta y cinco años? -concluyó preguntando algo desconcertada.*

*-Correcto -asintió el Mosquito M. Maciel-. Nunca nos conocimos, ¿no es verdad? y hoy cumplo exactamente 35 años -declaró con voz jubilosa y fue hasta un bargueño que estaba algo oculto por las sombras. Cantando y bailando volvió con una torta adornada con guirnaldas, velitas y grageas de color azul. Después abrió un cajón del escritorio y consiguió copas de cristal. De algún sitio apareció un balde con dos botellas de champán y anunció:*

*-También pueden festejar mientras me demoro. Es*

*importante lo que tengo que decirles. Muy, muy importante.*

*Las saludó con un beso y desapareció rápidamente entre las sombras de la espesura.*

*-Lástima que se fue -lamentó Madame- porque me hubiese gustado contarle un sueño que tuve hace poco y no alcanzo a comprender qué significa.*

*-No significa nada, le aseguro la Comadreja Rosilla, ¿por qué razón todo el mundo quiere encontrar significados en las cosas?*

¿Es verdad eso, tío?

¿Qué cosa, Camila?

¿Que los sueños no significan nada?

Al revés: la nada es un sueño, mi vida. Y la vida no es nada.

Eso quiere decir que la vida es un sueño.

## AGUSTÍN - 1

(Del block de notas que dejó olvidado en la parroquia)

¿Cómo que "es una guerra sucia"? ¿Acaso hay guerras limpias? Hay guerra o no hay guerra; pero el Señor ya ha dicho: *"Cualquiera que se negare a salir a batallar en pos de Saúl y en pos de Samuel, será despedazado como los bueyes de la ofrenda"*. El magnetismo de la gente se desprende como las partículas de los átomos; Loisa despide un aura insana, el tal César con su silencio no me engaña, está gestionando una opus nigra en su médula nerviosa. El Juanca intenta despistarme hablando de trivialidades pero Ingrid me dijo que él empezó con Proudhon y los anarquistas. El tal Alejandro me parece un tonto congénito, tira algunos datos burlándose de los principios que aparentemente defiende si acaso puede llamarse 'principio' al catecismo de los apátridas. Hay maestros de meditación oriental que enseñan dónde clavar metales preciosos y dónde metales viles para conseguir que la energía cósmica y la energía vital se concentren en un punto. Ese núcleo minúsculo es la fuente de luz interior que nos conecta con otras galaxias, con seres mucho más evolucionados que nosotros y si ellos nos guían, no hay tropiezo que detenga la marcha hacia la perfección. Pero la perfección solicita dolor; exige sobreponerse al asco, a la náusea que produce triturar una vida para salvar miles. ¿Acaso Jesucristo con su ejemplo no enseñó que toda purificación se hace a cambio de la muerte? No hay que hacer enojar a Dios. "Y en muestras de la cólera

divina el profeta Samuel repartió los ijares, el testuz y las piernas de los bueyes que habían sido ofrendados en el patio de la tienda". Hay misiones sagradas, eso hay que entenderlo. Desde que el mundo es mundo evoluciona hacia la luz, hacia la perfección que no es más que el trabajo de pulir las impurezas que restaron después que el demiurgo terminara la tarea que Dios le encomendó dándole la materia bruta como trabajo. Juan y Alejandro y César y Loisa no lo entienden; para ellos toda la culpa la cargan al gobierno militar, como si por el hecho de ser soldados tuviésemos el gusto de matar. Se mata cuando la vida sobra. Eso hay que entenderlo, no sé cómo Alejandro no comprende que esa pobre hermanastra agónica no molesta a nadie, que está moribunda sin que la vida le sobre porque no representa una amenaza para nadie. Pero esa gente de los centros de estudiantes es diferente; aunque están llenos de vida, esa vida les sobra. No saben qué hacer con ella y se ponen a buscar la forma de denunciar aquí y allá. Quieren destruir la vida usando la vida. No está bien que afuera nos vean mordiéndonos como perros rabiosos los unos a los otros. Eso está mal, daña el prestigio del país, no hace más que fomentar la propaganda antiargentina con toda la publicidad que ya tiene. Esta gente es demasiado joven y vivieron siempre en sus casitas como hijitos de papá. Hijitos pobres, pero nunca tuvieron que comer del plato ajeno, nunca tuvieron que luchar para sobrevivir por eso simplifican todo. ¿Acaso no atacaron un regimiento en Tucumán? ¿Qué les hicieron los pobres conscriptos que murieron masacrados? ¿Para qué empiezan una guerra si no tienen táctica? ¿Acaso no secuestraron al general Aramburu? ¿Acaso no lo mataron por la espalda, con las manos atadas? Estos muchachos no

saben con quiénes se asociaron, el comunismo se los tragará en el primer almuerzo porque siempre que entran en un país empiezan por acribillar a sus aliados. Hay que librarlos de esa muerte penosa. Es mejor morir en manos de un compatriota que bajo las balas apátridas.

Se mata cuando la vida sobra. Eso hay que entenderlo.

Como todas las mañanas, monseñor Santana sintió un escalofrío al trasponer el portón de calle y encerrarse en el enorme patio de la Catedral donde no podía evitar cruzar junto al monumento que guarda los restos de Genaro Berón de Astrada, un gobernador de Corrientes asesinado por la dictadura de Rosas. Los pasos apenas sonaban en las losetas del enorme atrio. Algo inquietante encerraban esas tres cariátides de bronce que custodiaban la urna donde los huesos del joven gobernador martirizado y vilipendiado duermen la paz de las siestas correntinas. La púrpura del martirio, pensaba cada vez que cruzaba el patio, lo esperaba cuando fuese elevado a la dignidad de obispo y tuviese que vestir el hábito rojo, señal inequívoca de quienes están dispuestos a derramar su sangre para defender la fe. El ex gobernador ya había derramado toda la que tenía luchando por sus ideas. Políticas o religiosas, todo parecía reducirse a ideas que chocan unas con otras. Abrió las pesadas puertas de la Catedral pensando cosas muy viejas, cuentos del regazo de su madre para hacerlo dormir; que las ánimas al llegar al cielo debían abrir las puertas de la inmortalidad empujándolas con sus propias fuerzas. Si habían sido justas y buenas, los inmensos goznes de oro cedían como por arte de magia. Si habían acumulados delitos y maldades un peso enorme impedía que se abrieran las puertas porque una multitud de ángeles mantenía el hermetismo del recinto para los réprobos. Y entonces, sólo quedaba el camino de la izquierda por donde las ánimas castigadas descendían las escaleras rumbo a las catacumbas del infierno. Monseñor no pudo evitar sonreír al recordar las

cándidas leyendas que se mezclaban con las canciones de cuna inocentemente salvadas del infierno de la soledad.

*"Mi niño no duerme  
Y canta el zorzal  
Venga Santa Rita  
Lábranos del mal"*

Las puertas, sin embargo resistían hasta que sintió un leve empujón cuando Agustín lo saludó.

*-Dóminus vobíscum.*

*-Et cum spírictum tuo.*

*-Sursum corda.*

*-Habémus ad Dóminum,* respondió maquinalmente Monseñor mientras las enormes puertas dejaban entrar la luz en los penumbrosos relieves del templo. Allá lejos, en el fondo, entre suaves destellos dorados de las columnas del altar parpadeaba el ascua roja sobre el sagrario.

-Necesitamos confesarnos, padre, -dijo Agustín, con tono suave pero contundente.

¿Queda algún espacio para la duda entre palabras que han sido cinceladas tan cuidadosamente? No. No queda nada. Hay un muro de piedras tan sólido como el de Jericó resguardando la imposibilidad de un tal vez, quizás.

Los pasos de ambos resonaban en el eco vacío de la nave central mientras avanzaban hacia la sacristía, detrás del altar mayor. Al llegar al comulgatorio monseñor se apoyó levemente en la balaustrada de mármol blanco e hizo la genuflexión. Fue hasta la sacristía a buscar los ornamentos para la confesión y volvió al penumbroso clima de la nave principal donde

Agustín esperaba en silencio.

-Vamos.

Buscaron el confesionario más apartado, casi oculto detrás del inmenso catafalco del Cristo yacente tallado en madera oscura en cuya cima los ángeles sostenían el ataúd de cristal en el que la castigada imagen de Jesús parecía dormir serenamente resignado a la maldad que delataba su cuerpo.

-Ave María purísima.

-Sin pecado concebida. Hay cuatro nombres más para la lista, padre. ¿Son datos seguros?

-Imagínese lo que me pesaría la conciencia si estuviese dando nombres irresponsablemente; provienen de investigaciones, usted sabe, los servicios del Estado tienen agentes en todos los campos. El Diablo nunca duerme; los comunistas tampoco. Éstos son para el plan "B".

-¿Más ejecuciones?

-Donde manda capitán, no manda marinero, padre. Usted y yo somos... simples cables transmisores.

-¿Qué más? -el papel con la nómina se deslizó bajo la rejilla del confesionario crujiendo ligeramente. Algo electrizado sacudió las fibras del cuello de monseñor, era tenue pero se dejaba sentir y no cesaba. Iba de punto en punto remordiendo.

-Algunos son conocidos suyos, padre. Ya vendrán con sus pecados y usted estará ahí para escucharlos.

-¿Algo más?

-De mi parte, gracias en nombre de la patria; lo demás son pecadillos menores, mentiras necesarias. Un poco de adulterio para romper la monotonía del tren de la vida, padre. Una sola vez, con una ramera que alquilé, después todo en su sitio

como quiere el buen Dios.

-Ego et absolvo.

Amén.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 7 )

*Personaje: El mal es parte del bien, psiquiatra.*

*Alejandro: ¿Cómo, personaje?*

*Personaje: Uno es por fuera lo que el otro por dentro, o mejor: uno no puede vivir sin el otro. ¿Qué hacés vos para vivir?*

*Alejandro: Me alimento.*

*Personaje: Ellos también. Se necesitan. Se parasitan mutuamente, están tan unidos que resulta difícil separarlos y fácil confundirlos. A veces, creyendo seguir a uno, llegamos al otro. El mismo Dios según la Biblia para hacer el bien usa el castigo y la destrucción, que son parte del mal.*

*Alejandro: Usted es un ateo muy religioso.*

*Personaje: Me pretendo agnóstico, no sé ser ateo, me parece que hay que ejercitarse en el ateísmo. Hay que hacer gimnasia escéptica, hay que esforzarse diariamente para no creer y negar. No tengo tanta fuerza. Pero ¿cómo es que llegamos a la vida porteña desde el centro de Corrientes?*

*Alejandro: "La una es parte de la otra, a veces, creyendo ir a una, llegamos a la otra". No se desespere, personaje. Ya verá qué nos espera en un cementerio tan popular como el de la Chacarita.*

*Personaje: La muerte... ¿qué otra cosa nos puede esperar en un cementerio, aunque fuera popular?*

*Alejandro: "A veces, creyendo seguir a uno, llegamos al otro".*

*Personaje: Sos de terror, autor ¿Por qué no estudiaste abogacía en vez de psiquiatría?*

*Alejandro: "La una es el reverso de la otra".*

Vlad el empalador me mira fijo desde el medio perfil del afiche; el rostro anguloso que emana fuerza, la nariz filosa de los seres con determinación y coraje, los ojos rasgados de quienes ven más allá de la piedad. Curioso personaje este Vlad, conde o príncipe, en todo caso un mito montado sobre las corvas de Satanás. Siento las vibraciones malignas cuando nombro a Satanás. El comunismo es una secta satánica; el pope Stalin mandó en 20 años más gente al infierno que 20 siglos de Cristianismo con sus errores y aciertos. Stalin es Vlad. Se habrá investido con la energía del príncipe rumano agitando las banderas rojas de los soviets y enviando a los desterrados hijos de Eva a las taigas y la tundra infinita de Siberia. "Agustín, llega otro para hacer cantar". Ya va, que no soy el único aunque sí el mejor afinador de voces de este coro de zurditos hijos de papá que se vienen con sus gemidos de parturientas; no saben que mis oídos ya están sordos a los ruegos, únicamente escucho la música de Wagner y a hundir la cabeza del apátrida en el balde de agua, una vez, otra vez, sube y baja la cabeza encapuchada. Después se le hace tomar asiento, desnudo y mojado y la música de fondo son las preguntas ¿Quién es el jefe de esta gavilla, degeneradito? Un toque de picana aplicada como un lápiz en la pierna primero. ¿Qué planes tenían, por qué todos los datos del General Nicoletti en esa libreta? ¿Qué hacía el plano del Comando del Ejército entre las páginas de la Biblia, apóstatas? ¡Canten! No escucho nada, apenas ese murmullo del 'no sé de qué habla, no sé quién es usted' como si estuviésemos

en la fiesta de quince de tu prima la putita. No es hora para presentaciones ni tarjetas con palomitas y lazos. Hay que cantar el himno a la verdad. ¿No? ¿No sabe nada? Picana en los testículos. El músculo del escroto se arruga, sube como huyendo del peligro, quiere esconder los testículos que son los testigos y a ver cómo llora el hijo de mil putas; llora y canta los nombres que estamos buscando. A ver si no es el olor a la chamusquina de carne asada viva, de llaga, de cauterización lo que me escuece los ojos y las narices. ¿Cómo lo cazaron a este infeliz? Ah, sí, en un operativo relámpago, en la casa tenía los tres tomos de "El Capital" y ahora se hace el beato, y dentro de la Biblia, entre las páginas de Salmos el plano del Comando donde seguramente tramaban un atentado. Nombres y apellidos, hijos de puta. Nombres y direcciones. Datos.

Ingrid, pobrecita, mi vida que será muerte, no quiero que te pase lo mismo, tu fragilidad de nenita chupándome la pija te está salvando de los procedimientos. No te metas con esa gavilla, Ingrid, mi inocente lamedora de glande. Ay la baba que se te cae de la boca jugosa cuando mi pene atraviesa los bordes de esos preciosos labios gordos y estriados. La lengua se me humedece pensando en tus labios de arriba y esos labios de la pelvis rasurados a mi pedido; me gusta ver la carnosidad sin vellos para arquear la lengua antes de penetrar al fondo para buscar el clítoris. Cómo te hace brincar de gozo cada arremetida de la lengua dentro de tu caverna rosada y dulzona. Nunca te dije y ahora sólo en el pensamiento lo admito, Ingrid, pero me gusta más cogerte con la lengua que con el pene. ¿Que la lengua no eyacula? Te puedo escupir con fuerza e igual sentirás el calorcito del líquido yéndose sin escurrirse hasta el fondo.

Hundan de nuevo la cabeza encapuchada del pendejo ése en la pileta con agua y mierda, que le entre por la boca, por las narices, las orejas y los poros; que se llenen de mierda esta basura de salvadores de la patria. No quiero verle la cara al pendejo pelotudo que se hizo capturar con el plano del Comando del Ejército. Aunque sea inocente, merece morir por boludo. No le saquen la caperuza, que siga cubierto, no me interesa verlo. Todos ponen ojos de ovejas suplicantes. Yo no soy la Virgen de la Merced para salvar a los condenados. Soy el juez y el verdugo. Me gusta el resplandor verdoso de la picana y el salto que instiga en los músculos a su contacto. La carne se retuerce como Ingrid cuando la penetro. Con mi mujer no puedo hacer eso, ella merece respeto, es la madre de mis hijos no una ramera para andar babeando semen como pupila de burdel. Eso lo hacen las putitas como Ingrid, sólo piensan darle gustos a sus cuerpos y así pierden el alma en los andurriales del barrio Bañado Norte. El dolor y el orgasmo están tomados de la mano en esta vida.

¿Por qué sueño con la Comadreja Rosilla casi todas las noches, tío?

Porque hablamos de ella cuando te estás durmiendo Camilita. Quedará flotando en tu cabeza la imagen de esa vieja Comadreja caminando con Madame.

¿La que le dijo que los sueños no significaban nada?

*-No significa nada -aseveró la Comadreja- ¿por qué todo el mundo quiere encontrar claves misteriosas en todo?*

*A ver, cuéntemelo a mí mientras brindamos. Me vino sed al ver esta delicia -tomó la botella del cuello y la descorchó con una facilidad profesional, sirviendo el cristal burbujeante del Extra Brut. Alzaron las copas y las chocaron en el aire.*

*-Soñé -empezó a contar Madame- que subía a la cima de una montaña y era un volcán que hizo erupción...*

*-Eso quiere decir que usted -terminó su copa y volvió a cargar más champán disfrutando de antemano- tiene miedo a las metas demasiado altas. Que se conforma con lo mediocre, ¿no se da cuenta? El sueño es demasiado claro, ¿quiere más?*

*-Sírname otra copa -agradeció Madame- pero todavía no terminó. Estando allá, junto al cráter, empezaron a salir enanos barbudos del socavón... eran repelentes y me insultaban de mil modos.*

*-Esos demonios no eran más que la representación de sus miedos -interpretó la Comadreja Rosilla-. Este champán está exquisito, ¿le sirvo otra copa? -ofreció solícita pero se sirvió a sí misma mientras esperaba que Madame asintiera.*

*-¿Mis miedos me insultaban? No encaja -objetó Madame.*

*-No... la cosa es más complicada -tomó toda su copa de un solo largo trago- porque la mente es una fábrica de trampas. Sucede que usted misma se dedica injurias, se deleita ultrajándose porque de esa manera puede sacar afuera el mal que le produce su propia agresividad.*

*-¿Cómo sacar afuera, si me está diciendo que me dedico a vilipendiar a mí misma?*

*-El mal es primitivo, se siente parte de su "adentro" - aclaró la Comadreja-, mientras que su autoimagen y las metas que se fabrica están "afuera". ¿Lo comprende mejor ahora? ¿Por qué no brindamos de nuevo y dejamos todas estas cuestiones tan complicadas? ¿No quiere un pedazo de la torta?*

*-No, gracias -dijo Madame- preferiría una copa más. Esto de enterarme que me paso calumniándome es demasiado fuerte. ¿Está segura que el sueño significa eso?*

*-Hay que abrir la otra botella -comentó la Comadreja como si eso fuese una dificultad para ella-. Nadie puede estar seguro interpretando. Es como en política; ¿quién le dice qué forma de gobierno es la correcta? Todo es cuestión de interpretar y después creer. Eso es todo.*

*-¿Y cómo sabe eso? -escudriñó Madame.*

*-Yo no sé lo que es, pero creo tener algunos indicios de lo que no es. No sería educado dejar esta botella medio vacía, ¿le sirvo otra copita?*

Cuando los milicos llegaron a la pensión, César había salido no sé adónde, pero no estaba. Llegaron y el teniente que mandaba ese operativo se sentó a esperar mientras los pobres conscriptos revolvián libros y estantes buscando algo que ni ellos sabían qué era. Se advertía que estaban representando una función peligrosa como cuando alguien inconsciente se convierte en juez y determina qué es lo bueno y qué es lo malo sin tener una norma de referencia. Así era el desastre, Agop. La dueña de la pensión hacía que barría el patio como si no le importara nada pero estaba vigilando la esquina para hacerle alguna señal a César cuando lo viera venir. Todos sentían la muerte en el espinazo, Agop. Pero eso no sienten los muchachos criados en barrios seguros de países que respetan las instituciones; nunca lo comprenderías. Cuando César llegó el teniente le dio un culetazo en la mandíbula con el arma antes de saludarlo; dicen que quedó aturdido. Otro militar tenía algunos libros "sospechosos" que había recogido del armario de César bajo el brazo y escupía el suelo continuamente. "Avisen a la familia si quieren", dijo al retirarse mientras doña Berta lagrimeaba asiéndose con fuerzas al portón. ¿Adónde lo llevan?, gimió. "Al cielo". Desapareció, Agop.

¿Cómo puede desaparecer? Me acabás de contar que una patrulla se lo llevó a algún sitio.

Bien dicho, cherí. Andá a buscar en un mapa "algún sitio" a ver si lo encontrás. Desapareció. Nunca nadie en ningún sitio lo volvió a ver. Nada. Vinieron los padres, después los hermanos y hermanas. Los mandaban a la Unidad Militar de

Córdoba, a la ESMA en Buenos Aires, al Pentágono, a la CIA, a cualquier sitio donde invariablemente les decían "aquí no está" después de hacerlos esperar días y noches. Y cuando contaban lo que había sucedido, Agop, ninguno quiso creer. Nadie creía nada. Fue la primera crisis de fe argentina colectiva que se recuerde. Que eran puros rumores, que seguramente se enamoró de una chica y quién sabe adónde estarán disfrutando la vida color de rosas. César no tenía dinero para comprarse el pan a veces y los demás decían que se andaba haciendo el galán en un hotel 5 estrellas. La obstinación de la gente cuando no quiere saber algo es peor que la ceguera de un chico frente a una juguetería. Doña Berta me miraba y empezaba a llorar, César era el hijo que no tuvo y compartían sus pobreza con el optimismo del "mañana nos desquitaremos cuando sea doctor". César era transparente, Agop, ¿sabés lo que es ser transparente? Alguien sin malicia que vivía peleando contra la pobreza día a día con el auxilio de su inteligencia, era el más brillante de todos nosotros pero tenía la debilidad de la introversión y eso, en los exámenes orales podía ser fatal. Siempre le ponían notas por debajo de su mérito. Contra esos soldados luchó el glorioso Ejército del Proceso de Reconstrucción Nacional.

Hubo una guerra. También volaron autos y casas de militares por los aires.

Es verdad, pero no hubo guerra mi ínclito discípulo de Jansenius, ¿tu colegio de Ginebra era jansenista, no?

De origen. Las tesis de Jansenius fueron superadas.

Algo queda siempre, Agop. La mente humana es capaz de conservar resquicios de doctrinas con más fidelidad que con la cual las tumbas de Egipto velan por sus momias. A ver si

razonamos juntos. Me estás planteando que hubo una guerra. Guerra puede haber cuando dos bandos militares con alguna paridad de fuerzas se enfrentan abiertamente. Acá tuvimos por un lado toda la fuerza del Estado que significa: sumemos Ejército, Fuerza Aérea, Armada, Gendarmería Nacional, Policía Federal y policías provinciales, ministerios, secretarías, Servicio de Inteligencia del Estado, y en la otra esquina del ring al menos 30.000 muertos/desaparecidos civiles, la mayoría de los cuales ni siquiera conocían una pistola calibre 22 ni habían usado un arma en toda su vida. Si esos 30.000 muertos/desaparecidos hubiesen tenido la organización de un ejército, armas, entrenamiento, cañones, tanques sí hubiese habido una guerra civil. Pero César nada sabía de armas, ni estrategias de ocultamiento, ni mapas de combate. Por otra parte es inmoral que el Estado asuma la ley del Talión contando con la organización suficiente para sofocar una rebelión aislada del E.R.P. sin aniquilar 29.000 inocentes de culpa y cargo. Los argentinos descubrimos con horror, como los chilenos, que teníamos un Estado malicioso, Agop. Era el séptimo círculo de Dante<sup>(6)</sup>, el que cobija a los violentos contra el prójimo custodiados por el terrible Minotauro que se muerde a sí mismo mientras los condenados se revuelcan en un río de sangre hirviente como el odio que los consumió en vida. Cuando alguno quiere asomar el torso para descansar del tormento, los centauros están listos con sus arcos tensos para flecharlos y devolverlos al hervidero eterno.

---

(6) Canto XII de la *Commedia*

*Oh, tú, ciega codicia, oh ciega furia,  
Que así nos mueves en la breve vida  
Y en el eterno mal así nos empujas..*

Dice el Dante, ante el temor del río de sangre, Agop. ¿Te imaginás un río así? ¿El Paraná hirviendo de sangre desde Paraguay hasta el Río de la Plata? Mucho dolor cherí, demasiado odio inútil en un país que se perdió dentro de sí mismo pero instigado por la codicia de los de afuera. Había que preparar el camino a la Fundación Mediterráneo para lotear el país y para eso los genios financieros de mamá natura necesitaban un pueblo dividido por odios profundos. Don Domingo Cavallo ya daba vueltas en círculos cada vez más cerrados en el cielo tenebroso, como buitres que espera olfatear la carroña para bajar sobre los cadáveres. La miseria de los millonarios aturde.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 8 )

*Personaje: A ver si tu espionaje llega hasta el fondo, psiquiatra. A ver si tus ojos de patólogo alcanzan a ver dónde está la raíz del mal.*

*Alejandro: La raíz siempre está abajo, en lo hondo.*

*Personaje: César no podía hablar, iba a decir algo y las palabras quedaban en el aire. Yo también sentía la vecindad de la muerte, rondando ahí.*

*Alejandro: Pero aquí el silencio es más grave, está entre usted y yo. No esperaba ese truco truculento.*

*Personaje: Era hora de enfrentar la verdad.*

*Alejandro: Una verdad que no tiene solución ya que mis amigos murieron. ¿Qué puedo hacer sino recordarlos con dolor?*

*Personaje: Te estás llorando anticipadamente.*

*Alejandro: ¡Quién sabe!, tal vez ya sea tarde hasta para eso. ¿Tiene sentido ponerle nombre?*

*Personaje: Es tu oficio, ponerle palabras hasta a lo innombrable, ¿o qué clase de escritor es el que se queda mudo? La habitación estaba revuelta, el libro de anatomía tenía las páginas arrancadas. Atrás había un espejo.*

*Alejandro: Con ese espejo usted me está mirando.*

*Personaje: No. Vos te estás mirando y lo que ves te da miedo. Yo soy un pretexto, loco. Ahora sí te acepto la estocada. Soy un pretexto. Una argucia, una socapa. El velo que oculta una máscara.*

*Alejandro: Tal vez. Quizás lo inventé para decir la verdad.*

*Personaje: "La historia es un tramado de verdades cosidas con mentiras".*

**A** Juanca y Loisa le tendieron una emboscada cuando iban a la morgue. Al costado del Parque Mitre los estaban esperando no con un Ford Falcon verde sino con un patrullero destartado que soltaba nubes de humo al arrancar. A través de ese tizne los vieron detenerse desconcertados cuando los militares les cortaron el camino. Loisa como siempre distraída no se dio cuenta de nada, seguía conversando con Juanca y el militaroste ya la estaba apuntando. Una compañera de curso, la Negra Molinari nos dijo que vio cómo los arrastraban a empujones hasta el vehículo, que Juanca pudo haber escapado por el parque, ya había puesto distancia pero al ver que tenían tomada a Loisa volvió. Guido Peña niega todo eso, pero yo sé que Juanca hubiese vuelto por Loisa y Loisa hubiese vuelto por Juanca. Siempre creí que Guido Peña era uno de los delatores, alguna vez me contaron que después lo vieron conversando con nuestro Ababdón Agustín en una mesa de un café de la calle Junín. Guido Peña es uno de esos personajes ambiguos que existen en todos los sitios; escurridizo y siempre figoneando disimuladamente a los demás. Si se te acercaba siempre terminaba preguntando con afirmaciones "¿Es cierto que ustedes leyeron a Marx, qué dice de tal tema o tal otro?" Sin tono de curiosidad, tratando de hacerte saber que él sabe que es así, que sería inútil cualquier negativa. Deja por sentado que leíste, y la verdadera pregunta es: ¿qué dice sobre la propiedad social? Tampoco escucha la respuesta. Se va, te deja con una convicción molesta de haber comparecido ante el Santo Oficio. Es el único hijo de una estanciera bastante extravagan-

te del interior; extravagante y trepadora, porque siempre andaba mezclada en la politiquería como tercerona del gobierno de turno. En la facultad todos le recelaban, nunca se supo que estudiara con nadie y andaba mirando siempre con aire sobrador como si estuviese por encima de todos, sacudiendo las llaves del auto al entrar a las clases como hace la gente que no tiene clase. Aparentaba ser un majadero pero sospechábamos que escondía más de lo que mostraba; cuando me dijeron que lo vieron varias veces con Agustín en el bar me cerró el círculo.

Nunca más se supo nada de ellos, Agop. Esa siesta yo estaba cuidando a mi hermanastra moribunda cuando me avisaron. Llamé a un tío lejano que era militar pidiéndole por favor que averiguara qué había pasado con mis amigos; antes, mi tía, al atender el teléfono me recomendó que tuviese cuidado porque "los perros andan sueltos", cosa que no me extrañó porque tía Victorina siempre hablaba con frases sibilinas. El tío me escuchó y después me explicó que él ya estaba retirado de la FFAA y que en estas condiciones lo trataban como a cualquier civil, prometió llamar a sus contactos pero no me dio muchas esperanzas. ¿Qué más podía hacer, Agop? Miré a Lía que había sido nuestra santa protectora durante los exámenes y vi en la turbidez de esa mirada fija el futuro imperfecto de un país que se estaba gangrenando poco a poco. Miraba el reloj que implacablemente hacía girar la aguja del minuterero y el clic, clic de las gotas que babeaban por la tubuladura traslúcida. ¿Qué estaría mirando mi pobre hermanastra con el alma en la muerte y el cuerpo que nos obstinábamos en asirlo, atarlo, sujetar la osamenta en esta tierra incierta donde los relojes tenían más vida que ella. Faltaban ocho

horas para que el ómnibus que me llevaría a Buenos Aires saliera de la estación. En dos horas vendría la salmona a relevarme y las paredes blancas del moridero restallaban en la luz furiosa de esa siesta mientras yo me retorcí tratando de deducir dónde estarían César y ahora también Loisa y Juanca. Me estaban dejando solo, con Ingrid a quien el miedo la acorralaba y mi hermanastra~cadáver que ya sabía lo que era la muerte pero no estaba en condiciones de decirme el secreto. Loisa estaría sentada de cuclillas en algún rincón, mesándose los cabellos y con los ojos húmedos pensando en sus padres allá en Formosa. Juanca era tan inocente que se estaría imaginando algún plan de salvación de mi parte. El corazón me ahogaba, Agop. Allí se murió toda la cuota de amor que me adjudicaron el mal día en el que nací, cuando yo entre 299 mil decidí fecundar el óvulo del mundo para entrar en esta lenta agonía que, como la de mi hermana, no termina de terminar. Tenía una mezcla de miedo, aturdimiento, necesidad de ese padre que nunca tuve para mirarlo a los ojos y preguntarle: ¿por qué?, aunque fuese uno de los milicos que habían decidido el plan de exterminio. Iba y venía como un gato acorralado de un rincón al otro; cuando llegó la salmona se asustó: me vio pálido, con los ojos enrojecidos, temblando de terror y odio y creyó que Lía al fin se había decidido. Le expliqué que Loisa y Juanca habían sido secuestrados/detenidos y aunque paridora, la salmona me dio una idea: hablar con un ex novio que ahora tenía un cargo en la ESMA, rápidamente me escribió las señas en un papel y lo puso en el bolso que me traía para el viaje. "Ya va a pasar, mi corazón", me dijo con un beso. "Camila se queda a esperar tu historia".

Le di un beso aséptico en la frente a Lía susurrándole

"esperáme, no se te ocurra morir durante mi viaje", a fin de cuentas iba a buscar los medicamentos que se le aplicaban trimestralmente al cadáver para mantenerlo formolizado esperando la muerte. A los de abajo no nos permiten ideales, Agop Niemeyer. Allá arriba ustedes pueden especular a gusto sobre metafísica y econometría pero los de abajo no tenemos esa ventaja: un día estás saliendo hacia Buenos Aires, con tres parciales pendientes al regreso, desaparecieron tus compañeros, ya empezás a sospechar que te sigue alguien, ¿alguna vez sentiste ese dardo de duda en las espaldas?, la cruz que según el arzobispo López todos cargamos es un instrumento contundente comparado con la sensación constante de estar vigilado, pasos que escuchás detrás y cuando girás la cabeza, alguien desaparece entre las sombras o detrás de algo. Es vago al principio pero va creciendo y se hace angustiosamente obsesivo. Esperás y esperás y nada. En estas latitudes el idealismo choca y se hace trizas con la contundencia de la realidad, mi caro Agop.

Vos sabés mucho más de economía y filosofía que yo.

Qué lástima, eso significa que desperdiciaste tu tiempo, Agop. Con las seguridades que te rodeaban hubieses podido leer íntegra la Enciclopedia Británica sin que algunos esbirros te midieran las pisadas, sin que desaparecieran tus amigos, sin que tu país parezca más fantasmal que los desaparecidos, sin que tu hermanastra agonizara como quien duerme y quién sabe cuándo va a despertar. Yo sé muy poco, si hubiese llegado a comprender cabalmente todo no estaría de guardia entre capillas ardientes.

¿Cómo supo la Comadreja Rosilla que nada significa nada, tío? Esos bichos son muy raros, dan vuelta todo.

¿Y nosotros, mi bien? ¿No somos contradictorios también?

Yo sé cuándo es sí y cuándo es no.

¡No me digas! En mi regazo el mundo es simple Camilita, pero ya verás por allí que nada es tan simple como nos enseñan en el catecismo.

*Madame iba a decir algo a la Comadreja pero la encontró roncando, tirada contra la rugosa raíz de un árbol. También ella sintió que los párpados le pesaban enormemente y buscó un cojín para usar de almohada. Por el altoparlante seguía predicando la voz pastosa del líder: "sin el aumento de salario no vamos a negociar los contratos con los patrones".*

*Cuando despertaron se encontraron rodeadas de setas en medio del bosque. Madame buscó el escritorio del Mosquito M. Maciel, las lámparas que eran doncellas alargadas que sostenían balones esmerilados, todos los accesorios y el mobiliario pero se habían esfumado. Sólo quedaba el césped. Los árboles copudos. El cielo inmensamente estrellado sobre sus cabezas. La luna cuajándose en el medio.*

*-Me duele la cabeza -se quejó la Comadreja.*

*-Será la resaca -sugirió ella.*

*-¿Resaca? -se sorprendió la Comadreja Rosilla-, ¿cómo podría tener resaca sin haber bebido alcohol?*

*-¿Ya se olvidó del champán, querida? -se sorprendió Madame.*

*-¡Pero si fue solamente un sueño! ¿Cómo sabe que soñé que usted estaba brindando con champán?*

*-No, las dos brindamos por el cumpleaños de...ése Mosquito que nos dijo que....yo también tomé -Madame lo decía con cierto tono confesional- pero era un... festejo y tendríamos que haber esperado al psiquiatra porque él hace no sé cuántas miles de horas que nos esperaba.*

*-¿Psiquiatra? -dijo alarmada la Comadreja- yo no estoy loca, así que no necesito ver a ningún psiquiatra.*

*-¡Pero era su cumpleaños!*

*-Veo que tiene usted sueños muy vívidos. Seguramente se debe a traumas de la infancia -opinó la Comadreja mientras volvía a escarbar su vianda buscando algún bocadillo.*

Agustín-3

**M**onseñor creerá que está jugueteando con los trámites y está bien que crea siendo un hombre de fe como es, pero con los generales no se jode. Cada norma tiene su procedimiento y nadie, por hábito que vista ni dedicado al Señor que esté, puede eludir sus responsabilidades.

-¿Cómo puedo saber que estos nombres que les doy van a parar en un simple interrogatorio? Hay gente que desaparece. Mi grey es el legado que me confió el Señor. Mi deber es conducirlos directo al cielo por el camino más recto.

-Correcto, monseñor. Pero cuál es ese camino lo deciden los generales, no usted ni yo, con todo respeto. Porque el Estado es lo más sagrado en esta tierra, eso hay que entenderlo. Allá ustedes con su Vaticano y su cielo, pero las cuestiones políticas no se deciden en la mesa del altar sino en la mesa de la Junta, que para eso los generales aprendieron a custodiar las leyes humanas con armas y no con agua bendita. Los hombres son remisos, monseñor, ni hablar de las mujeres que desde que se emanciparon se creen líderes y caudillas cuando ni siquiera pueden poner orden en su casa. Su grey es arisca, hay más lobos disfrazados de ovejas de lo que usted sospecha. Esa célula que me alistó la otra vez, por ejemplo. Se les hizo un operativo y ¿qué cree que encontramos en los allanamientos? La biblioteca de Alejandría del anarquismo que pretende sumir a la patria en el fango y entonces, querido monseñor, no le quedarán ni ovejas ni lobos, ni grey. Todo habrá sido

arrasado por el ateísmo y la anomia. ¿Se imagina vivir sin ley? Por algo Jehová empezó por las tablas, monseñor. Allí escribió la Ley con Su dedo de fuego de una vez para siempre, ¿acaso decretó la propiedad social?, ¿la plusvalía?, ¿el sindicalismo organizado? ¿Escribió Jehová ese decálogo malsano que figura en El Capital? ¿Escribió que Su Decálogo debía interpretarse dialécticamente oponiéndole contrarios doctrinales? No, monseñor. Deje que los generales rastrillen las eras para separar la hez del trigo. Quédese tranquilo, le doy mi palabra que le devolveremos todo el trigo, limpio de malezas. Deje que el diablo haga su trabajo y rece por nosotros, créame que no es una tarea fácil. Sufra si puede por nosotros, disciplínese con cilicio y no se mezquine mortificaciones. Yo no le desearía que ocupara mi lugar. No sabe lo difícil que es cosechar amarguras. ¿Usted sabe cómo pedía clemencia el tal César que capturamos? ¿Cree que soy de piedra? ¿Qué le había dicho en la confesión?

-Violencia, mucho resentimiento, sueños de cambiar el orden de las cosas pero es natural en los jóvenes y no representa amenaza alguna.

-Ahora no. Pero si lo hubiésemos dejado suelto vaya a saber dónde encontraba la fórmula para hacer realidad sus sueños convirtiendo nuestras vidas en pesadilla.

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 9 )

*Personaje: Che, Alejandro, ¿alguna vez te sentiste solo de verdad?*

*Alejandro: ¿Quién no?*

*Personaje: Solamente los judíos y los psiquiatras responden una pregunta con otra pregunta.*

*Alejandro: Es nuestro destino.*

*Personaje: ¿Usar preguntas como respuestas?*

*Alejandro: No. Saber que estamos solos a pesar de todo lo que hacemos para evitarlo.*

*Personaje: Hasta entonces, yo vivía como encerrado en una vitrina. Esa noche sentí la soledad como... algo terrorífico. Como el final de todo, pero no como la terminación de mi vida que es algo que hace tiempo acepté como natural. Esa noche tuve la impresión de haber destruido algo que fui haciendo poco a poco. Como algo demencial, que ataca de pronto, sin aviso; como algo que uno no puede detener sabiendo que está por hacer daño sin necesidad.*

*Alejandro: ¿No era un rito de iniciación? Clausura la niñez y empieza la libertad, ¿cómo no le va a traer angustia?*

*Personaje: Tu especialidad es la simplificación, hermano. No podés ser tan truista. En ese momento habré tomado conciencia de un mundo de cosas.*

*Alejandro: Por ejemplo....*

*Personaje: Que nacemos solos y nos pasamos la vida aprendiendo para saber que vamos a morir solos, como los perros. Que estamos permanentemente tendidos entre el cielo y el infierno y no estoy hablando de teología sino de la vida animal, libre de impuestos metafísicos.*

*Alejandro: Continúe, por favor.*

*Personaje: ¿Te diste cuenta que vivimos en medio de una tensión, atraídos por contrarios que no pueden vivir uno sin otro? Por un lado el*

*imperio de los sentidos y por el otro el reino de la razón. La razón sin pasiones, está muerta. La pasión sin la razón se desboca, va al muere porque se consume a sí misma. Nacemos pero estamos destinados a la muerte. Tenemos que crear obras que sabemos que más tarde o más temprano serán pasto de la destrucción. Tenemos la ilusión de creer que nuestro espíritu sobrevive, pero lo único cierto es que la silla en la que estás sentado tiene más posibilidades de sobrevivirte que vos a ella.*

*Alejandro: ¿Le preocupa la vida perdurable?*

*Personaje: Me preocupa la preocupación de los demás. El gran desafío humano es vencer al tiempo ¿O quién no?*

*Alejandro: Ahora usted responde con preguntas equivocadas. A mí, no.*

*Personaje: Es que ya desapareciste, loco. Fuiste. Hacés bien. No seas más. Ser o no ser.*

*Alejandro: Esa es la cuestión.*

## Agustín-4

**D**esde que tuve 5 años aprendí a engañar y no fue una tarea muy difícil ya que el Creador me agradó con un aspecto de querubín: enormes ojos claros, rizos rubios, contectura de aspecto frágil y una asombrosa agilidad para todo tipo de maniobras con el cuerpo. No sé si habrá sobre la Tierra alguien que conozca tan bien su cuerpo como yo, sé exactamente hasta dónde puedo llegar, puedo calcular en centímetros el sitio donde caeré si doy un salto, la resistencia en una carrera, cuánto tiempo puedo resistir la sed, el hambre, el sueño. Yo soy mi anatomía y tengo el control de mis funciones que están en armonía con los giros astrales y la energía cósmica que me inviste cada vez que medito profundamente bajo los árboles en la soledad del campo estrellado.

El aspecto angelical me abre las puertas del Paraíso y del Infierno por igual. Nada se le niega a un ángel.

El control sobre sí mismo es indispensable para conocer el descontrol de los demás; quién hubiese pensado que monseñor iría a dudar de los procedimientos. ¿Por qué vacila? Por debilidad y remisión. Duda de la eficiencia del aparato del Estado que es más infalible que el Papa; tres cosas son sagradas para mantener el orden social: la propiedad privada, Dios y la familia. Cualquier cosa puede sacrificar el Estado si peligran la propiedad privada, la familia o Dios. Y esos tres principios sagrados quieren avasallar con su falta de principios estos subversivos.

Me despido, Ingrid, mi rubita chupadora de verga. No te voy a mandar una carta romántica diciéndote que lo nuestro es imposible, eso ya lo sabías cuando te metiste conmigo, sabías que era casado pero igual me besabas las ingles; sabías que era un padre de familia ejemplar pero lo mismo sujetabas mi escroto entre tus manos para que el pene descansara en el hueco de tu boca húmeda y tibia hasta que la leche saltaba desde mis cojones. Te gustan las líneas que marcan mis músculos en el torso desnudo, ¿no es cierto?, y tus dedos aferrados a mis nalgas cuando te penetraba, con el alma te penetraba, pero a vos sólo te importaba que el pene llegase al fondo, querías sentir como un puñal en el vientre el chorro caliente del esperma pero igual pasé tu nombre en la lista del Comando. Esperé bastante más que los demás. Dudé, Ingrid, lo mismo que monseñor Santana. ¿Qué harían con tu nombre en el Comando? Sea lo que fuere, me estoy despidiendo mi vida. ¿Te das cuenta? Somos peregrinos, nos conocemos, nos besamos, eyaculamos un tiempo y después los caminos se abren, vos por el tuyo y yo por el mío del que nunca tuve que haberme descarriado.

Vuelvo a Marina, mi dulce esposa que siempre termina perdonando estas pequeñas debilidades que me concede el trabajo desgarrador, que tengo encima como un filo rasgando a ciegas los brotes perversos de mi alma. Todos sufrimos esas inclinaciones peligrosas, a todos las yemas del mal nos brotan de cuando en cuando tratando de inclinar el árbol que, como el álamo, debe seguir la recta hacia el cielo que le señaló el destino.

La luz, Ingrid, hay que buscar la luz y no los goces de la carne; alguna vez seremos transfigurados y nuestras pasiones

quedarán al descubierto frente a Él y entonces sólo habrá una verdad, una doctrina y una palabra. Eso se llama Juicio Final; pero mientras tanto es nuestro deber conservar el orden en este valle de lágrimas y si los generales dicen "sangre" también Él dijo "sangre" una vez. Y hablaba de su Único Hijo. ¿Qué importan tus amigos si la sangre mantiene la ley?

¡Qué embrollo entre las cosas, los personajes y los sueños tío!

Te faltó algo.

¿Qué más le falta a este lío?

Las palabras.

A mí me gustan las palabras, cuando veo una que me suena bien recorto el cuaderno aunque la maestra se enoje; voy guardando esas palabras mías y a veces me pongo a leer mientras los demás juegan en el patio. Yo juego conmigo porque son mis palabras extrañas.

Las cosas, los sueños y las palabras son lo mismo Camilita; cuando comprendas eso habrás llegado al "Reino del Espíritu" que es el cuento grande que escribí para vos y te espera en un cajón de mi escritorio.

¿Quién inventa las palabras, tío?

*Madame sintió una leve lipotimia y buscó un sitio donde apoyarse. Ya un poco tambaleante fue a sentarse sobre una piedra que había en el suelo.*

*-¡Se me cayó el Universo encima! -escuchó decir a una voz menuda.*

*-¿Me habló, querida? -preguntó a la Comadreja.*

*-No -repuso ésta.*

*-Entonces sufro de ilusiones...será por el champán.*

*-¿Tendría la amabilidad de no aplastarme? -escuchó claramente decir.*

*-¿Quién me está hablando? -dijo Madame en voz alta, mirando hacia el bosque y sospechando que Único Gato le estaba gastando una de sus bromas.*

*-Si dejara de aplastarme poniéndose de pie, le prometo que me presentaré -dijo la voz que se hacía cada vez más nítida.*

*Madame dio un respingo al sentir que la piedra parecía moverse. Se alejó unos pasos y se alisó la falda.*

*Cuando estuvo a cierta distancia vio que la roca se desenroscaba y dejaba salir a un Armadillo cuyo hocico asomó antes que sus pequeños y brillantes ojillos. El animalito se sacudió un poco, se puso de pie y le pasó la mano diciendo:*

*-Mucho gusto. Me dicen Tatú Mulita y no me parece gentil que alguien me use de silla sin pedirme permiso. Es lo que yo llamo un gesto antiposimpático.*

*La Comadreja -que ya lo conocía- se acercó a Madame y le susurró:*

*-Siempre está inventando palabras estrafalarias.*

*Madame, que había oído hablar de él pero jamás lo había visto, pudo ver que se trataba de un animal con el rostro de una rata, patitas con grandes uñas y un caparazón como de tortuga pero articulado al modo de los haces de un abanico. Cuando el animal se ocultaba, cerraba la carcaza y quedaba reducido a un óvalo del tamaño de un balón de rugby, que ella había confundido con una piedra.*

*-¿Qué hora es? -curioseó el Armadillo.*

*-Calculo que serán...las veinte y treinta o cuarenta, ¿no, querida? -tanteó Madame, acercándose a la Comadreja.*

*-¿No tiene reloj? -observó un poco crítico el Armadillo-. Una persona que no lleva reloj no puede ser seria. ¿Al menos puede decirme la fecha? -volvió a interrogar.*

*-Hoy no es jueves -recordó la conversación con Único Gato en su casa.*

*-Eso nos deja sólo seis días posibles -acotó enojado el Armadillo- no me ayuda nada. De manera que debo pensar que anda usted por el mundo sin saber cuándo. ¿Qué me dice? ¿Y si tuviera una cita, cómo haría para llegar puntual?*

*-Es que no tengo una cita -aseguró Madame.*

*-¿Y cómo lo sabe, si no tiene un calendario?*

*-No veo por qué llevar continuamente una agenda y reloj conmigo. Solo sirven para marcar las urgencias y yo quiero ser libre -decidió atacar Madame a su vez.*

*-¿Y para qué quiere ser libre? -replicó inmediatamente el Armadillo.*

*-Bueno...-Madame empezó a balbucear-, para gozar de cada instante que me dedico a mí misma.*

*-¿Ha visto? Usted dijo instante y eso significa que necesita el tiempo. No se puede renunciar al tiempo; porque no somos más que tiempo que se va gastando y las cosas no dejan de ser así porque escondamos la cabeza olvidándonos el reloj antes de salir. Es lo que yo llamo desinteresadurización. Somos tiempo. No, todavía es peor: no somos más que tiempo. La historia tiene la amabilidad de darnos un plazo. Sólo nos resta ser obedientes y tenerlo en cuenta.*

*Es nuestro destino: sin tiempo no podemos llegar a ser. ¿Usted se ha dado cuenta que sólo estamos completos el último día? No somos hasta que llega ese último día. Es lo que yo llamo metamorfocronización.*

*-Juro que jamás escuché esas palabras raras que usa -asestó Madame en tono de crítica.*

*-No hace falta jurar. Yo le creo -consintió el Armadillo-. Las acabo de inventar.*

*-¿Y por qué no usa términos comunes como todo el mundo?*

*-Porque no existen. Como verá, el lenguaje es incompleto. Soy el último Adán. El primero usó los ojos y sólo nombró objetos, pero se olvidó de la mayoría de las acciones. El Mundo empezó siendo una palabra y no estará completo hasta que la última palabra sea inventada y dicha.*

Fueron días furiosos, Agop. Camila se aferraba cada vez más a mí, se me acurrucaba en el pecho metiéndome la mano dentro de la camisa como si quisiese controlar los latidos de mi corazón en la mecedora donde yo seguía contando la historia de estos bichos que no me dejaban dormir por las noches. Los soñaba apostrofándome para que no me olvidase de hablar por ellos, sobre todo Madame que en el cuento es la más introvertida pero en mis sueños se ponía exigente. Tuve que viajar a Córdoba huyendo, dicen que me vinieron a buscar en casa; desde Buenos Aires llamó tía Ester contando que esa misma tarde en la que salí de Buenos Aires fueron a preguntar por mí dos tipos con pinta de policías de civil, que entraron de prepotencia en la casa y revisaron todo aunque ella les dijo que yo ya no estaba, que había salido en el vuelo de Aerolíneas de la tarde. Que uno de los fulanos llamó en una radio que tenía colgada del chaleco informando que la clave era "Aeroparque". Una clave falsa porque tía les mintió. A la misma hora me estaban buscando en Corrientes, y yo estaba viajando en ómnibus a Córdoba. Mi madre llamó después urgente al hotel donde me alojaba y me avisó que viniese por el Chaco, que ellos me irían a esperar en Resistencia. Fueron mamá, la salmona y Camila en la camioneta de tío Jorge "para despistar, la mía seguro que está vigilada", me dijo la salmona. Camilita no se me despegaba; tiene dos ojos enormes y oscuros y mira fijamente sin parpadear cuando no entiende algo, pero ¿qué le podía explicar yo? ¿Qué era un delincuente, por eso me perseguía la policía? ¿Y qué delito había cometido *contra vosotros nasciendo?*, como dice

Calderón. Yo nada hice, salvo nacer, *pues el delito mayor del hombre es haber nacido*, como reconozco desde que abrí los ojos. Me llevaron a casa de tío Damaso, en medio del campo cerca de Bella Vista. Estuve refugiado allí pensando en Ingrid que era la única que faltaba. No me podía concentrar en nada, las ideas se me esfumaban de la mente a poco de nacer, me sobresaltaba en las noches y me despertaba transpirado y jadeando en una pesadilla para entrar en otra mayor. Mis primas quedaban velando, Agop. ¿Sabés lo que sentí? Que me estaba convirtiendo en Lía lentamente y mi pobre prima Rita me miraba asustada, ¿quién era ese muchacho con los ojos hundidos y los pelos pegoteados a la frente por el sudor? Había vuelto a llamar a mi tío el ex militar y me dijo que no averiguara más, que no se sabía nada y que era peligroso andar detrás de cierta gente. ¡Son mis amigos, no son ningunos forajidos!, defendí pero escuché el "clic" del teléfono cortado como respuesta; eso fue antes de viajar a Buenos Aires.

Ingrid estaría a salvo si era verdad mi sospecha; siendo novia del tal Agustín suponía que la protegería, pero me costaba creer que Ingrid estuviese al tanto de esto y no nos advirtiera nada a todos nosotros. No sabía que para entonces Ingrid estaba en el mismo centro de "operaciones militares" que Loisa, donde las encerraron en una celda sin comida y sin agua cuatro días. Les decían que no derrochasen la orina porque era la única bebida que les dejaban; estaban en una mazmorra perdida en el campo de algún sitio vigilado por milicos. A Loisa ya le habían sometido a cuatro "sesiones" de torturas y cuando vinieron a buscar a Ingrid, Loisa le dijo a los verdugos que Ingrid no tenía nada que ver, que eran compañeras de habitación y el único interés que tenía la gringa eran los hom-

bres, pero nada que ver con la política. Un milico se le acercó y de una trompada le rompió los labios que empezaron a sangrar. Ingrid lloraba y el tipo amenazó levantando el brazo. Loisa lo quiso detener sujetando el codo; pero el fulano se desprendió y le calzó otra trompada: "yo te conozco formoseñita de mierda" que la dejó en el piso. Llevó a Ingrid a rastras sujetándola de los pelos en la nuca. Esta es la gesta épica del glorioso Ejército Argentino, mi estimado Agop Niemeyer. Ya ves los peligrosísimos enemigos a los que se tuvo que enfrentar: dos mujeres solas que no sabían tirar un balín con una honda. A las que vejaron, quemaron, electrocutaron hasta que se cansaron. Allí estaban detenidas unas veinte muchachas, una de ellas consiguió escapar y contó todo lo que había sucedido en ese campo de concentración. Sí, el odio me gana la garganta, reconozco eso y sé bien que las personas deben ser juzgadas por sus actos pero también por sus ideales; vemos las cosas con distintos cristales, hay gente que cree que conservando el orden social estamos todos salvados aunque transformen el orden en las leyes del infierno. Creen, Agop, y una fe ciega es tan responsable como la convicción racional del que cree que esta sociedad debe removerse desde sus cimientos. ¿De qué lado están los buenos y de qué lado los malos?

## SABOTAJES DEL PERSONAJE AL AUTOR ( 10 )

*Alejandro: ¿Por qué insiste tanto en ser el personaje? ¿Acaso usted sabe mejor que yo quién es el personaje finalmente?*

*Personaje: ¿Ahora te preguntás lo que estás haciendo en la ficción? ¿Ensayamos para confundir? Vamos mal, autor-actor. Te estás delatando.*

*Alejandro: A veces, delación, confesión y confusión son la misma cosa. Pero el problema es otro, personaje. Siento que el relato se vuelve turbio.*

*Personaje: César, Loisa, Juanca e Ingrid vivían para Alejandro. Alejandro vivía para César, Loisa, Juanca e Ingrid, eran inseparables. Todos nacieron en Argentina pero vivían en Corrientes estudiando medicina, todo bien, vida normal, cada cual en su propio asunto hasta que decidieron hacerle la autopsia a Leviatán; y con el Estado no se embromma.*

*Alejandro: Todos murieron, ¿no es así?*

*Personaje: Todos menos el personaje. ¿Por qué no me dejaste terminar?*

*Alejandro: A la muerte hay que cortarle el paso.*

*Personaje: ¿Te dijeron alguna vez que estás enfermo de la cabeza?*

*Alejandro: De la mente querrá decir.*

*Personaje: Lo que sea. ¿Qué te pasa con la muerte?*

*Alejandro: No somos precisamente amigos. Nada personal, más bien vicio profesional, olvida que soy médico y los médicos luchamos contra la muerte, ¿no es así?*

*Personaje: Es parte de la vida, cada cual cumple un ciclo....*

*Alejandro: Nunca me van a convencer los argumentos biológicos y naturales. Alguien es responsable de toda esta catástrofe, no me vengan con fuerzas ciegas que sigan la vida porque todo se renueva; y los ciclos*

*y las transmigraciones y todos esos delirios orientalistas de arquitectos y artistas decadentes de Palermo Viejo. Faltaría que me hable de Sai Baba y otras bagatelas.*

*Personaje: ¿Ahora somos teístas?*

*Alejandro: Mono-teísta. El dios que diseñó este mundo tiene la mente de un antropoide, un póngido. No se olvide que es millones de años más viejo que el Cro-Magnon. Anterior al Precámbrico.*

*Personaje: Entonces, sos espiritualista al menos.*

*Alejandro: Sí. ¿Y usted, personaje?*

*Personaje: No creo en nadie, empezando por vos. Sos pura invención de mis pesadillas, ya que ponerte en un sueño es demasiado incómodo. Estás para negarme y renegarme. Sos una especie de antítesis un poco empobrecida de la realidad. Sos un recurso literario en la escritura de mi supuesta historia -falsa-, una tropa de gusanos que trepa por la verdad atrapándola entre tretas, trepas, trampas y trápalas; me das furia pero sé que por ahora te necesito. Me hace falta esa mano de escritor, esos nudillos que digitan las teclas para urdir lo que se quiere fingir, crapulerías y embaucamientos, siempre maliciosos inventando cuentos desaforados con fondos enamorados. No te vayas a creer que me falta labia para defenderme.*

*Alejandro: Linda confesión la suya.*

*Personaje: Vuelva al discurso, recurso.*

**P**asé casi diez meses en medio del campo, Agop. Pensaba continuamente recordando ese dictamen de Aristóteles: "Dios es una sustancia cuya única actividad consiste en pensar"; si era verdad lo que me habían enseñado las monjas que me educaron desde que tenía 4 años nuestra misión en la vida consiste en tratar de parecernos a Dios poniendo en ello todo nuestro ser. Creo que al regresar a Corrientes era otro Alejandro. Macerado tanto odio quedó un residuo de piedad por todo acto humano desde entonces. La primera noche que me tocó de nuevo la vigilia de Lía ya tenía resuelto salvarla y salvarme. Coloqué una dosis muy alta de potasio en el suero. Le di un fuerte beso en la frente, le dije en el oído todo lo que la quería y que nos estábamos despidiendo; los ojos se mantenían fijos, opacados por la sequedad. Dejé correr el suero con potasio, pasé la gasa húmeda sobre los ojos abiertos acariciándola para que viera bien su último minuto si eso era posible y después le dije "adiós, mi vida". Cerré de un golpe la llave de oxígeno y la mascarilla se fue llenando de vapor haciéndose borrosa, las manos muertas se contrajeron por primera vez en quince años como si quisiesen aferrarse a un imposible. Me mantenía impasible, no podía llorar como no lloré por los cuatro amigos que habían sido parte de mi vida y desaparecieron. Nunca lloré, porque pensaba mágicamente que sin el llanto los mantenía con la posibilidad de volver a verlos vivos. Hice la víctima de la quinta capilla ardiente asegurándome que nadie me la arrebataría; Lía pasó a la muerte de mi mano. Sentía las fulguraciones de los cirios rodeándola toda una noche entre los rezos de tía

Victorina y los apagados llantos de otros parientes.

Asesinó a su hermana.

Ya te dije que soy un monstruo, Agop. Una persona vacía de sentimientos es un monstruo, algo de piedra, una contundente masa de metal que no sabe si daña o premia cuando atropella, que ha roto su propio decálogo para reemplazarlo por la indolencia y el desprecio hacia las demostraciones de afecto. ¿Qué me puede conmover después de ser cruel y perverso en nombre del cariño que profesaba? ¿Y ahora que me conocés, frente a frente, es verdad lo que decís amar?

Aquí hay un solo crimen y cuatro culpas fantasmas, ¿no le recuerde esa atrocidad que cometió? ¿Tenía algún derecho, doctor?

No. Necesité mucha fuerza para inyectar el potasio, pero después me vino una paz infinita, la misma paz que debe tener ahora esa pobre cáscara de mujer que era Lía.

Esto es basura. Puras basuras; se cree libre de culpas porque ocupó el lugar de Dios.

En todo caso, una sede vacante, Agop.

¿Te vas, Agop?

Voy a cerrar esa puerta al salir. Me voy, usted verá lo que hace de ahora en más, doctor. Pruebe a vivir, trate de abrirse cuando haya largado toda la ponzoña. Si le cuesta mucho abrir la puerta para salir de verdad de la culpa recuerde lo que le contaba la madre a ése monseñor Santana. A veces, el suicidio es la única salida digna de esta vida. Tiene razón, yo no lo conocía. Así no sirve de nada seguir, siempre habrá un crimen entre nosotros.

Claro, la autoridad que te da el hecho de ser un niño bien te permitió mantener las manos limpias, amigo. Y ponerte en el pedestal a juzgarme y a condenarme; y al sugerirme el suicidio te pusiste en el mismo nivel que yo: destruir a lo que amamos antes que otros dejen que se destruya por sí mismo. ¿Es eso, no?

Ha cerrado la puerta sin escuchar lo último que dije, tal vez ya no quiera oír nada de mí y está bien. Pertenece a razas distintas. He terminado la historia con Camila, estoy solo escribiendo en la penumbra, sé que no me voy a morir tan pronto como creí, pero esas consideraciones de años más años menos ya me tienen sin cuidado. Vuelvo a suspirar hondo tratando de meterme la ciudad viciada en los pulmones, allá a lo lejos la figura de Agop abrigándose de la llovizna decrece lentamente. En cada esquina el faro de la calle lo resalta un instante pero vuelven a tragárselo las sombras hasta que no es posible verlo sino como un punto oscuro.

Vuelvo a conectar el equipo de sonido, la voz de Montserrat Caballé como Leonora en la Forza del Destino: *Pace, mio Dio, pace.*

Paz es lo que necesito, que se extingan las pavesas de las capillas ardientes.

Libro de Job, 29:

*¿Quién me devolviera el tiempo pasado?  
Los días y noches en que Dios me guardaba,  
Cuando resplandecía sobre mi cabeza la lámpara  
A cuya luz yo caminaba en la oscuridad.*

*Los que me oían me llamaban bienaventurado,  
Porque yo libraba al pobre que clamaba,  
Me vestía de justicia, y ella me cubría:  
Como manto y diadema era mi rectitud.  
Yo era ojos al ciego, pies al cojo  
Y padre de los menesterosos.  
Quise quebrar los dientes de la boca del inicuo  
Para hacerle soltar su presa inocente.  
Pero ahora se ríen de mí los hijos de aquellos  
A quienes yo me negaba a poner con los perros.  
Porque Dios desató su fuerza para afligirme.  
Por eso me empujó el populacho  
Hacia el camino de perdición,  
Se revolvieron sobre mi calamidad.  
Combatieron como viento mi honor.  
Y mi prosperidad pasó como nube.  
Y ahora mi alma está derramada en mí. La noche,  
Taladra mis huesos con paciencia.  
Y los dolores que me roen nunca reposan.*

*Clamo a ti y no me oyes.  
Golpeo tu puerta en vano.  
Te has vuelto cruel para mí.*

## EPÍLOGO

### AGOP

**L**iniers, parada línea 86. La noche cayó repentinamente como si se derrumbase sobre las copas de los viejos árboles de la avenida Rivadavia al 10.000 con el peso del silencio.

"Todos los excesos", diz esta novela de la vida de un cantante de cabaret, travesti, adicto a la heroína, alcohólico y noctámbulo No sé qué encanto le encontrarán al trabajo los proletarios que no leyeron a Marx, opinaba la condesa de L. que nunca trabajó El doctor me espanta, me tira misiles mi divina Leticia, No, que estás muy perseguido man, que te extraña porque volvió a leer esas páginas con las letras que lo enferman Me tira a fundir, niña Que no, ya soy una señorita don niño bien, europeíto engreído y pa está solo.

Como siempre, la historia de un adentro donde se está frente a uno mismo, repitiéndose, convenciéndose de que nada hay más tedioso que el culto a sí mismo y de que el narcisismo es una de las *trampas de la fe*. 'Escribo para convencerme de estar vivo', daría lo mismo que estuvieras muerto, autor, ¿por qué tu pobre muerte incidiría en la economía del universo? Gruñe el motor del ómnibus al arrancar y al humo de la calle que se inspira y se traga se suman bocinas, gritos que llegan tamizados, música tecno, anuncios en pálidas marquesinas de acrílico y letras encantadas por los disparos al neón Hay una señora con traza de docente retirada que se distrae fijando el pensamiento en la distancia de la noche a través de la ventanilla del bus, a mi lado se sienta un hombre alto,

muy elegante (traje impecable, camisa blanca, corbata gris, cabello al ras, zapatos finos) que apoya un portafolios en el regazo La profesora, ausente de todo, ni lo registra Me gustaría un amorío entre ambos, ¿qué hace un gentleman montado en un bus de la línea 86 Liniers-La Boca? No se puede temer algo que no se conoce, decía la Comadreja No estoy de acuerdo, los fantasmas de la infancia son absolutamente mudos y tenebrosos porque se refugian en el desván del alma y acechan desde esa oscuridad; todos buscamos reparar los daños de la infancia doctor: mi encierro entre los muros y la angustia de ver que las lluvias bañaban aquellos dioses de piedra en el jardín amenazando borrar los rostros de mármol; yo nunca podré salir solo de mi soledad, por eso rogué su protección Alguien reclama algo al chofer, lo desconocido es lo más peligroso doña Comadreja, por eso buscamos incesantemente comprender en qué maraña del mundo estamos metidos.

Rivadavia esquina Carrasco, <Plaza del Sol>, gente conversando en las mesas dos farmacias, tres ¿para qué necesitará tantas farmacias la gente?, una ferretería en el ómnibus detenido suben tres pasajeros, dos coreanos o chinos *los chinos, a los chinos se parecen* y una mujer muy alta, con una gorra roja en cono inclinada como al descuido y cabellos rubios brillantes cayéndole en ondas sobre los hombros y toda forma de quincallería de fantasía visiblemente barata en dedos, brazos, cuello El doctor habrá pensado que la confesión aliviaría la carga de la culpa La mujer del gorro frigio se sienta detrás de los coreanos "Iluminación Floresta" resplandece en la opacidad de la noche con sus arañas, apliques, veladores y sistemas de luces encendidas como si fuese una boda de club

social de pueblo La alta mujer del gorro frigio es una mezcla de madre patria con travesti fuma a pesar de los gestos de los coreanos que le señalan el cartel con el cigarrillo tachado Aliviarse la carga montándosela a cualquier oficiante de Simón de Cirene a quien endosarle la cruz de la conciencia, doctor Los coreanos discuten entre sí o se aleccionan con frases cortantes, ágiles, cruzadas mientras el travesti con indiferencia aplasta su tedio contra la ventanilla: pizzerías, peluquerías, kioscos, zapaterías Avenida San Pedrito; resplandece de nuevo la vidriera de una casa de iluminación y su parafernalia de luces en orgía inútil contra la amenaza de la inmensa noche profunda de penumbras como ese resquicio por donde huye la fe cuando se abre paso la duda Quiero volver a escuchar The Police, el grave golpeteo del bajo contra la voz que sube en un vértice interminable aunque sólo dure segundos pero, doctor, de nuevo la voz de Goyeneche irrumpe en el cristal de la noche crispándolo La coreana cuchichea algo en la oreja del coreano mirando a la madre patria~frígida *Ya da la noche a la cancel / su piel de ojera..* Pedertera, Plaza Flores el bus se detiene quiero alejarme doctor y me acerco; quiero pensar que usted nunca existió, borrar íntegra la memoria, me expulso del edén y al exiliarme me llevo conmigo la gracia y la desgracia donde no está lo encuentro, donde está nos perdimos el uno al otro y no puedo decirle usted es un asesino igual a quienes mataron a sus amigos ¿No era una pobre víctima inocente esa hermana enferma? Suben dos viejas, vaya uno a saber qué andan haciendo perdidas en la noche dos señoras achacosas pero alegres, hablan animadamente la vida transcurre en ese hilo invisible que las une *¿Pero qué? / si están tus cosas pero tú no estás /* El señor elegante abre la valija y casi

con éxtasis se hunde en una hagiografía en cuyo margen puedo leer "*Vidas ejemplares de vírgenes y mártires*" con un retrato de santa Cecilia con la palma del martirio, la lira y los ojos elevados al cielo. La vieja iglesia de San José bosteza el portón neoclásico entre la fachada impersonal del Citibank a la izquierda (azul, color de perfume veraniego) y la suntuosa ventanería blanca del Banco de la Nación Argentina a la derecha; las finanzas de Dios estarán amparadas puede dormir tranquilo siempre que Dominguíñ Cavallo no regrese con sus corralitos y demás ideas brillantes. Las calamidades sociales no pasarán mi cándida señora Comadreja, ¿por qué habrían de extinguirse?, ¿acaso mejoró la humanidad? ¿Hemos dejado a un lado la codicia en nombre de la compasión, por ejemplo? Pregúntesele a los especuladores de la Bolsa. Pero ¡es verdad!, no se me queje doña, usted no dijo eso, lo dijo el Equidna observando las estrellas: allá en la distancia habrá visto la verdad. Una de las ancianas abre la cartera y el travesti, ágil como una pantera, arrebató algo, tal vez la billetera, la vieja grita pero la madre patria andrógina ya bajó del bus, corre como un demonio y se pierde entre las sombras de la plaza iluminada. "Las calamidades sociales irán pasando" un carajo don Astrónomo que no la pega usted una. Se encerró desde que te fuiste, sufre, pa no dice nada pero yo sé que está triste, man y vuelve al cuaderno, a las anotaciones *Después, ¿qué importa del después? / Toda mi vida es el ayer / que me detiene en el pasado / eterna y vieja juventud*. Queremos ser como dioses, doctor, usted escribiendo yo recordando que no lo puedo olvidar. Avenida Carabobo dos institutos de estética corporal frente a frente, otra farmacia, heladería, zapatería. La coreana tiene un gesto de satisfacción, repudia íntimamente al travesti. Musita cosas.

al coreano, algo así como "*ya te dije que no me gustaba nada ése coso pintarrajeado*" en coreano debe sonar más salpicado La veterana profesora tose volviendo a la realidad el señor catolicón repudia con ojos vidriosos la canallada de la madre patria He buscado en vano en mis archivos la razón de la fijación que siento por usted don doctor, no encuentro mierda Pa casi no me habla por tu culpa ¿Y qué le hice yo? Sting y esa guitarra que se abisma, ahueca todo para resonar con más libertad *Dejó un pedazo de vida / y se marchó* ¿Por qué buscamos significados ocultos en todo?, buena pregunta doña Comadreja, admito que aunque sus respuestas son fallidas, sus preguntas son agudas Todos somos el personaje principal en algún momento en la Comedia Humana, todo somos accesorios en la Divina Comedia. La vieja no-robada trataba de decir algo a su amiga pero la damnificada, como si estuviese ofendida, giró el rostro hacia la ventanilla y por el rabillo del ojo me sonreía ¿Me sonreía? ¿Podía seguir feliz después del incidente? Ella ya perdonó, el catolicón (un rictus ácido lo denuncia) recién empieza tramar las revanchas de la justicia: nada dice pero *in pectore* desfilan los reformatorios para degenerados, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la insurrección de la carne y la vida torturable amén Fachada lisa del pálido Colegio Marinista de Primera Junta donde Rivadavia rechaza el tránsito que viene desde las afueras y los buses y taxis (la noche no tendrá estrellas pero le sobran taxis) deben tomar por una de las paralelas No sé si la escritura está en los cimientos de la civilización ingeniero; Dios está en los cimientos de toda escritura, ¿no habrá querido decir eso cuando amenazaban derribar su torre maravillosa? Pa no dice nada *Pensar que puse en tus manos / una culpa que era mía* Yo tampoco

digo nada Leticia, te seguiré queriendo, seguiré estando con él jugando con vos "en el Puente de Aviñón", tu risa me hace olvidar que siempre estuve hablándome a mí mismo, ¿de dónde saliste criatura para convertirte en el puente entre dos soledades? El señor catolicón sonríe beatíficamente volviendo a su lectura edificante, deleitándose con algún párrafo seguramente un poco sádico en el que se describirá el descuartizamiento de alguna prójima que se negó a entregar la flor del sexo a un romano depravado La viejita hurtada vuelve la cara hacia la amiga y empiezan a reír, los coreanos miran y no entienden, consternados por esa felicidad súbita no sabrán que a los setenta años la amistad será más vital que unas pocas monedas que pudiera arrebatar un triste travesti trivial Hay un instante en la vida en el que tiemblan nuestros cimientos, usted me hizo cruzar ese momento crucial doctor, me reveló que un hombre limpio también puede ser un malhechor ¿El mal es parte del bien, autor? ¿Y de qué parte está usted? *Quisiste con ternura / y el amor te devoró de atrás / hasta el riñón* Yo sólo soy carne, huesos, arterias y vísceras ni siquiera puedo salvarme a mí del *infierno de los sentidos* Señores pasajeros -lo que faltaba, un canoso y amarillento hombrecito gastado haciendo márketing- hay bullicio ente la fila de túneles y callejuelas de Caballito center con el Bingo amenazando lanzar en carrera dos dorados percherones sintéticos enmarcados en unas marquesinas con lamparitas Hoy llega a ustedes esta oferta excepcional, un producto que no puede faltar en el hogar, este práctico tomacorrientes con cuatro entradas dos americanas y dos comunes El gran desafío humano es vencer al tiempo de cualquier modo Tu oficio es ser el último Adán poniéndole palabras hasta a lo innombrable don autor, no

doctor, nuestro es el futuro imperfecto yo queriéndome alejar y usted viendo la forma de continuar encerrado en la trampa de su mala fe La profesora jubilada se apresta a bajar, dejando a su paso una estela sutil de prados floridos *y en este desencuentro con la fe / querés cruzar el mar / y no podés* Pero como no podía ser completa, directamente desde el fabricante a ustedes, con la compra de la zapatilla le entregamos dos triples y toda esta oferta por la suma de tres pesos por un producto que ustedes estarían pagando de diez a quince pesos en cualquier casa de electricidad

Los sueños no significan nada, Madame, no insista, ¿acaso no escuchó a la Comadreja? Usted se fija metas muy altas doctor, injuriándose quiere sacar afuera el mal que le produce su propia sevicia porque creerá que, libre así de la maldad, queda inmaculado pero ha depositado en mí un odio destructivo, ¿sabe que soñé de nuevo con la villa romana y el parque de los dioses de piedra? Contra las murallas que cerraban el jardín se alzaban altos álamos y cipreses que mantenían el verdor cuando todos los demás esqueletos se habían desprendido de la hojarasca amarilla, allá seguían estos dioses sobrevivientes, rehusando humillarse al invierno. No mataron a una hermana ni a un pobre muchacho que se acercaba a pedirle un poco de comprensión Las dos viejitas continúan conversando entre risas ¿Para qué quiere ser libre?, buena pregunta don Armadillo, bien difícil es elegir y la libertad no es más que la posibilidad de ser un testigo o un criminal Hipólito Irigoyen y Castro Barros bajan los coreanos llevándose la solemnidad oriental y la calle se ha vuelto casi inhóspita con la llovizna brumosa que envuelve de melancolía Boedo Se inventa un espejo para decirse la verdad mirándose a los ojos

yo fui su espejo Quiero que la música de Led Zeppelin vuelva a rescatarme de mí mismo *Sobre la calle, la hilera de focos / lustra el asfalto con luz mortecina. / Y yo voy, como un descarte / siempre solo / siempre aparte / recordándote.. / Garúa / Y humillando este tormento / todavía pasa el viento / empujándome.*

En el empedrado lustroso resbalan mis pisadas huyendo de mí, el taxi se detiene con discreción como si a nada le fuese permitido romper el misterio de la noche. "A Montserrat", pido y mi propia voz suena extraña como negándome a mí mismo, acabada una lucha que me tiene vencido y convencido *Parece un pozo de sombras, la noche / y yo en las sombras camino muy lento.* No puedo más, morir quiero conmigo, vivir sin mí.

## ÍNDICE

Prefacio.....	7
Anatomía del poder.....	11
Parte I	
El jardín de los dioses de piedra.....	23
Parte II	
Las capillas ardientes.....	45
Epílogo.....	148



